Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

Los pueblos indígenas y sus recursos

Entrega doble:
Foro para becarios de la IAF

VOLUMEN 33

2 0 1 2

La Fundación Interamericana (IAF), organismo autónomo de asistencia exterior del gobierno de EE.UU., fue creada en 1969 para promover el desarrollo basado en la autoayuda mediante donaciones directas a organizaciones de América Latina y el Caribe. Su presupuesto operativo está compuesto por asignaciones del Congreso y recursos provenientes del Fondo Fiduciario de Progreso Social.

La IAF imprime *Desarrollo de base* en inglés y español. Versiones en inglés, español y portugués se encuentran en www.iaf.gov accesibles en formato pdf o html. El contenido original producido por la IAF y publicado en *Desarrollo de base* pertenece al dominio público y puede ser reproducido libremente. No obstante, cierto material en esta revista, ha sido proporcionado por otras fuentes y podría estar protegido por derechos de propiedad intelectual. La reproducción de dicho material puede requerir el permiso previo del propietario de tales derechos. La IAF solicita que se le notifique respecto a cualquier reproducción y que se reconozca la fuente. *Desarrollo de base* aparece en el catálogo del *Standard Periodical Directory*, el *Public Affairs Service Bulletin*, el *Hispanic American Periodical Index* (HAPI) y la base de datos de *Agricultural Online Access* (WORLD). Números anteriores de la revista están disponibles en microfilm en University Microfilms International, 300 N. Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106. Para recibir la revista, solicítela por correo electrónico a inquiries@iaf.gov, visite www.iaf.gov o escriba a la siguiente dirección.

Desarrollo de base
Fundación Interamericana
1331 Pennsylvania Ave., N.W.
Washington, D.C. 20004

El propósito de esta revista es compartir experiencias de desarrollo de base con una variedad de lectores. La editora invita a presentar artículos pertinentes que traten, aunque no necesariamente con exclusividad, los siguientes temas:

- cómo se organizan y trabajan los sectores pobres de América Latina y el Caribe para mejorar sus vidas;
- problemas y tendencias en la comunidad de desarrollo;
- cómo cooperan las instituciones para fomentar el desarrollo de la región.

Sírvase dirigir sus consultas a Paula Durbin, a la dirección indicada más arriba, o a la dirección electrónica **pdurbin@iaf.gov.**

Tapa: Glarimelia Morales y su sobrino, Juan Manuel Díaz, viven en isla Carti en la Comarca Kuna Yala, Panamá, un vasto territorio rico en recursos. Mark Caicedo

Página opuesta: Elaborción de acesorios kuna, arriba; abajo, cosechando añil salvadoreño.

Impresa en papel reciclado utilizando tinta a base de soja.

Fundación Interamericana

Robert N. Kaplan, presidente

Consejo directivo

John Salazar, presidente interino
Thomas Dodd, vicepresidente interino
Eddy Arriola
J. Kelly Ryan
Jack Vaughn
Roger Wallace

Desarrollo de base
Revista de la Fundación Interamericana

Directora ejecutiva: Paula Durbin
Asistente editor: Eduardo Rodríguez-Frías
Editor de fotografías: Mark Caicedo
Ediciones traducidas: João Bezzera, Darío Elías, Anna Greenston, Francisco Pereira
Diseño e impresión: Christopher Dunham, Talleres Gráficos del Gobierno de EE.UU

www.iaf.gov

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

VOLUMEN 33

2 0 1 2

Mark Caicedo

Seth Jesse

Contenido

Los pueblos indígenas y sus recursos

Mapeando Kuna Yala
Mac Chapin 2

El carbono y el desarrollo comunitario:
un experimento en Oaxaca
David Barton Bray 14

Índigo y lo indígena en El Salvador
Seth Micah Jesse 22

Una tradición textil peruana confronta los desafíos del mercado
Janelle Conaway 28

Una estrategia multifacetica al rescate de los bosques incas
Wilbur Wright 34

Perfil

La mujer perseverante: el sueño de Rosario Quispe para la puna
Patrick Breslin 42

En la IAF

Foro para becarios

Entre dos extremos:
confrontando la delincuencia en la Guatemala de posguerra
Ellen Sharp 52

Reciprocidad indígena y globalización en la Bolivia rural
Marygold Walsh-Dilley 58

La marcha del desarrollo 62

Recursos 69

La IAF y los indígenas latinoamericanos

Aproximadamente 45 millones de latinoamericanos se identifican a sí mismos como indígenas, una identidad cuya definición casi nunca es la misma de un país a otro y a menudo depende tanto del contexto y la cultura como de la genética. Los descendientes de los primeros habitantes del hemisferio pertenecen a más de 400 grupos étnicos pero, a pesar de su inmensa diversidad, luchan en casi todas partes por superar un legado común de desplazamiento, explotación y exclusión que redujo a esta población a una pobreza apremiante. Están desproporcionadamente representados en las franjas inferiores de todos los indicadores de bienestar.

La IAF inició sus operaciones a principios de los años 70, precisamente cuando las comunidades indígenas de muchas partes del mundo estaban redescubriendo sus raíces y uniéndose en torno a su identidad. En América Latina, nuevas organizaciones estaban decididas a defender una forma de vida, exigir justicia social y producir cambios, y la IAF reaccionó ofreciéndoles un apoyo fundamental. Tras el regreso a la democracia, su movilización se aceleró. Los resultados más inmediatos han sido una mayor visibilidad y legitimidad. En la esfera internacional se han reconocido los derechos de las comunidades indígenas. Los gobiernos de todo el continente americano han dado pasos dirigidos a incorporar esos estándares a sus constituciones y su legislación. En aquellos lugares en los cuales echaron raíces las semillas del activismo inicial, los ciudadanos indígenas participan en los procesos cívicos y políticos como nunca antes.

El Congreso encomendó a la Fundación Interamericana la tarea de estimular "una participación cada vez más amplia en el proceso de desarrollo", lo que nosotros interpretamos como un llamado específico a incluir a los grupos históricamente marginados, entre ellos las comunidades indígenas del continente. Durante los últimos 40 años, la IAF ha financiado muchas de sus iniciativas. Un repaso de la cartera de operaciones activas revela que las organizaciones donatarias de la IAF que atienden a comunidades indígenas de 14 países representan más del 40 por ciento de la inversión actual de la Fundación en el desarrollo de base. Las que trabajan con grupos indígenas de Bolivia, Guatemala, Belice, Colombia, Panamá, Ecuador y Honduras constituyen el 50 por ciento o más del financiamiento total de la IAF en cada uno de esos países. Los proyectos que la Fundación financia actualmente benefician a latinoamericanos que se identifican como integrantes de más de 50 grupos étnicos y son extraordinariamente diversos. Entre las prioridades están la educación bilingüe, el trazado de mapas de las comunidades, la conservación, la atención de la salud, la titulación de tierras, el microcrédito, el turismo ecológico, el desarrollo de empresas y la agricultura, que a menudo comprende el cultivo de plantas autóctonas y la cría de ganado.

No hace mucho, la compra de una barra de chocolate en la repostería en el primer piso del edificio en el cual teníamos nuestras oficinas me recordó cuán rico en recursos para el desarrollo ha demostrado ser el patrimonio de las comunidades indígenas. El choco-

Kevin Healy

Robin Bowman

Productores bolivianos de cacao y chocolate confiaron en prácticas organizativas indígenas para lanzar El Ceibo.

late llevaba la etiqueta de El Ceibo, una federación de 40 cooperativas que representa a unos 1.200 aimara, quechua y mosetén que cultivan cacao en el Ato Beni, en Bolivia. En los años 70, cuando se fundó El Ceibo, esos agricultores, que habían migrado desde el altiplano, realmente no tenían mucha experiencia con el cacao. Para que su visión sobre este cultivo cristalizara apelaron a principios indígenas tradicionales de organización y gestión entre los cuales estaban, por ejemplo, el de que todo trabajador, fuera o no fuera calificado, recibiera una remuneración igual, y el de rotar las funciones de liderazgo cada año. Dudo que tales prácticas se enseñen en los cursos de administración de empresas de las universidades, pero a esos trabajadores les funcionaban, y con ellas El Ceibo se convirtió en un ejemplo reluciente de una empresa surgida de las bases que llegó a ser una exportadora reconocida de cacao y chocolate. El enorme orgullo que sienten por este logro se proclama en el empaque: "De los árboles al chocolate, ¡no trabajamos con los productores: somos los productores!".

En este ejemplar de *Desarrollo de Base* se celebra la larga y productiva trayectoria de la IAF con las comunidades indígenas del Continente Americano, y se centra en cómo algunas de ellas utilizan los recursos de su patrimonio para superar la pobreza y la impotencia. Estos recursos pueden ser tan tangibles como el trazado de mapas de su territorio por parte de los Kunas de Panamá y tan intangible como la confianza a partir de la cual los Coyas de Argentina levantaron una estructura eficaz para el otorgamiento de microcréditos. Las destrezas de una antigua civilización andina pueden catalizar un renacimiento cultural junto con una industria textil. Y con los sistemas que surgieron a lo largo de los siglos con el fin de proporcionar la mano de obra esencial para el bienestar colectivo y la supervivencia económica, tales como el *tequio* en México y el *ayni* en Bolivia, pueden abordarse los desafíos globalizados de la actualidad. Tales ejemplos ilustran el papel que desempeñan en el mundo moderno valores que han perdurado en el tiempo, y la frecuencia con la cual acentúan lo mejor del desarrollo de base.

Robert Kaplan
Presidente
Fundación Interamericana

Manuel Núñez

Kevin Healy, representante de la IAF para Bolivia, con una barra de chocolate de El Ceibo en Tivoli, una repostería en Arlington, Virginia.

El mapeo de Kuna Yala

Por Mac Chapin

Desde principios del 2001 y hasta el fin del 2003, los indios kunas de Panamá trabajaron en un conjunto detallado de mapas de su territorio, la comarca de Kuna Yala. La comarca se despliega como un gran arco a lo largo de la costa nororiental del golfo de San Blas hasta la frontera colombiana y abarca un área de aproximadamente 5.400 kilómetros cuadrados, dividida casi igualmente entre tierra y mar. La porción terrestre contiene la vertiente norte completa de la cordillera Central: la cordillera de San Blas. Sus secciones más elevadas están cubiertas de bosque nuboso. Una densa vegetación se esparce a través de las estribaciones de la planicie costera, donde los bosques dan paso a las fincas de subsistencia y plantaciones de coco de los kunas. Esta es un área baja de humedales y de estuarios bordeados de manglares. Extendiéndose hacia el mar, abarca numerosas pequeñas islas coralinas y arrecifes. Entre 40.000 y 50.000 kunas viven en 51 aldeas, incluyendo 41 aldeas en islas frente a la costa, y 10 en el territorio principal. Todas están estratégicamente ubicadas para acceder al océano —donde los residentes cosechan recursos marítimos— y al territorio principal, donde cultivan, obtienen agua dulce, leña y materiales de construcción.

Hasta hace poco tiempo, no había rutas que conectaran la comarca con el resto de Panamá. Se viajaba en embarcación, pequeños aviones que llegaban a diminutos aeropuertos comunitarios, o por tierra, caminando. Históricamente, los kunas han tenido un cierto éxito en mantener alejados a los forasteros. En los últimos años, sin embargo, el extremo occidental de la comarca ha sido invadido por campesinos mestizos de las pro-

Mark Caicedo

A tres horas de los rascacielos, congestiones del tráfico y contaminación de Ciudad de Panamá, en las vastas extensiones protegidas de Kuna Yala, mujeres fabrican coloridas molas, hombres cultivan y pescan, y niños se benefician de una educación bilingüe y bicultural.

Históricamente, la zona en donde viven los kunas se conocía como San Blas. Su región autónoma, cuando fue creada en 1938, llevaba el nombre de Comarca San Blas. En años recientes, sin embargo, los kunas lo cambiaron "oficialmente" por el de Comarca Kuna Yala, o territorio kuna.

vincias del interior, y la primera carretera confiable ha servido para penetrar la insularidad con un flujo, en rápido crecimiento, de tráfico de autobuses y camiones. En el extremo oriental, mineros del oro y narcotraficantes colombianos han estado ingresando al territorio, trayendo violencia y corrupción. Esta no es, en absoluto, la primera vez que los kunas se han visto amenazados por el mundo exterior. Pueblo tenaz, a través de los siglos ha mantenido su independencia política y su identidad cultural intactas, respondiendo a los constantes desafíos a su sobrevivencia con una adaptación rápida y agresiva. El proyecto de mapeo es otro ejemplo más de una estrategia kuna diseñada para proteger sus tierras, recursos naturales y forma de vida.

Historia kuna

Antes del contacto con los europeos a principios de siglo XVI, el área ocupada por los kunas se extendía desde el Caribe a través del istmo hasta la región del Darién, en el este panameño. En 1510, el mundo kuna cambió drástica e irrevocablemente. Una flota de buques españoles capitaneados por Vasco Núñez de Balboa apareció en las costas buscando oro y otras riquezas. Balboa y sus hombres llegaron a tierra y cruzaron la Cordillera Central, y en el otro lado "descubrieron" el océano Pacífico. Para los estándares de la época, hubo aparentemente poco derramamiento de sangre durante los enfrentamientos con la población local, al menos al principio. La calma fue interrumpida con la llegada de un nuevo administrador español para el istmo, el notorio Pedrarias Dávila. Una de sus primeras obras fue la ejecución de Balboa; luego lanzó él una campaña de terror contra los nativos.

La violencia estuvo acompañada de un enemigo aun más feroz: una carga de enfermedades europeas contra las que los habitantes nativos no tenían defensas. Epidemias mortales brotaron y se diseminaron, no solo en Panamá sino a lo largo de América, diezmando entre el 80 y el 95 por ciento de la población nativa durante el primer siglo a partir del contacto. "En términos de cantidad de gente que murió", escribe el historiador Noble David Cook, "fue la mayor catástrofe humana en la historia, superando lejos incluso el desastre de la muerte negra en la Europa medieval".

Con su población drásticamente reducida y sus comunidades en caos, los pocos kunas afortunados que lograron sobrevivir se replegaron a pasos de montaña densamente arbolados y junto a cuencas rivereñas al norte. Fuerzas potencialmente hostiles fueron apareciendo con mayor frecuencia cada vez a ambos lados

del istmo. Los tesoros robados del imperio inca al sur y la plata de las minas de Potosí, en el Alto Perú (Bolivia actual), pasaban por Panamá y atraían a legiones de piratas, soldados españoles y comerciantes. Los españoles erigieron puestos de avanzada a lo largo de la costa y trajeron a misioneros católicos; colonias de escoceses y franceses se afianzaron brevemente antes de atrofiarse o ser expulsadas. Los kunas entraron en alianza y cambiaron de bando en función de lo que consideraban en su mejor interés. Y sobrevivieron.

Para el final del siglo XIX, la anarquía había amainado y los kunas comenzaron a avanzar en la llanura costera. Varias aldeas se reubicaron en islas próximas a la costa, al principio tentativamente. Al final, la mayoría de la población kuna se estableció en islas que estaban relativamente libres de insectos y enfermedades. Para entonces, los kunas se habían convertido en ciudadanos de la recién independizada República de Colombia. Residiendo en el remoto estado de Panamá, ellos tenían un contacto mínimo con el gobierno central en Bogotá. Luego, en 1903, EE.UU, que se encontraba en difíciles negociaciones con los colombianos en relación a una ruta para un canal que atravesara el istmo, apoyó al estado de Panamá en su intento independentista. Los kunas estaban ahora bajo una nueva autoridad: la República de Panamá.

Mark Caicedo

Durante sus primeros años, la joven nación buscó establecer una identidad nacional. Parte de su programa iba dirigido a "someter a las tribus bárbaras, semibárbaras y salvajes" dentro de sus fronteras a la vida civilizada y más específicamente, a "incorporar San Blas y civilizar a los kunas". El gobierno estableció puestos policiales en algunas de las islas, lanzó una campaña para que las mujeres vistieran ropa occidental, y tenía planes de abrir tierras kunas a la colonización y la explotación. Los kunas resistieron, aplicando la displicencia y la pasividad para subvertir las reformas no deseadas, y contrataron a un abogado panameño para que argumentara su caso en la capital. El gobierno respondió con un control más estricto. La violencia hizo erupción: una aldea fue incendiada por completo; y varios policías murieron en escaramuzas.

A medida que las confrontaciones se desataban, algunos estadounidenses que pasaban por San Blas simpatizaron con la causa kuna. A través de ellos, los kunas pudieron hacer otra alianza estratégica, esta vez con el gobierno de EE.UU. La tensión con Panamá alcanzó un punto crítico en febrero de 1925. Aprovechando las distracciones de las festividades anuales de carnaval, kunas de varias aldeas montaron un ataque sincronizado contra guardias panameños y sus colaboradores kunas, matando al menos a 30. Cuando una embarcación cargada de policías armados fue enviada para la represalia, fue recibida por el crucero USS Cleveland donde actualmente es la entrada occidental de la comarca. Las armas fueron dejadas a un costado y los tres bandos —kuna, panameños y estadounidenses— elaboraron un tratado que permitía a los kunas el control de su territorio. En 1938 recibieron la designación de comarca, con disposiciones para un gobierno semiautónomo.

Cartografía

"Tanto como las armas de fuego y los buques de guerra", destacaba el geógrafo J. Harley, "los mapas han sido armas del imperialismo". Este principio fue demostrado al acaecer el siglo XV cuando, con un tratado distante y unos cuantos toques de la pluma del cartógrafo, América

del Sur fue silenciosamente dividida en "posesiones" portuguesa y española. Naciones e imperios no son características naturales del paisaje, sino que son construcciones humanas impuestas para convertir grandes extensiones del mundo en bienes raíces. La cartografía, que ha sido llamada "la ciencia de los príncipes", fue utilizada en toda la historia por las elites para legitimar los reclamos de tierras y recursos. En un entorno actualizado, las corporaciones multinacionales esgrimen mapas para obtener concesiones en regiones con minerales, petróleo y gas natural, y para cercar (y deforestar) vastas extensiones para el cultivo de azúcar, soja y aceite de palma.

En años recientes, sin embargo, los pueblos indígenas han cambiado el juego al utilizar las herramientas de la cartografía para producir sus propios mapas. Muchos han trascendido el uso de sistemas de información geográfica (SIG), teledetección y fotografía aérea, para acumular información detallada a nivel de suelo sobre las características significativas de las tierras que ocupan y utilizan. Sus mapas, cartográficamente precisos y ricos en conocimiento local, tienen la autoridad para ayudarlos a defender sus tierras contra usurpaciones foráneas, fortalecer la organización política y la identidad cultural, y concentrar la atención en cuestiones ambientales cruciales y el desarrollo económico. El proceso de producir mapas en sus propios términos es, por sí mismo, una fuente de poder.

La necesidad de mapear

Cuando los kunas pusieron en marcha su proyecto, la agencia oficial de mapeo de Panamá, el Instituto Geográfico Nacional "Tommy Guardia," tenía un inventario incompleto de mapas de la comarca en una escala de 1:50.000. Por admisión del propio organismo, lo que tenía no era muy confiable. Elaborado a partir de fotografías aéreas tomadas en la década de 1960, los mapas carecían de detalles y contenían numerosos errores y distorsiones. Incluso los contornos de la línea costera eran imprecisos. Los mapas de la zona continental mostraban solo los ríos principales; algunos ríos aparecían mal ubicados y los pocos que tenían sus nombres estaban etiquetados usando una extraña mezcla de español y un mal expresado kuna. Un río que los kunas llamaban Akwadi, o río Piedra, (de las palabras awka y di, que significan "roca" y "río") se convirtió en río Agua. Aunque regularmente los ríos cambian de curso en los trópicos, en este caso los cartógrafos, que no podían ver a través de la densa cubierta forestal observada en las fotos, recurrían a su imaginación. Cartas náuticas producidas por el Almirantazgo Británico y el organismo estadounidense de mapeo, conocido entonces como NIMA por sus siglas en inglés, entre 1917 y 1919 (y retocadas en 2001), mostraban islas inexplicablemente denominadas Gertie y George.

Los kunas se dispusieron a corregir tales distorsiones observando el paisaje desde su propia perspectiva. Este emprendimiento involucró al Congreso General Kuna, la máxima autoridad de los kunas; el Instituto Geográfico; y el Center for the Support of Native Lands [centro de apoyo a las tierras de los indígenas], organización no gubernamental estadounidense con sede en Arlington, Virginia, que trabaja con indígenas en América Latina. El Congreso organizó y administró el proyecto desde el inicio hasta el final; seleccionó el equipo de mapeo, manejó los contactos con el gobierno, y arregló los aspectos financiero y logístico. Native Lands proporcionó la metodología de mapeo y supervisión técnica. Un cartógrafo del Instituto Geográfico trabajó con el equipo de mapeo; la unidad técnica del Instituto confeccionó e imprimió los mapas finales. La Fundación Interamericana y la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), del gobierno español, facilitó fondos.

El proyecto difería de emprendimientos cartográficos tradicionales de varias maneras. El equipo de mapeo de más de 30 investigadores y personal en el terreno de la aldea, una unidad técnica de cuatro cartógrafos y dos empleados administrativos, era enteramente kuna con excepción de un cartógrafo del Instituto Geográfico. Aldeanos de las 51 comunidades de la comarca trabajaron con los investigadores para reunir datos al aportar sus conocimientos sobre la región. Esta información fue registrada en mapas bosquejados en las comunidades y luego trazados sobre mapas-base revisados enriquecidos por fotografías aéreas, imágenes de satélite y otros recursos cartográficos disponibles. Denis Fuentes, director del Instituto, calificó al resultado híbrido de cartografía estándar combinada con datos del terreno, como "de lejos, los mapas más detallados y precisos que hemos tenido de cualquier área rural de Panamá". Agregó: "Es un modelo a ser emulado".

La metodología

La metodología aplicada se había desarrollado a partir de una colaboración en una serie de proyectos iniciados en 1992 involucrando a Native Lands y pueblos indígenas de América Central y del Sur, África y el sudeste de Asia. Consiste en un período inicial para informar a las comunidades y organismos de gobierno, seguido por tres talleres que se alternan con dos períodos en el terreno, y finalmente, la producción de los mapas terminados. Este proceso puede consumir hasta 28

meses o más, dependiendo de la complejidad del área a mapear y otros factores. La metodología es conceptualmente simple, pero su aplicación puede ser complicada por giros imprevistos. Este fue el caso del proyecto de los kunas.

Dadas las necesidades logísticas para trabajar con 51 aldeas, los kunas comenzaron dividiendo su proyecto en dos fases. La comunicación y los viajes son precarios en el mejor de los casos para las comunidades más remotas, y los talleres con excesivo número de participantes presentan el riesgo de ser inmanejables. Así que la Fase 1 comprendió 32 comunidades en la mitad occidental de la comarca, y la Fase 2 incluyó 19 comunidades hacia el este. Esto extendió el proyecto por un año más. Y por el camino, el equipo tuvo que abrirse paso a través de varios matorrales burocráticos y políticos, lo que causó demoras adicionales y extendió el proyecto a casi tres años.

El primer taller ocurrió en junio de 2001 en la isla de Gaigirgordub (o El Porvenir), en el extremo occidental de la comarca. En su discurso inaugural, Gilberto Arias, uno de los tres Saila Dummagan, o grandes jefes, del Congreso General, alentó a los 20 investigadores en la Fase 1. El director del proyecto, Valerio Núñez, los coordinadores y los cartógrafos pasaron después a prepararlos para seleccionar, de las tres categorías, las características que ellos pondrían en sus mapas: (1) características físicas significativas, naturales y fabricadas, incluyendo ríos, senderos, montañas, islas y arrecifes coralinos, y sus nombres; (2) zonas de utilización de la tierra para agricultura, piscicultura y reunión; y (3) sitios de importancia cultural e histórica. El equipo de mapeo, luego de intensa discusión, eligió áreas donde los kunas cultivan coco y cosechan hojas de la palma weruk, usada para techo de paja; parches de pastos marinos en zonas poco profundas costa afuera; cementerios, la mayoría de los cuales se encuentran en el interior, a la vera de ríos; y *galugan*, dominios del espíritu, frecuentemente situados en las montañas. Luego, el equipo eligió símbolos para señalar las distintas áreas. Las zonas de caza, por ejemplo, serían indicadas por un tapir, el animal más preciado de los kunas como carne de caza.

Los cartógrafos demostraron conceptos básicos de mapeo tales como escala, orientación y representación. Abarcaron el modo de identificar a los mejores informantes, y cómo transcribir su información en bosquejos de mapas. Cazadores y curanderos, por ejemplo, que viajan mucho por las montañas, conocen bien las regiones más remotas. Mujeres, cuya labor las confina a sus comunidades, tienen poco conocimiento del monte más allá de un estrecho radio desde sus hogares. Es más efectivo trabajar con tres o cuatro informantes por vez que con grandes grupos. Finalmente, los investigadores se dividieron en grupos pequeños y trazaron mapas de "práctica", trabajando con el conocimiento que ya estaba en sus mentes y criticando el producto de los otros, uno por uno.

Al final del taller de cuatro días, los investigadores regresaron a sus comunidades para iniciar el proceso de bosquejar mapas del contexto utilizado para subsistencia. Aquí se encontraron con su primer obstáculo significativo, uno que es bastante común. Los donantes trabajaban independientemente unos de otros y los desembolsos no estaban sincronizados. Esto causó déficits en áreas fundamentales. Materiales esenciales para el período de investigación de campo no estuvieron disponibles cuando se los precisaba —hojas de papel blanco, lapiceros, juegos de lápices de colores, reglas, borrador líquido, tubos para mapas, compases. Los líderes del proyecto se ingeniaron para obtener dinero en préstamo y hacer las compras, pero varias semanas se perdieron en el proceso.

Además, los fondos de viajes no fueron desembolsados a tiempo como para que los cartógrafos y coordinadores visitaran a los investigadores en el terreno para facilitar apoyo. Como medida provisoria, los investigadores más adeptos encontraron formas de volver operacionales a sus colegas tentativos. Cuando los fondos para salarios profesionales no fueron desembolsados como estaba previsto, uno de los coordinadores comento: "los intestinos del director están hechos girones por la tensión". Pero la importancia de los mapas estaba clara, de modo que todos siguieron adelante. A mediados de julio, los investigadores viajaron a Ciudad de Panamá para el segundo taller, la etapa más crítica del proyecto de mapeo, cuando ellos y los cartógrafos comenzaban el proceso de transcribir la información de las comunidades sobre nuevos mapas geo-referenciados. Plenos de entusiasmo, los investigadores llegaron empuñando sus bocetos de mapa, y todos se pusieron a trabajar.

Los bocetos de mapas eran de calidad despareja. Un par combinó arte y detalles precisos. Varios eran estéticamente bellos pero de dudoso valor científico. (Uno mostraba ríos que se entrecruzaban, cosa que no ocurre.) Otro era casi surrealista en su confusión de escala y orientación geográfica, con fincas ubicadas en pantanos en cimas de montaña. Algunos eran técnicamente correctos pero ofrecían escasa información. La inconsistencia podía ser atribuida en parte a la falta de una supervisión estrecha en el terreno, pero el hecho simplemente era que algunos investigadores aprendieron más rápido que

otros y produjeron mejores mapas. Afortunadamente, todos ellos tenían más información en la cabeza de lo que se evidenciaba en los mapas, y los cartógrafos las develaban durante la transcripción. De casualidad, un cartógrafo kuna, empleado de la Contraloría de la República de Panamá, apareció con algunos mapas recientes que su división había confeccionado de la comarca, que resultaron ser más precisos que los mapas del Instituto Geográfico. Los cartógrafos dedicaron unos días para limpiarlos, borrando las líneas de contorno de modo que pudieran transcribir los datos de la aldea en un espacio limpio.

Al ir sintiéndose todos más cómodos con la metodología, la transcripción entró en ritmo y avanzó a pasos cada vez más productivos. Pequeños grupos de investigadores de comunidades contiguas trabajaron con cartógrafos individuales. Combinaron los ríos de los bocetos de mapa con aquellos de fotos aéreas e imágenes de satélite. Colocaron arrecifes de coral en el mar abierto y les dieron nombre. Realinearon islas y le dieron sus formas apropiadas y sus nombres kunas. (Las islas George y Gertie fueron eliminadas.) Definieron zonas de subsistencia. Bosquejaron cementerios y sitios sagrados. Gradualmente, como por arte de magia, los mapas de la comarca comenzaron a llenarse y a adquirir un carácter completamente kuna.

El trabajo era intenso pero gratificante, a medida que investigadores, coordinadores y cartógrafos trabajaban en la combinación de bocetos de mapa, fotos aéreas, imágenes de satélite y mapas del gobierno. Usando estereoscopios, observaban fotos aéreas en tres dimensiones. Cuando los investigadores quedaban atascados, se les alentaba a hacer un nuevo inicio y a "realizar un viaje imaginario" por el bosque, lo que a menudo destrababa su memoria y hacía que las imágenes fluyeran. Cuando los bocetos de mapa se ponían excesivamente desordenados con borraduras y corrector, los cartógrafos hacían copias limpias. Marcaban brechas y zonas confusas en los bocetos; éstas eran registradas en los anotadores de los investigadores para aclaración durante el segundo período, en el terreno. El proceso de constante consulta, revisión, borrado y agregado era reiterativo y tedioso, pero también creativo y apasionante, y los participantes tenían la sólida percepción de que estaban comprometidos en la producción de un documento singular e importante para su pueblo.

Las noches eran dedicadas a las discusiones. Los investigadores habían aprendido la historia de sus

Continued on p. 10

Mac Chapin

Equipo de mapo kuna.

Cortesía de Mac Chapin

Mapa preliminar realizado por Roberto Martínez, del equipo de mapeo. Los símbolos, que son legibles a mayor escala, indican puntos de referencia geográficos y recursos.

Mark Caicedo

Superior: Hogar tradicional kuna

Derecha: "El proyecto de mapeo fue bueno para los kunas", recordó Gilberto Arias, de 82 años, cacique del Congreso General Kuna entre 1999 y 2010. "Por ejemplo, pudimos dar nombres a los ríos. Es importante que el mundo conozca los ríos por sus nombres kunas. En español hay un río llamado Doctor Flaco y nosotros le dimos su nombre kuna. El mapa no puede estar solo colgado en una oficina; debe ser enseñado en escuelas a las generaciones más jóvenes".

Mark Caicedo

Arriba y derecha: Molas elaboradas en forma tradicional.

Abajo: En la primaria, los kuna aprenden español y su lengua nativa en conformidad con la ley panameña.

Mark Caicedo

comunidades en largas sesiones con los ancianos, y estaban deseosos de retransmitir los episodios de reubicaciones de la aldea, desastres naturales, y eventos y líderes significativos. El deterioro ambiental de la comarca era una preocupación específica. Muchos arrecifes que sufrían de "deforestación submarina" , según explicaron, habían sido saqueados por relleno para expandir comunidades isleña. El libertinaje en el desecho de bolsas y botellas plásticas, latas y otros residuos contemporáneos en las aguas que rodean las islas habitadas —una modalidad reciente—ha causado contaminación seria. Tortugas y langostas, antes abundantes, están casi extintas por sobreexplotación. Un investigador destacó que cuando una compañía llegó a la comarca varios años atrás para comprar peces exóticos para acuarios, buceadores kunas trabajaron para responder a la demanda hasta que el Congreso General ordenó que parasen.

Mark Caicedo

Afiche en el Museo de la Nación Kuna.

El segundo taller duró dos semanas. El conjunto relativamente bueno de bocetos de mapas producidos recompensó a los participantes con un sentido de logro. Los investigadores regresaron a sus comunidades con sus mapas, para que los aldeanos pudieran verificarlos, agregarles información y responder a las consultas de los cartógrafos. Para ese momento, todos los fondos habían sido desembolsados y la tensión se alivió. Los coordinadores y cartógrafos podían trabajar para controlar sitios que no habían quedado claros en las fotografías aéreas —de pastos marinos, por ejemplo, y características escondidas bajo la cubierta forestal —y prestar apoyo a los investigadores. Luego de seis semanas en el terreno, los investigadores regresaron a Ciudad de Panamá para el tercer taller, realizado a principios de 2002. El equipo trabajó intensamente, retocando sus mapas y preparando versiones finales para cartógrafos del Instituto. En una semana, ellos habían concluido.

Interviene la política

El Congreso Kuna y el Instituto Geográfico habían acordado que los cartógrafos del instituto asumirían la responsabilidad por la producción final de dos conjuntos de mapas que pasarían a ser propiedad del Congreso. Uno consistiría en una visión general de la comarca en dos páginas, que al final tendría una escala de 1:143.000; el segundo sería una serie de ocho mapas más grandes en mayor detalle a una escala de 1:50.000. El presupuesto incluía fondos para pagar alguna compensación a cartógrafos del Instituto por encima de los notablemente bajos salarios del gobierno, por su trabajo con los mapas, que era en adición a sus responsabilidades normales. Esta bonificación también serviría como incentivo para adelantar la producción a un buen ritmo. El Instituto no tenía capacidad de SIG, y todos sus mapas eran producidos a mano utilizando una técnica llamada *scribing*. Este exigente proceso requiere que el cartógrafo trabaje sobre una mesa de luz con hojas plásticas transparentes cubiertas con una substancia semi-opaca. Las líneas son cortadas en la cubierta suave con una púa para definir características del terreno; las letras y símbolos especiales son individualmente adheridos o dibujados en las hojas; cada color en el mapa requiere una hoja separada; y todo se combina para producir las impresiones finales.

Las circunstancias conspiraron contra la bonificación. Durante mucho del año 2001 y extendiéndose al 2002, los diarios panameños estuvieron informando sobre contratos ilícitos, coimas y negociaciones bajo la mesa en organismos gubernamentales. Cualquiera sea la validez de las acusaciones, circulaban rumores junto con el temor de que cualquier organismo pudiera ser ensuciado por un escándalo. El director del Instituto pensó que la propuesta compensación adicional podría ser distorsionada como otro ejemplo de corrupción del gobierno. Los intentos por estructurar un mecanismo de pago aceptable no tuvieron éxito y los cartógrafos quedaron sin su incentivo. Ellos entendieron las circunstancias y agradecieron los esfuerzos en su nombre, pero de todos modos se sintieron contrariados y su trabajo se redujo a un ritmo muy lento.

Fase II

Mientras tanto, la segunda fase del proyecto empezó a avanzar en la parte oriental de la comarca en enero de 2002. Experimentado y más confiado, el equipo de mapeo "voló" a través de su orientación del nuevo equipo de investigadores. La región oriental es mucho más aislada que la mitad occidental de la comarca y mucho más tradicional e inaccesible a forasteros. Los mapas de la zona del Instituto eran incompletos y extremadamente poco fidedignos, y las escasas fotos aéreas que poseía eran obsoletas. Para compensar por esta deficiencia, el equipo contactó con una compañía privada de SIG de ciudad de Panamá que tenía lo necesario a un precio razonable. Luego, esa misma tarde apareció la noticia de que la compañía estaba involucrada en un juicio y que el gobierno de Panamá se aprestaba a intervenir. Dos semanas más tarde fue clausurada y el propietario se convirtió en fugitivo. El proyecto de mapeo parecía estar rodeado de escándalo por todos lados. Afortunadamente Native Lands estaba concluyendo un mapa de América Central y el sur de México en colaboración con la National Geographic Society, que proporcionó la información de satélite requerida para que el equipo avanzara.

Desde ese momento, el avance fue tranquilo, excepto por un último problema. Intensamente embebida en la presentación de los talleres y la supervisión de los investigadores en el terreno, la unidad cartográfica kuna tenía poco tiempo para trabajar con el personal del Instituto que preparaba los mapas finales. Los kunas supusieron equivocadamente que los profesionales del Instituto, que no estaban familiarizados con la región y el lenguaje, podrían transferir los datos de los bocetos de mapa a los mapas finales sin su asistencia. Esta falsa suposición se agravó cuando los kunas no revisaron cuidadosamente los mapas concluidos antes de su impresión. Los mapas impresos, cargados de errores, tuvieron que ser completamente revisados y reimprimidos, lo que tuvo por resultado gastos adicionales y una demora de varios meses.

Finalmente, las actividades de campo llegaron a su fin, lo que dio a los cartógrafos kunas más tiempo para supervisar el trabajo en el Instituto. Ellos controlaron en busca de omisiones, el deletreo de palabras kunas, el simbolismo, la consistencia y la presencia de características físicas. Tomaron un mayor interés en los mapas al ir confirmando la calidad de la información que contenían. *Scribing* es metódico e intensivo, y avanzaba lenta pero armoniosamente. Luego de pasar por un escrutinio extremo, todos los mapas estuvieron listos. El último mapa salió de la prensa en enero de 2004.

El resultado

El equipo presentó los mapas en una asamblea general del Congreso Kuna con asistencia de delegados de toda la comarca, Ciudad de Panamá y Colón. Los asistentes consideraron que estaban bien presentados, que eran precisos y sin dudas los mejores mapas de la comarca que se habían producido, destacando debidamente que fueron el trabajo de un equipo kuna, con asistencia técnica del Instituto Geográfico Nacional, y que en el núcleo del proyecto estaban las 51 comunidades que habían suministrado la información medular. Había un intenso sentimiento de propiedad colectiva. Los ancianos, sin embargo, reaccionaron con menos entusiasmo, reservándose el juicio hasta que los beneficios prácticos estueran claros. Esto, por supuesto, va a la pregunta clave: ¿cuál ha sido el resultado de todo este trabajo, y valió la pena el esfuerzo?

El beneficio más obvio es el conjunto de mapas detallados y precisos del territorio kuna, producido con especificaciones kunas. La visión de la comarca incluye un inventario de sitios culturales y recursos naturales, junto con fronteras y áreas de potenciales conflictos. Menos obvias son las destrezas que el equipo del proyecto y los residentes de la comarca adquirieron: cómo leer e interpretar mapas y cómo utilizarlos. Aunque los técnicos del equipo ya poseían un conocimiento de cartografía, nunca habían desarrollado un mapa empezando de cero. Los demás miembros del equipo no tenían en absoluto experiencia con mapas, excepto la de los libros escolares. El proceso de recolectar datos brutos en el terreno y luego trabajar con cartógrafos para transcribir la información en mapas geo-referenciados lo cambió todo. Numerosos partici-

El turismo ha crecido exponencialmente en Kuna Yala. Los mapas han sido esenciales para administrar este flujo. Los turistas tienen un aprecio especial por el detalle y la exactitud, lo que les ayuda a navegar por arrecifes potencialmente peligrosos.

Mark Caicedo

Convencidos de que sus islas van a desaparecer debido a mareas mas altas causadas por el calentamiento global, los kuna planean abandonarlas. "Nuevos mapas tendrán que ser elaborados", indicó Arias.

pantes del proyecto se volvieron “alfabetos en mapas”. El proceso sirvió para concienciarlos sobre asuntos a los que hasta entonces pocos habían prestado mucha atención.

Los kunas pueden ahora blandir los mapas para señalar problemas, tales como la intrusión de agricultores no indígenas en la comarca hacia el oeste y de mineros colombianos de oro hacia el este, y desarrollar estrategias para encararlos. Ellos pueden mostrar acciones predatorias por parte de compañías mineras foráneas en su territorio y negociar proyectos específicos con el gobierno, empresas y donantes internacionales. Y pueden encarar problemas ambientales tales como el deterioro de arrecifes de coral, la sobrepesca, y la contaminación como algo más que abstracciones.

El extremo oeste de la comarca es un área de preocupación especial ya que su frontera fue originalmente trazada de manera arbitraria como una línea recta, bordeando la costa. Tradicionalmente, comunidades isleñas próximas se han internado tierra adentro para realizar actividades de subsistencia en extensiones sin título de remotas áreas consideradas, oficialmente por lo menos, propiedad gubernamental. Hasta hace poco esto no era un problema, mientras nadie las reclamaba. En las últimas décadas, sin embargo, agricultores mestizos y ganaderos han comenzado a entrar en la zona que los kunas habían estado tratando sin éxito de incorporar a la comarca, y el resultado ha sido el conflicto. Los nuevos mapas documentan el uso de la tierra por los kunas y debido a que son mapas “oficiales” del gobierno producidos por el Instituto, el Congreso Kuna los está utilizando en su caso de uso y ocupación por largo plazo a través de canales políticos y legales.

Los mapas son meras herramientas. Su efectividad depende del modo en que son usados, y esto se vuelve aparente solo con el paso del tiempo. Los kunas son astutos y tenaces. Ellos han prevalecido en el pasado replegándose cuando era necesario, seleccionando estratégicamente sus aliados y explotando oportunidades cuando se presentaron. Ellos superaron una serie de obstáculos para producir lo que todos, kunas y otros, consideran que son mapas de alta precisión y gran detalle de su territorio. No hay dudas de que harán un buen uso de ellos en los años siguientes.

Mac Chapin es un antropólogo que ha trabajado con los kunas desde mediados de la década de 1960. Entre 1982 y 1984 fue representante de la IAF para Panamá y Honduras. Actualmente dirige el Center for the Support of Native Lands [centro para el apoyo de tierras indígenas] y enseña en la Universidad de Boulder, Colorado.

Los agricultores en la sierra oaxaqueña trabajan con SAO para maximizar la captura de carbono en bosques administrados por las comunidades indígenas a quienes les pertenecen. Estas cosechan madera, pero dejan a los árboles de mayor tamaño, a los cuales llaman "padres", para reforestar el área.

Captura de carbono y desarrollo comunitario: **un experimento en Oaxaca**

Por David Barton Bray

La pequeña organización no gubernamental mexicana Servicios Ambientales de Oaxaca (SAO), ha tenido muy buenos años últimamente. En 2008 fue pionera en la apertura del mercado "voluntario" del carbono en México, vendiendo créditos de carbono de 10 comunidades rurales a corporaciones y otros compradores mexicanos. La Comisión Nacional Forestal de México (CONAFOR) destacó los logros de SAO en la conferencia de 2010 de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático, realizada en Cancún. Como resultado de ello, la Fundación Coca Cola entregó a SAO un cheque por unos US$150.000, que representaban el costo de plantar árboles en compensación por el dióxido de carbono generado por los aviones que transportaron a los delegados de todo el mundo a México. Para las cinco ONG y organizaciones comunitarias que fundaron SAO e invirtieron años de trabajo en ella, todo esto significó que su apuesta rindió frutos. Caficultores pobres y operaciones madereras comunitarias pasaron a convertirse en actores de sofisticados mercados de carbono forestal, y eran reconocidos por hacer su parte para capturar las emisiones que estaban calentando la atmósfera. Pero llegar a este punto no fue fácil, y aun quedan muchas complicaciones por superar.

SAO obtuvo su personería legal en el 2000, un buen momento, según se percibía, para ingresar en los mercados de carbono. El protocolo de Kioto suscrito

Patrick Breslin

Antonio Santiago Ruíz poda un pino joven en un área reforestada de La Trinidad, Oaxaca.

tres años antes parecía haber abierto las puertas mediante su Mecanismo de Desarrollo Limpio (MDL). La idea era permitir que las industrias contaminantes en los países desarrollados decidieran respecto al método más rentable de reducir sus emisiones de carbono optando, por ejemplo, entre invertir en fuentes alternativas de energía (tales como eólica o solar) o en pagar a otros en un país en desarrollo para compensar por sus emisiones mediante actividades tales como plantar árboles, resultando en los "créditos de carbono" antes mencionados. La exótica noción de créditos de carbono se enraíza en la necesidad de encarar el calentamiento global. Comúnmente los científicos no están de acuerdo en muchas cosas, pero la vasta mayoría de quienes estudian el clima proyectan que si las emisiones continúan al ritmo actual, las temperaturas del planeta podrían aumentar entre 2 y 11 grados para el 2100, los mares podrían subir entre 1 y 6 metros, y las sequías masivas podrían convertirse en algo aun más frecuente que en la actualidad. De hecho, las cubiertas polares de hielo se están derritiendo más rápido y eventos climatológicos extremos están ocurriendo antes de lo proyectado, lo que sugiere que los científicos han sido conservadores.

Las clases elementales de ciencias enseñan cómo las plantas, por medio de la fotosíntesis, convierten el dióxido de carbono en compuestos orgánicos que constituyen la planta. Cerca de la mitad de la biomasa de las plantas es carbono. Esta captación de carbono de la atmósfera es un "servicio ambiental" que ayuda a estabilizar el clima global. A medida que los árboles son talados y quemados para crear espacio para la agricultura, el carbono almacenado en ellos por medio de la fotosíntesis es liberado en la atmósfera. Se estima que la deforestación es la fuente de alrededor del 20 por ciento de todas las emisiones mundiales de carbono. Esto muestra la urgencia de crear incentivos para preservar los bosques y plantar más árboles. Por tanto fue lanzado un lento y penoso esfuerzo por crear mercados para el carbono forestal —tanto mercados de "cumplimiento" en virtud de MDL, como los así llamados mercados voluntarios, donde los estándares son más flexibles. La nueva iniciativa mundial denominada REDD+ (Reducción de Emisiones por Deforestación y Degradación más conservación, gestión forestal sostenible y aumento de las reservas de carbono) contempla un mercado de cumplimiento, estrictamente regulado por protocolos internacionalmente acordados. Los arquitectos de REDD+ están observando la masiva multiplicación de modelos como SAO para capturar carbono.

Quienes fundaron SAO tenían experiencia en captura de carbono, aunque hasta el 2000 solo en relación con el café de sombra y la producción de madera. Varios fundadores trabajaron como asesores y personal para la Coordinadora Estatal de Productores de Café (CEPCO) y los productores de maderas de la Unión Zapoteco-Chinanteca (UZACHI), organizaciones que habían recibido apoyo de la Fundación Interamericana. De modo que parecía lógico que un siguiente paso fuera explorar la posibilidad de ingreso de otro producto de sus fincas y bosques. Rápidamente la Fundación Ford invirtió en esta nueva idea y otorgó a SAO un apoyo modesto para organizar una oficina y comenzar a educar a las comunidades sobre este extraño y etéreo producto capturado por el bosque: toneladas métricas de dióxido de carbono. Otros donantes siguieron el ejemplo, y SAO llevó a cabo talleres en comunidades atendidas por CEPCO y UZACHI para incorporar voluntarios en la nueva iniciativa. La rara propuesta despertó sospechas; las asambleas de miembros de la comunidad, poseedores de título legal de la tierra, muchas veces temieron que se tratara de una elaborada trama para sacarles sus tierras. Finalmente, durante el 2002 y el 2003, 10 comunidades dieron el paso al frente, dispuestas a asumir el riesgo. Sus residentes, que vivían de la producción de café y madera, en su mayoría eran pobres y de ascendencia indígena. Hablaban zapoteco, chinanteco y mixe y tenían mucho que aprender sobre el lenguaje de los mercados internacionales de carbono.

Los beneficios iniciales finalmente comenzaron a llegar en 2003 y 2004, cuando CONAFOR comenzó a calentar el motor para proyectos de carbono forestal mediante la financiación de organizaciones, tales como SAO, que proporcionaban asistencia técnica y plantación subsidiada de árboles por la comunidad. Entonces, la incertidumbre en los mercados internacionales de carbono hicieron que CONAFOR endureciera los requisitos y para el 2008 el programa se había acabado. A las ONG que ofrecían asistencia técnica se las alentó a encontrar compradores por sí mismas, lo que no era fácil. "SAO fue diseñada para alcanzar el mercado internacional pero por el camino descubrimos que ello era extremadamente complicado en virtud de MDL. Así que nos dimos cuenta de que ese no era el camino para nosotros", destacó Carlos Marcelo Pérez González, uno de los fundadores de SAO y su coordinador desde 2003. Así se inició la búsqueda para estimular un mercado mexicano voluntario, una clientela nacional interesada en la combinación propuesta por SAO de conservación tradicional comunitaria y

desarrollo, brindando además compensaciones de carbono cuantificables.

La IAF entró en la escena en 2006, lo que permitió a SAO expandir su apoyo a las 10 comunidades. El desarrollo de la destreza para maximizar la captura de carbono incluyó el mejoramiento de la capacidad de las comunidades para manejar los bosques tanto para el carbono como para otros usos. Esto implicó largos procesos participativos de zonificación de la tierra para agricultura y bosques, elaboración de normas, creación de viveros y el uso de sistemas manuales de posicionamiento geográfico para marcar los límites de los bosques en imágenes remotas. Mediante múltiples talleres, miembros de la comunidad con una educación primaria aprendieron sobre el ciclo del carbono y el concepto de pago por plantar árboles y proteger los bosques.

Las comunidades, con nombres de difícil pronunciación como Santa María Tlahuitoltepec y San Miguel Malinaltepec, están en la escarpada sierra de Oaxaca. Ellas figuran entre las miles de comunidades, indígenas y no indígenas, que poseen el 60 por ciento de los bosques de México. Sus sólidas instituciones de gobernanza están enraizadas en la tradición ancestral y en la ley agraria contemporánea. La propiedad de sus territorios, asegurada por titulación clara concedida en virtud de la constitución mexicana, es un aspecto decisivo de sus vidas, asegurando su identidad y su lugar en el mundo. Sólidas normas de cooperación son reforzadas mediante reglas estrictas promulgadas por asambleas comunitarias y autoridades electas. Estos mexicanos también se distinguen por una tradición de servicio obligatorio, conocido como *tequio*, que proporciona la mano de obra para mantener la infraestructura de la comunidad. En años recientes, como consecuencia de una mayor conciencia de la importancia de la administración del medio ambiente en el contexto contemporáneo, ellos incorporaron prácticas conducentes a la certificación de su café como orgánico y de sus madereros como bien manejados.

El personal de SAO sabía a partir de su experiencia con café y madera que el trabajo con las comunidades requiere una cuidadosa atención a sus instituciones de gobernanza. Cuando se plantan árboles en tierras comunitarias, la asamblea general compuesta por todos los residentes legales debe entender y aprobar la actividad. Y aunque el café es cultivado en parcelas asignadas a familias específicas, la mayoría de las comunidades tiene cooperativas cuyos miembros-productores tuvieron que ser capacitados y consultados. Nuevas prácticas para almacenar carbono debían ser dominadas para cada

Patrick Breslin

Reforestación en La Trinidad.

ecosistema; árboles jóvenes tenían que ser plantados en áreas degradadas y los bosques debían ser raleados y manejados para una acumulación más rápida de carbono, pero sin perjudicar la biodiversidad. En sistemas de agrosilvicultura del café, SAO tuvo que trabajar con cultivadores individuales en el enriquecimiento de la sombra con árboles frutales que eliminaban el carbono del aire y agregaban diversidad a la dieta, y en plantación de setos vivos para controlar la erosión del suelo. En comunidades productoras de madera, como La Trinidad, el cálculo de la rotación de la cosecha para acumular carbono requirió estrechas consultas con los administradores de bosques comunitarios. SAO realizó además un trabajo de desarrollo más amplio, organizando, por ejemplo, grupos de mujeres para vender resinas de árboles. Ofrecer la capacitación intensiva requerida para producir créditos de carbono, implica un costo no cubierto en el precio de mercado. Los avances en biodiversidad y en educación y organización relacionados con un proyecto de carbono se conocen como "co-beneficios", que van más allá del negocio principal de producir carbono. Aunque los compradores pueden apreciar estos co-beneficios, no están necesariamente dispuestos a pagar por ellos.

Debido a los costos y desafíos de trabajar con comunidades, solo una minoría de proyectos de carbono las incluyen, como Ecosystem Marketplace [mercados ambiéntales] lo destacó en su informe de 2011, *Estado de los Mercados del Carbono Forestal*. Pero las complejidades de trabajar con comunidades quedaron eclipsadas en comparación con lo que SAO encontró al probar los rigores del mercado de cumplimiento y luego la turbulencia de los mercados voluntarios. En gran medida, el carbono forestal había sido dejado fuera del MDL. Muy pocos proyectos que involucran el carbono forestal han sobrevivido al proceso de aprobación de MDL debido a las preocupaciones sobre permanencia —los bosques pueden quemarse— y "fuga", una referencia a lo que sucede cuando la conservación en un área boscosa induce a los agricultores a deforestar otra. En contraste, una fuente alternativa de energía para una fábrica implica una reducción actual permanente de emisiones de carbono. Así, la mayor parte de la acción con el carbono forestal no ha estado en el mercado de cumplimiento creado por MDL, sino en el mercado voluntario. El carbono forestal fue rescatado de un olvido casi completo en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático realizada en Bali en 2007, cuando representantes de Costa Rica y Papúa Nueva Guinea lanzaron un llamado dramático a la inclusión de los bosques en las negociaciones, dada su importancia en numerosas naciones en desarrollo. Esto condujo a las actuales conversaciones internacionales que involucran a REDD+, mencionada anteriormente.

Dado que el carbono forestal es un producto invisible a los consumidores, un esfuerzo extraordinario, con elevados costos de transacción, va en la creación de una cadena de documentos destinada a tranquilizar a los inversionistas. Primero, el vendedor que desea comerciar en el mercado internacional tiene que optar entre una confusa variedad de estándares para la cuantificación del carbono forestal. Cada estándar tiene una metodología particular que guía el cálculo de una situación preexistente de reserva de carbono, proyecciones de una circunstancia "continuista" (es decir, qué pasaría si no existiera el proyecto), medición y monitoreo de existencias de carbono, y evaluación de fuga, entre otros elementos de gran exigencia técnica . El Estándar Verificado de Carbono (EVC), el más ampliamente utilizado, incluye un rango de metodologías aplicables a casos específicos, de donde un vendedor prospectivo debe elegir. Otros estándares proporcionan mayor o menor flexibilidad que permite a los promotores del desarrollo conformar sus propias metodologías sujetas a revisión técnica y aprobación por parte de auditores. Para demostrar que el proyecto planeado responde tanto al estándar como a la metodología, el vendedor debe producir un "Documento del Proyecto" (DP) detallado. Un auditor acreditado debe estudiar el documento, realizar una visita en el terreno para confirmar las actividades descritas y emitir una opinión para "convalidar" el proyecto —pagado por el proponente. El Grupo Ecológico Sierra Gorda, ONG mexicana que trabaja con agricultores del estado de Querétaro, necesitó tres años para obtener la convalidación en virtud de EVC y, para los co-beneficios sociales y ambientales, en virtud de los estándares de Clima, Comunidad y Biodiversidad (CCB). La convalidación habilita a un proyecto a ser inscrito en un registro central, lo que provee una plataforma legal para el intercambio entre comprador y vendedor.

¡Pero aun no terminó! En virtud de ciertos estándares, la producción real de crédito de carbono debe ser "verificada" a través de "MRV," o un constante monitorear, reportar y verificar interno, y luego una auditoría que incluye la visita a una localidad aproximadamente cada cinco años mientras dure el proyecto. Los protocolos propuestos para el mercado de cumplimiento exigen 100 años de monitoreo *luego* del período en el cual los créditos fueron emitidos. Los estándares para los

mercados voluntarios típicamente requieren que MRV dure entre 30 y 50 años. Además del carbono, algunos compradores desean que los co-beneficios sean convalidados y verificados, como en el caso de Sierra Gorda y pagan un extra por la documentación adicional y las MRV en curso.

Todo esto y más llevó al Munden Project, grupo que ha analizado ampliamente el desarrollo de los mercados de carbono, a la conclusión de que "el comercio de carbono forestal es impracticable del modo en que actualmente está construido" y que "el enfoque basado en el producto está en desacuerdo con los beneficios de desarrollo que se prevé que REDD genere". Incluso cuando el mercado funciona, a las comunidades que capturan pequeños volúmenes de carbono les irá igual que a los productores que venden pequeñas cantidades de cualquier producto agrícola en mercados dominados por intermediarios. Reciben una porción minúscula del precio final, y poco queda para invertir en el desarrollo comunitario.

Entonces, ¿cómo le ha sido posible a una pequeña ONG como SAO sobrevivir frente a esta complejidad? Gracias a haber estado a la vanguardia de la experimentación con métodos y arreglos institucionales conducentes a la creación de un mercado voluntario en México, y desvaneciendo la línea entre la conservación y el desarrollo comunitario tradicionales y proyectos centrados en compensaciones de carbono forestal. Andar en este camino le ha permitido a SAO, por lo menos por ahora, evitar la paralizante y onerosa complejidad de los mercados internacionales que bien podrían ser etiquetados como "sitio en construcción". En el diseño de su inventario inicial, por ejemplo, usa un método que J. Antonio Benjamín Ordóñez Díaz, que ahora trabaja para la ONG Pronatura México, derivó de estándares desarrollados por el Panel Internacional sobre Cambio Climático (IPCC) (como son las mayoría de los estándares). "Me tomó cinco años desarrollar el modelo", Ordóñez explicaba recientemente, "pero entonces nos dimos cuenta que era muy difícil para la persona promedio. Entonces lo adapté como una simple planilla de Excel. Ahora un miembro de la comunidad puede medir el diámetro, la altura y el contenido de carbono de los árboles, y si conoce el crecimiento por hectárea puede calcular la captura de carbono. Las tablas de cálculo son muy simples y la capacitación se lleva a cabo en la lengua indígena de la comunidad". El método de Ordóñez no ha sido aun convalidado o verificado por una autoridad independiente como lo requieren los estándares internacionales. Su único reconocimiento proviene de CONAFOR, que está muy consciente del conflicto planteado por su interés en el éxito de SAO. Así que por ahora un mecanismo más flexible y rápido ha sido creado, pero que aun no está listo para los mercados internacionales.

Sin embargo, con trabajo de Ordoñez y Pronatura, el método fue lo suficientemente válido para su aceptación en la apertura del mercado voluntario mexicano para los productores de carbono de SAO. Luego de que SAO y Pronatura cortejaran asiduamente al sector empresarial en 2008 y 2009, tres grandes corporaciones —Televisa, Gamesa (una panadería grande) y Laboratorios Farmacéuticos Chinoin— así como la Oficina del Presidente de México y varios individuos, compraron bonos de carbono. La primera gran venta de SAO, en mayo de 2008, movilizó más de 15.000 toneladas métricas a US$10 la tonelada, (cuando la tasa promediaba los unos US$3,80 la tonelada). Para fines de 2011, SAO había vendido 104.842 toneladas métricas de carbono por un total de casi US$647.000. SAO y Pronatura retienen cada uno el 10 por ciento del ingreso, que no cubre gastos operativos, mientras las comunidades reciben 80 por ciento. Por razones fiscales, las empresas mexicanas compran solo el volumen de un año de carbono por vez, aunque informalmente se han comprometido por períodos más prolongados. Así, la práctica actual no obliga a las comunidades a proteger los bosques por más allá de un año. Entonces, ¿cuál es el riesgo de que ellos simplemente los talen en los años siguientes si necesitan la tierra para el maíz?

En enero visité la comunidad de San Bartolomé Loxicha, una socia de SAO en la Sierra Sur de Oaxaca, a pocas horas de la ciudad de Oaxaca, para explorar esta cuestión. Prescindí de la carretera principal, viajando por difíciles rutas no pavimentadas hacia la costa del Pacífico a través de un escarpado paisaje de montaña con anchas franjas de tierras agrícolas degradadas donde agrobosques de café proporcionan mucho de la cobertura sobreviviente. San Bartolomé es una comunidad indígena zapoteca de unos 2.500 habitantes, cuyo título de la tierra data de 1712 y cuya posesión se remonta siglos antes de ello. Casi todos en la comunidad se ganan la vida con mucho esfuerzo, cultivando maíz y café. Frecuentemente las cosechas no alcanzan a brindar sostén para un año completo, por lo que los ingresos de miembros de la familia que han emigrado al norte mexicano y a EE.UU. compensan el déficit.

A pesar de su pobreza material, San Bartolomé es rica en comunidad y territorio. Los miembros de la comunidad están inmensamente orgullosos de sus cerca de 17.000 hectáreas de valles fluviales, amplias

laderas y cimas de cordillera, y muy conscientes de siglos de ocupación. Tradiciones indígenas ancestrales se combinan con instituciones regidoras establecidas en virtud de la ley mexicana de reforma agraria para hacer de la asamblea de todos los residentes legales de San Bartolomé un poderoso vehículo de cohesión. Ésta puede exigir un estricto acatamiento de las normas y de nuevos reglamentos a cambio de derechos individuales sobre recursos del territorio. Otra institución sólida es el *tequio*, al que anteriormente se hizo referencia, el cual, de acuerdo con un documento de planificación de 2005, "nos fortalece, nos conecta socialmente y es la expresión de la voluntad de ser parte de nuestra comunidad".

Cuando realicé mi visita, Amadeo Cruz Antonio, jefe del Consejo de Vigilancia, una de las entidades de gobierno elegidas por la asamblea de San Bartolomé, se reunió con nosotros con tradicional cortesía en la modesta oficina de la dirigencia comunitaria. Posteriormente, ese día y el siguiente, él y otros nos condujeron en una gira por las 830,4 hectáreas de bosques y cafetales que ahora están siendo manejados para acumular carbono. Él explicó cómo una nueva atención hacia los bosques y fincas fue estimulada por las ventas de carbono. "Después que el huracán Paulina derribó la mayor parte del bosque", explicó Amadeo, refiriéndose a la devastación desatada en 1997, "el pino volvió pero también replantamos, y esto está todo protegido ahora. El bosque nos da vida, nos da oxígeno y limpia la contaminación de las fábricas. SAO nos ha ayudado a comprender esto y nosotros se lo explicamos a nuestra gente. Pero incluso si no estuviéramos haciendo esto con SAO, éste es nuestro bosque comunal, y de acuerdo con nuestros reglamentos, nosotros no podemos talarlo".

Mientras visitábamos varias parcelas bajo gestión para la captura de carbono, Amadeo explicaba el modo en que la comunidad ha utilizado su ingreso de la venta de carbono: 70 por ciento es reinvertido en el bosque, 20 por ciento es invertido en proyectos comunitarios y 10 por ciento sufraga los gastos incurridos por las autoridades comunitarias. Pero aquí nada es gratis. El proyecto del carbono depende del *tequio* normalmente no pagado para el considerable trabajo de plantación y mantenimiento del bosque requerido para asegurar la acumulación más rápida de biomasa. Para la substancial mano de obra adicional requerida, los miembros de la comunidad reciben US$12 por día, el jornal corriente para trabajo de finca, un ingreso modesto que permite que algunos permanezcan en San Bartolomé en lugar de emigrar. Hay rotación en la tarea de modo que cada uno de los 500 miembros legales de la comunidad tenga la oportunidad de trabajar y ser compensado en efectivo algunas semanas por año.

Prácticas diferentes son necesarias en los cafetales. Los líderes de la organización de caficultores, ostentosamente llamada Café Milenio, nos llevaron a visitar los sitios donde sus miembros producen café certificado como orgánico y ahora también árboles que capturan carbono. "Zonas de conservación" es como Israel Cruz García, de 37 años, presidente de Café Milenio orgullosamente llama a las áreas que comprenden las parcelas plantadas de árboles de sombra, importantes para la biodiversidad, en paisajes de otro modo caracterizados por parches aislados de bosque. "Antes, en el tiempo de nuestros abuelos, ellos tenían reglas", explicaba él mientras se paraba junto a uno de los nuevos viveros de árboles de la organización. "Luego ellos para-

David Bray

Anuncio de la venta de créditos de carbono de Café Mileno a Gamesa, una gran panadería mexicana.

ron, quemaron en cualquier parte, talaron árboles por todos lados. Pero con SAO nosotros recuperamos esas reglas y formulamos nuestros reglamentos comunales. Ahora tenemos una cultura de conservación. Nadie puede entrar a una parcela para cazar o remover un árbol vivo. Incluso se requiere permiso para sacar madera muerta para leña. Nos viene bien porque ahora tenemos una cultura orgánica. Hacemos esto porque amamos a nuestros hijos. Los niños sufrirán si hacemos mal las cosas y acabamos con el venado, los pájaros, el bosque. Mañana no lloverá y no habrá agua. Nosotros ya no estaremos, ¿y quién sufrirá sino nuestros niños? Es por eso que cuidamos nuestras parcelas de cafeto y el bosque".

SAO tiene muchos admiradores. "Pienso que el trabajo de SAO es excelente", comentaba David Ross, un asesor del Grupo Ecológico Sierra Gorda, después de su primera visita. "Me impresionó mucho la forma en que trabaja con comunidades enteras, la forma en que sus técnicos vienen de esas comunidades indígenas, y que las organizaciones comunitarias existentes se hacen cargo del proyecto". La nueva cultura de conservación promovida por SAO asegura una permanencia que trasciende aquella que sería exigida en los contratos para mercados internacionales para carbono forestal. Los compradores mexicanos están convencidos de que las comunidades no estarán talando los bosques para el maíz, y están dispuestos a invertir en los "co-beneficios" de tal cultura. SAO debe aun encontrar su camino a través de un matorral de complicaciones para sobrevivir, para continuar apoyando sus 10 comunidades colaboradoras, y para ampliar su influencia. Hasta ahora, los mercados mexicanos han funcionado en base a un alto grado de confianza. Representantes de clientes empresariales mexicanos de SAO han visitado SAO y sus comunidades, han visto los bosques y los árboles de sombra en los cafetales, y han sido testigos de los múltiples co-beneficios de su inversión. Los actuales tratos de CONAFOR con Pronatura México y SAO también han avanzado en una atmósfera de confianza.

Pero para que el mercado mexicano crezca, su estructura no debe depender solo de la confianza. Aspectos de esta fase experimental desencadenarían conflictos de intereses en mercados internacionales, y estos deben ser resueltos y aclarados. CONAFOR está trabajando actualmente en un marco para la convalidación y verificación para el mercado mexicano que podría también ser internacionalmente aceptable, así como un registro nacional transparente. También está adaptando estándares internacionales para un mercado nacional de "solidaridad" caracterizado por la flexibilidad y la confianza. El propio papel de SAO en el mercado debe ser mejor definido. Actualmente actúa como el vendedor de créditos de carbono, al tiempo que prescinde la "propiedad". Hay planes para organizar a las comunidades socias de SAO en una sola entidad que pueda vender legalmente los créditos de carbono, con SAO en el papel de verificador para el mercado mexicano.

Con considerable mesura, el Ecosystem Marketplace ha señalado que "la futura forma, tamaño y alcance del mercado global de carbono forestal siguen siendo muy inciertos". Dada esta incertidumbre, el informe nota "una tendencia de que las regiones compren créditos de sus propios patios traseros". Es en ese patio trasero que SAO ha estado tanteando sobre cómo los mercados de carbono pueden servir al desarrollo de la comunidad. Al tratar de conectar la conservación y el desarrollo comunitarios y las exigencias de los mercados internacionales de carbono, SAO ha agudizado el enfoque de la discusión sobre cómo pueden los mercados del carbono servir a los pobres. Como pequeña ONG se ha convertido, junto con el Grupo Ecológico Sierra Gorda, en pionera del desarrollo de un mercado mexicano que puede convertirse en un modelo importante para otras naciones en desarrollo con sectores privados substanciales, tales como Brasil y China. Los planes REDD+ que están siendo desarrollados en foros mundiales están enfocados en el cumplimiento estricto de protocolos y asumen que los mercados solos pueden reducir la deforestación y canalizar los beneficios a comunidades pobres. La experiencia de SAO sugiere que mercados también pueden ser localizados y construidos sobre compromisos de los sectores público y privado mexicanos para el desarrollo rural compatible con el uso responsable de los bosques. No obstante, SAO no ha capitulado en cuanto a mercados internacionales. "Estamos trabajando en ambas líneas, desarrollando mercados mexicanos e internacionales", afirmó Pérez González, coordinador de SAO. "Nuestro proyecto es sobre el carbono, pero para nosotros el carbono está originando desarrollo comunitario".

David Barton Bray fue representante de la IAF y es profesor del Departamento de Tierra y Ambiente de la Florida International University. *Él agradece a Leticia Gutiérrez Lorandi, Bryan Foster, J. Antonio Benjamín Ordoñez Díaz y David Ross por sus contribuciones para este artículo.*

Índigo y lo indígena en El Salvador

Por Seth Micah Jesse

El Índigo figura en forma destacada en el patrimonio de los pueblos indígenas de El Salvador. "Nuestros ancestros realizaron este cultivo y procesaron este tinte", dijo Francisca Amalia Matamoros, indígena salvadoreña que pertenece a Añil Cielo Azul, cooperativa situada en Cuisnahuat, en el departamento occidental de Sonsonate, tierra de comunidades que remontan su origen a migrantes nahua-pipiles que salieron del norte de México entre los siglos X y XIV. Cuisnahuat es uno de los municipios más pobre de El Salvador: un 75 por ciento de las casas no tiene electricidad o conexión alguna con un sistema cloacal y pocas familias reciben remesas. El área circundante es densa en referencias a la historia de sus residentes indígenas. En 1932, Sonsonate se convirtió en el sitio de una de las últimas revueltas indígenas del continente, y poco más allá de las colinas de los campos de índigo de Añil Cielo Azul, en Izalco, el líder de la rebelión, Feliciano Ama, fue colgado de un árbol de ceiba.

Añil Cielo Azul está colaborando con el donatario de la IAF Asociación El Bálsamo en un plan para revitalizar la producción de índigo, también conocido como *xiquilite*, nombre derivado de la voz náhuatl que significa hierba azul. Antes de la llegada de los espa-

Luis González

ñoles, los habitantes de este rincón mesoamericano extraían el colorante de la planta para decorar cerámicas y textiles y utilizar las hojas con forma de lágrimas para tratar enfermedades respiratorias, cutáneas y gastrointestinales. La conquista, y el mercantilismo que la siguió, cambiaron drásticamente el lugar del índigo en la vida salvadoreña así como trágicamente precipitaron la devastación y dispersión de la población nativa.

Explotación de la tierra y de la mano de obra

Los españoles encontraron ricos depósitos de metales preciosos en el virreinato del Perú y en partes del virreinato de Nueva España que en la actualidad comprenden México y la parte de América Central al norte del istmo de Panamá. Pero la zona que abarca a El Salvador de la actualidad sólo ofrecía suelo volcánico muy apto para el índigo. En contraste con el tratamiento de otros cultivos nativos en otras parte de América, los invasores no desalentaron la producción del *xiquilite*, sino que se empeñaron en aprovecharlo y explotar el índigo como fuente de lucro. De acuerdo con David Browning (1971), para mediados del siglo XVI, las autoridades españolas habían organizado su cultivo en El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala para competir con el índigo de Asia que era importado para el mercado europeo por distribuidores en Portugal, Holanda e Inglaterra. Los indígenas salvadoreños fueron obligados a cultivar la hierba y procesar el tinte, y por 300 años su índigo respaldó la industria textil europea.

La demanda siguió décadas después de 1821, cuando El Salvador obtuvo su independencia de España, evento que no hizo nada por mejorar la situación de la decreciente población indígena. Como durante el régimen colonial, la elite terrateniente que siguió sacando provecho de índigo ubicó estratégicamente haciendas cerca de comunidades de indígenas para que sean explotados como mano de obra casi esclava o, de acuerdo con Arnoldo Sermeño (2006), indujo migraciones de aldeas indígenas distantes. Un recordatorio del extenuante y peligroso trabajo requerido para producir el tinte son los vestigios de los molinos donde los indios descalzos pisoteaban hojas maceradas para avanzar el proceso de oxigenación, abriéndose heridas susceptibles de infección en condiciones extremadamente insalubres. Pero para principios del siglo XX, el índigo casi había desaparecido del mercado, al ser desplazado por tintes sintéticos más baratos. El café superó al cacao y al algodón como principal producto de la exportación salvadoreña, lugar que ocupa hasta ahora. Para el indígena salvadoreño que penosamente lucha por ganarse la vida como peón o agricultor, el siglo XX fue un tiempo de sufrimiento horrendo. Con la depresión de fines de la década de 1920, el precio del café se desplomó y los trabajadores perdieron sus empleos. En 1932, la intranquilidad social en Sonsonate escaló en el antes mencionado levantamiento violento contra los ricos terratenientes. El gobierno reaccionó asesinando a decenas de miles de ciudadanos indígenas y persiguiendo a los sobrevivientes. La brutal guerra civil de la década de 1980 que tuvo por resultado 70.000 muertes y el desarraigo de un cuarto de la población de El Salvador, impacto en forma desproporcionada a los sectores rurales pobres, incluyendo a los indígenas.

Un contexto cambiante para organizarse

Hace 20 años, en su artículo "The View from the Shore" ["una visión desde la costa"] de la edición de 1992 de *Desarrollo de base* enfocada en americanos nativos y el Quinto Centenario, el antropólogo Mac Chapin destacaba el surgimiento de la única organización de indígenas salvadoreños. Trabajaba cautelosamente para mejorar las condiciones en Sonsonate cuando la guerra civil aun seguía rugiendo. Los Acuerdos de Paz que pusieron fin a 10 años de hostilidades ese mismo año indicaron el inicio de una era de pos conflicto en la que la sociedad civil podía operar más efectivamente. Desde entonces, más indígenas salvadoreños se han organizado para lograr metas que incluyen visibilidad, justicia social y desarrollo económico. Como parte de su programa para promover la conciencia pública sobre la población indígena de El Salvador, el Museo de la Palabra y la Imagen (MUPI) (ver pág. 65) documentó el levantamiento de Sonsonate y sus trágicas consecuencias, en la película 1932, *Cicatriz de la memoria*, y en su publicación *Trasmallo*. Los programas del Consejo Coordinador Nacional Indígena Salvadoreño (CCNIS) desarrollan la identidad cultural y el liderazgo de salvadoreños nahuas, lencas y cacawiras y la conciencia sobre sus derechos. En el occidental departamento de Ahuachapán, la Fundación para el Desarrollo Socioeconómico y Restauración Ambiental (FUNDESYRAM) invierte en iniciativas económicas lanzadas por mujeres indígenas; y el Instituto para el Rescate Ancestral Indígena Salvadoreño (RAIS) ayuda a las comunidades a valorar su historia compartida, revitalizar tradiciones artesanales y comercializar sus productos, incluso por medio de las visitas de turistas que organiza.

Fundada dos años antes del fin de las hostilidades, la Asociación El Bálsamo ha apoyado proyectos de autoayuda emprendidos en las pasadas dos décadas por salvadoreños desplazados por la guerra civil. Pone

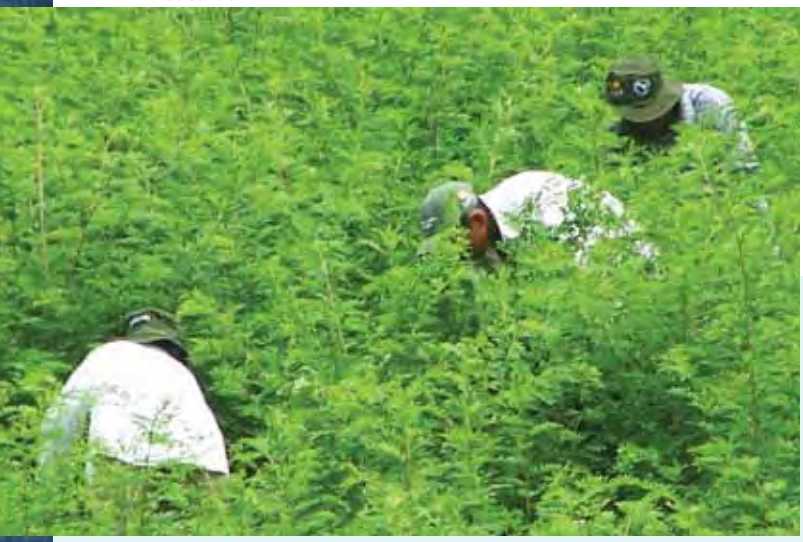
énfasis en la producción orgánica, acceso al crédito y la identificación de mercados para productos orgánicos, incluyendo el índigo, el cual reintrodujo en las sierras de Cuisnahuat en 2007 por medio de un proyecto piloto. Llueve poco en Cuisnahuat, pero el experimento de El Bálsamo demostró que algunas especies de índigo prosperan en su clima árido. Los agricultores participantes en el programa piloto se organizaron rápidamente como Añil Cielo Azul, estimulando el interés y atrayendo a más miembros.

La nueva relación con el índigo

Aunque el índigo era casi irrelevante para la economía salvadoreña hasta hace poco, su producción nunca había desaparecido totalmente. Generaciones de salvadoreños siguieron usando índigo en medicinas y para empapar y fermentar las hojas de índigo con el fin de hacer una pasta que luego de moler se usa como tinte. Desde 1990, la demanda por el tinte de índigo aumentó en EE.UU., Europa, y otros lugares, reflejando la preferencia de los consumidores ambiental y socialmente conscientes por productos percibidos como "naturales". Esta tendencia coincidió con esfuerzos del Consejo Nacional para la Cultura y El Arte (CONCULTURA) de El Salvador para revitalizar la producción del índigo, que fueron apoyados por la asistencia para el desarrollo japonesa y alemana. Norma Pereira, directora de la Asociación El Bálsamo, sentó las bases para el proyecto piloto al alentar estos esfuerzos y explorar el papel que este cultivo nativo podría desempeñar en localidades rurales pobres. En alianza con universidades, otras ONG y organismos de gobierno, El Bálsamo, con el liderazgo de Pereira, confirmó la viabilidad comercial de cultivar el índigo y procesar su tinte. Actualmente, la demanda internacional por el índigo salvadoreño supera la oferta y hay un creciente mercado interno.

Los 50 agricultores de Añil Cielo Azul siguen plantando maíz y frijoles como alimentos básicos de la mesa familiar, pero están conscientes de que el índigo es apropiado para las pequeñas parcelas y están apostando por él como recurso para el desarrollo. Por medio de El Bálsamo ellos aprendieron a planificar su cultivo, podarlo y prevenir el deterioro y evitar los errores de

Luis González



Cosechando y trasportando el añil.

la época colonial que dejó los suelos extenuados. Ellos usan fertilizantes y pesticidas fabricados de subproductos generados en el procesado del índigo, lo cual es rentable y mejora el suelo. El excedente de fertilizantes y pesticidas es comercializado y el ingreso es invertido en la empresa cooperativa. Muchas de sus nuevas destrezas son transferibles a otros cultivos.

La materia vegetal es transportada al molino con vehículos alquilados. Los agricultores están dominando el proceso de fabricar tinte con la precisión requerida para una alta calidad consistente, sin las irregularidades que las variaciones en tiempo de oxigenación y humedad pueden producir. Pero el procesamiento del tinte todavía puede ser arriesgado, y El Bálsamo se asegura que los miembros de Añil Cielo Azul tomen las precauciones adecuadas. Los ladrillos de tinte de índigo, por ejemplo, son convertidos en polvo con un sistema que secuestra la polvareda impidiendo que llegue a los trabajadores, quienes además se protegen con guantes y máscaras para evitar enfermedades respiratorias. No todos los productores salvadoreños analizan sus tintes, pero los de Añil Cielo Azul rutinariamente llevan muestras a un laboratorio especializado de San Salvador donde se determina el contenido de indigotina, o cantidad de substancia colorante. Cuanto mayor la cifra, más se mantiene el tinte en los textiles. Una tanda de tintes con un recuento de indigotina de 40 por ciento o menos se puede comercializar domésticamente por entre US$20 y US$50 por kilo; con un recuento mayor al 40 por ciento, se puede pedir entre US$50 y US$80 por kilo. En 2011, el tinte de Añil Cielo Azul registró más de 50 por ciento de indigotina y se vendió por US$60 a US$70 por kilo. María Delmy Linares, integrante de la Cooperativa de Mujeres San Luís Los Rodeos, dijo que su cooperativa solía tener dificultades para obtener suficiente cantidad de tinte de índigo de la calidad adecuada para sus textiles, ropas y artesanías. Pero como cliente de Añil Cielo Azul, la cooperativa ha podido aumentar su producción. “Estamos rescatando algo que es nuestro, y el tinte orgánico de Añil Cielo Azul agrega valor”, añadió Linares. “Podemos garantizar que nuestros productos están hechos con tintes naturales”.

Los agricultores de la cooperativa actualmente producen dos cosechas de índigo por año, pero confían que irrigando sus campos podrán tener una tercera cosecha durante los meses secos del verano cuando el tinte es escaso y los precios elevados. Si pueden llegar a producir en el verano, según Silas Cornelio Trigueros, presidente de Añil Cielo Azul, “la gente no tendría que salir de la comunidad para cortar caña de azúcar”. Una donación suplementaria de la IAF concedida en 2012 está ayudando a la cooperativa a introducir la irrigación y avanzar en la cadena de valor para producir

Izq.: Purificando el tinte de la planta de añil.

Arriba: Silas Cornelio Trigueros, presidente de Añil Cielo Azul.

Megan Fletcher

Seth Micah Jesse

El proceso de teñir y sus productos.

textiles basados en el índigo y otras artesanías que son codiciadas en El Salvador y que podrían potenciar el ingreso familiar.

El índigo tiene un denso pasado y un futuro promisorio. Reivindicar la relación pre-colonial con la planta es más que una cuestión de lógica económica solamente para los agricultores de Añil Cielo Azul. "Cuando cultivamos y procesamos índigo, nos transportamos a otro tiempo", explicó Trigueros. Cuando era un escolar, él tenía un instructor que dedicaba una hora de cada día a enseñar a 40 jóvenes salvadoreños el náhuatl, la lengua de sus ancestros. De adulto, Trigueros no había pensado seriamente sobre náhuatl hasta que se involucró con el proyecto de El Bálsamo financiado por la IAF y le recordaron sobre la conexión de su pueblo con el índigo. Inspirado, sacó sus cuadernos de náhuatl y comenzó a desempolvar el idioma.

Seth Micah Jesse es representante de la IAF para El Salvador.

Indígenas en El Salvador

La identidad étnica es notablemente difícil de definir y las descripciones tienden a apoyarse en indicadores observables. Esto podría funcionar en Guatemala, donde 6 millones de personas hablan una o más de las más de 20 lenguas indígenas reconocidas, visten ropas que las distinguen y mantienen coloridas tradiciones que impregnan la vida cotidiana. Pero los ancestros de los indígenas salvadoreños contemporáneos vivían menos aislados de las influencias occidentales y por tanto eran menos capaces de proteger y transmitir mucho de su patrimonio cultural. La masacre de 1932 casi acabó con lo que quedaba y los sobrevivientes evitaron prácticas que los delatasen como indígenas. Sin indicadores obvios, la definición de lo que es indígena en El Salvador hoy en día es frustrantemente sesgada y la propia existencia de esta población es fácilmente negada. Como Mac Chapin destacaba en su artículo de 1989 publicado en *Cultural Survival Quarterly*, apropiadamente titulado "Los 500.000 indios invisibles de El Salvador", la identidad de indígenas salvadoreños puede ser vista unida más bien por una historia compartida de explotación, injusticia y necesidad desesperada.

De hecho, cinco siglos de desarraigo y subyugación han empujado a este pueblo a la precaria periferia de la sociedad. Un 61 por ciento vive en la pobreza frente a un 26 por ciento de los demás salvadoreños; 57 por ciento no tiene electricidad; 76 por ciento no tiene título de la tierra. Los grupos principales son los nahua pipiles en el occidente y centro de El Salvador y los lencas que viven en los departamentos del este y noreste. Las autoridades han puesto cifras que van desde 6 por ciento de la población en 1930 (el censo salvadoreño) a 10 por ciento en 1975 (el antropólogo Alejandro Marroquín), y en 1989 (Chapin) a 11 por ciento en 1999 (la Organización Panamericana de la Salud), ó 660.000 personas. Estos números, que son disputados, están muy por encima del 2 por ciento reportado por el censo de 2007 del gobierno salvadoreño, el primero en incluir una pregunta sobre origen étnico —que según alegatos de grupos indígenas fue intencionalmente manipulada en su redacción para bajar el porcentaje en los resultados. Betty Elisa Pérez, del Consejo Coordinador Nacional Indígena Salvadoreño (CCNIS), calificó a este hecho como "etnocidio técnico".

El mismo año en que se realizó en censo, el gobierno salvadoreño votó en favor de la Declaración de los Pueblos Indígenas de las Naciones Unidas, que llama a la identidad cultural y el desarrollo en sus propios términos. La administración del presidente Mauricio Funes, quien llegó al poder en 2009, ha introducido programas diseñados para encarar la pobreza y la inequidad, lo que Pérez cree que indica una apertura para considerar la difícil situación de los indígenas salvadoreños. Cuando la presente edición de *Desarrollo de base* estaba en producción, ella nos alertó sobre la reciente introducción de una moción ante la legislatura salvadoreña para revisar la Constitución con el fin de reconocer oficialmente a los pueblos indígenas del país. La moción debe aún ser votada por el pleno del Poder Legislativo, pero Pérez considera que su presentación es un paso importante para los indígenas salvadoreños en la articulación de sus derechos. "Finalmente, lo logramos", escribió.—*S.M.J.*

Una tradición textil peruana confronta los desafíos del mercado

Por Janelle Conaway

Fotos por Judith Conaway

Chinchero, Perú, se asienta en una amplia planicie sobre un fondo de picos nevados — un pueblo como para una foto-postal, con muros precolombinos, techos de tejas rojas y una iglesia colonial, rodeado de tierras cuidadosamente escalonadas en terrazas. Es una parada para numerosos turistas que viajan de Cusco al Valle Sagrado de los Incas. Considerado por los antiguos como el lugar de nacimiento del arco iris, Chinchero produce en la actualidad una gama completa de fibras teñidas a mano, tejidas en diseños que han sido transmitidos de generación en generación.

Por más de 30 años, Nilda Callañaupa ha asumido la misión de revitalizar la rica tradición textil de la zona. Hoy día, dirige el Centro de Textiles Tradicionales del Cusco (CTTC), organización sin fines de lucro que proporciona un modesto pero confiable ingreso a cerca de 700 tejedores de 10 comunidades. Recipiente de donaciones de la IAF por dos períodos de años múltiples, CTTC ha estimulado un torrente de creatividad y ha ayudado a elevar a nuevos niveles la calidad de los textiles locales. Desde sombreros y ponchos andinos hasta mantelería y mantones, los tejidos cusqueños siguen siendo producidos en telares de cintura o de cuatro estacas, en un proceso complejo que requiere mucha mano de obra, y que data de tiempos preincaicos. La mayoría de los textiles de CTTC presenta el diseño en ambas caras, e incorpora iconografías y patrones distintos para cada comunidad. Todos son hechos de fibras naturales —alpaca, llama u oveja— y usan tintes naturales fabricados con insectos, semillas, flores, hojas, raíces o minerales. "Yo he aprendido que cada una de las prendas de vestir incorpora el espíritu, las destrezas y la historia personal de un tejedor individual", escribió Callañaupa su libro *Tejiendo en el Altiplano Peruano: Soñando Patrones, Tejiendo Recuerdos*. "Tejer es un arte vivo, una expresión de cultura, geografía, e historia. Entrelaza con un hilo infinito la vida emocional de mi pueblo".

También presenta desafíos prácticos. Los aspectos económicos de producir textiles tejidos manualmente a partir de fibra hilada a mano son "formidables", dice Ann P. Rowe, investigadora asociada sobre textiles de América del Museo de Textiles de Washington, D.C. "Generalmente los forasteros no están dispuestos a pagar el valor de la cantidad de trabajo involucrado, en parte simplemente porque no pueden entender la enorme cantidad de tiempo que la manualidad consume", explica. "Hay una razón por la cual la revolución industrial comenzó con la tecnología textil". De acuerdo con Rowe, quien conoció a Callañaupa en 1990 cuando ésta hizo una demostración en el museo, personas que intentan comerciar con textiles indígenas pueden ellas mismas no comprender plenamente el aspecto económico del esfuerzo involucrado en ellos o el valor de preservar una estética. "CTTC se destaca como una organización que, de hecho, está dirigida por una tejedora indígena que sabe perfectamente sobre la mano de obra involucrada, pero que también se preocupa por la calidad del trabajo", afirma ella.

Nacida en 1960, Nilda Callañaupa comenzó a hilar lana a los seis años y en un año ya estaba tejiendo junto a su madre, Guadalupe Álvarez, ahora con más de 80 años, quien había aprendido el oficio de su propia madre, la renombrada artesana Cipriana Valenzuela. Pero para el grupo etario de Nilda, ya no se daba por hecho que tales destrezas serían transmitidas. Los ancianos seguían tejiendo pero, para la mayoría de los jóvenes, ésta no era la forma de ganarse la vida. Mientras tanto, el uso de fibras y tintes sintéticos fue socavando la calidad de los textiles localmente producidos. Callañaupa, graduada universitaria que tenía algunos antecedentes en negocios, creó un cooperativa informal con la meta de reintroducir y documentar diseños y usos de textiles tradicionales, expandiendo la comunidad de tejedores y reviviendo un alto nivel de calidad. La explosión del turismo a Machu Picchu y Cusco trajo compradores para el tipo de textiles hechos a mano con

mucho esmero que sus ancestros habían producido. Con los años, la cooperativa se hizo de nombre dentro y fuera de Cusco, cosechando apoyo de antropólogos, coleccionistas, fundaciones y organizaciones sin fines de lucro. CTTC fue oficialmente constituida en 1996 con ayuda de Cultural Survival, con sede en Boston.

La IAF comenzó a trabajar con CTTC en 2004; la segunda de sus dos donaciones fue enmendada con fondos adicionales en 2011. "Estábamos convencidos de que, trabajando con las comunidades, CTTC podía revitalizar el tejido como actividad económica viable. Y ellos fueron capaces de hacerlo", afirmó Wilbur Wright, quien recientemente se jubiló de la IAF como director regional para América del Sur y el Caribe. Wright quedó impresionado con el personal de CTTC en Cusco, que incluye varios profesionales jóvenes, y por el entusiasmo hacia el tejido que había observado en las comunidades participantes, junto con un constante mejoramiento en la calidad y en la variedad de su producto. Ya que el tejido es una actividad que requiere muchos pasos, desde esquilar hasta comercializar, puede hacer participar a distintos miembros de la familia y proveer ingresos sin vender un animal de la granja. "Es una fuente que complementa la economía del hogar", explicó Callañaupa. El ingreso que un tejedor de CTTC puede lograr parecería no ser mucho —entre US$3 y US$13 por día— pero afecta enormemente la vida del artesano, explicó, y los tejedores puede permanecer en su tierra comunal con sus familias, hablar la lengua indígena y mantener sus tradiciones culturales.

CTTC ha trabajado por varios años en nueve comunidades de habla quechua: Accha Alta, Acopia, Chahuaytire, Chinchero, Chumbivilcas, Mahuaypampa, Patabamba, Pitumarca y Santa Cruz de Sallac. Recientemente se agregó otra, Huacatinco, una aldea remota con una vigorosa tradición de tejido de punto. La mayoría de los tejedores de CTTC, aunque no todos, son mujeres. Aunque ellos trabajan con diseños tradicionales, toman sus decisiones artísticas relativas a color, estilo y técnica. Cada producto lleva una etiqueta con la foto, nombre, edad y comunidad del tejedor. Cada comunidad de CTTC tiene una entidad autónoma, similar a la de un gremio de tejedores, con su propio consejo directivo elegido. Las comunidades establecen sus propios estándares de calidad y precios, creando diferentes categorías y generando fórmulas para determinar cuánto se le pagará al tejedor por centímetro cuadrado producido. CTTC compra una cantidad no inferior al mínimo

Plaza central, Chinchero.

establecido de artículos de cada comunidad cada mes, y luego trabaja para vender los productos.

Claramente, el modelo económico no es perfecto. Desde una perspectiva de oferta y demanda, decía Wright, una complicación es el compromiso que CTTC ha asumido con los tejedores: "mejoren su calidad, hagan un buen trabajo, y nosotros compraremos y venderemos sus productos". Cuando la economía está débil y las ventas caen, el inventario aumenta. Aunque CTTC vendió unos 19.000 artículos el año pasado, sigue teniendo unos cuantos miles de piezas almacenadas y, por sus compromisos, sigue comprando más existencia cada mes. En años recientes, CTTC ha tratado de ampliar su atractivo a consumidores, al agregar productos tales como individuales, forros de almohadones y carteras de mano de todos los tamaños. El malabarismo es, de acuerdo con Callañaupa, adaptarse al mercado sin alterar el propósito central de la organización. "Tenemos

Hilo de fibra de alpaca, llama u oveja y recipientes de insectos triturados, semillas, flores, hojas, raíces y minerales utilizados para teñir.

Este modelo de telar data de las civilizaciones pre-Inca.

que ser muy cuidadosos. Si no, perderíamos nuestro plan, que es mantener nuestros textiles tradicionales vivos", afirmó.

Los precios minoristas varían considerablemente; una cartera tejida puede costar entre US$20 y US$100, dependiendo del tamaño, calidad y complejidad. Un artículo grande, como ser un cubrecama, podría venderse por más de US$1.000. Una meta constante es poner la mayor cantidad posible de dinero en manos de los tejedores y al mismo tiempo cumplir con los impuestos y erogaciones y manejar la competencia. Una fuente de competencia son los antiguos textiles que aun pueden ser encontrados para la venta en la zona; otra, las nuevas prendas realizadas por tejedores que no son de CTTC. Siendo ya las existencias en exceso un problema, CTTC no puede comprometerse con cada comunidad de la zona, y algunas ya han iniciado sus propios emprendimientos. Aunque el ingreso de más tejedores en el mercado significa que más gente se puede beneficiar, también impone presión descendente sobre el precio de todos los textiles. Como CTTC debe hacer honor a los convenios acordados con tejedores, no puede bajar sus precios. Ello significa que su solvencia depende de compradores que reconocen la calidad superior y están dispuestos a pagar por ella.

Un cliente impresionado por la alta calidad constante es Annie Hurlbut, directora ejecutiva de Peruvian Connection. En los últimos cinco años, la cadena minorista con sede en EE.UU. ha presentado artículos de CTTC, mayormente cojines y carteras de varios

Nilda Callañaupa.

tamaños, en sus tiendas y catálogos. Hurlbut, quien colecciona textiles andinos antiguos desde hace más de 30 años, explicaba que a las piezas más antiguas se las siente más finas —lo que ella atribuye a técnicas diferentes de hilado— pero que CTTC produce un resultado muy comparable. "El nivel de destreza requerido para los textiles de los Andes es simplemente asombroso", dijo, destacando que el estilo característico de la región, de trama oculta por la urdimbre donde el patrón emerge de los hilos longitudinales, requiere conocimiento, experiencia y cuidadosa planificación. Hurlbut considera a CTTC "una asombrosa hazaña de organización y amor, y destreza".

CTTC vende a través de varias otras vías de EE.UU., incluyendo tiendas de museos y el Mercado Internacional Anual de Arte Folklórico de Santa Fe de Nuevo México. Pero en su mayoría los compradores son turistas que visitan la sede de Cusco o una de las comunidades y observan cómo trabajan los artesanos, vestidos con los atuendos distintivos de sus pueblos. "Para nosotros, el mercado local es mucho más redituable y más fácil de manejar", dijo Callañaupa. CTTC programa con regularidad clases y demostraciones de tejido, y ofrece pensión completa en el lugar para grupos de artesanos de pueblo que rotan por la sede una semana por vez. Cada comunidad tiene también su propio centro, siendo el más grande el de Chinchero.

Los artículos de CTTC también son vendidos en puestos de venta minoristas de Cusco y son exhibidos en varios hoteles locales como forma de publicitar el centro. El sitio de CTTC en la web, www.textilescusco.org, presenta algunos de los artículos a la venta, pero un catálogo completo no es viable porque la mayoría de los ítems son piezas únicas. Los individuales son la excepción, ya que cada juego es cortado a partir de un solo tejido más grande. De acuerdo con Elizabeth Catunta, quien gerencia la iniciativa educacional de CTTC y su inventario, en sus ocho años desde que comenzó a trabajar en el centro, en Cusco, ha visto el desarrollo de un mayor aprecio público por los tejidos. Se precisa más educación, agregó ella, para que más gente reconozca su valor y apunte hacia una mayor calidad, y no solo a precios más bajos. Si bien es el turismo lo que da vida al centro, también puede tener su aspecto negativo. Hay planes para construir un aeropuerto internacional apenas fuera de Chinchero, lo que beneficiaría a la economía local pero podría alterar definitiva y negativamente la forma de vida comunal y su tradición de respecto a la madre tierra.

Callañaupa sueña con construir algún día un gran museo en Cusco para mostrar la riqueza de los textiles de la región y extrazona, pero hasta ella misma cuestiona la factibilidad de un proyecto enorme como ese. Mientras tanto, participa en exposiciones de museos y conferencias sobre tejido, y está trabajando en una serie de libros para documentar los diseños de cada comunidad de CTTC. En 2010, con el apoyo de la IAF, CTTC realizó una conferencia que reunió a 400 tejedores de nueve países de América para comparar experiencias y hablar sobre temas tales como calidad y comercialización. Siendo la persona que inició todo esto por el amor a su artesanía, Callañaupa lamenta que sus numerosas responsabilidades limiten su tiempo en el telar. "Es lo que ahora siento que me falta, que no tengo mucho tiempo para tejer".

Mark Caicedo

Cojines de CTTC en la tienda principal de Peruvian Connection en Washington, D.C.

Janelle Conaway es escritora, editora y traductora independiente con asiento en Nuevo México

Una estrategia multifacética al rescate de los bosques incas

Por Wilbur Wright

Entre los pronósticos de fatalidades y caos que saludaron al nuevo milenio hace aproximadamente una década, hubo predicciones del tipo de desastres ambientales que ya se han convertido en una realidad para un pequeño grupo de jóvenes indígenas conservacionistas peruanos. La pérdida del bosque nativo de los alrededores de sus comunidades en las alturas andinas, y la resultante degradación del ecosistema, eran incuestionables. Los bosques locales están compuestos primariamente de árboles del género polylepis, que están entre las escasas especies que habitan en las tierras altas. Estos estaban siendo talados a un ritmo alarmante para sacar madera y leña, y abrir espacio para pasturas. Su destrucción estaba teniendo un impacto directo en detrimento del hábitat de animales, incluso aves, y de una fuente principal de agua y combustible para las comunidades circundantes.

Los conservacionistas decidieron organizarse formalmente como la Asociación de Ecosistemas Andinos (ECOAN) y colaborar con más de 20 comunidades indígenas de la región de Vilcanota, de la cordillera de los Andes, situada sobre la capital inca de Cusco. El programa de ECOAN instaba a que cada comunidad identificara un área boscosa o previamente boscosa, peticionara al gobierno peruano para que la designara como reserva natural en manos privadas, y luego creara mecanismos formales para proteger la floresta o reforestar tierras que antes fueron bosques.

Una ventaja para las comunidades fue su proximidad al renombrado Camino del Inca, vía por la cual miles de turistas caminan cada año desde Cusco hasta las ruinas de Machu Picchu. Entre ellos se encuentran ávidos observadores de pájaros que conocen las montañas circundantes por haberlas estudiado y están conscientes de los perniciosos efectos de la deforestación de la flora y la fauna únicas a lo largo del camino. Algunos plantearon la devastación ante organizaciones ecologistas internacionales y lanzaron campañas para salvar los bosques de polylepis.

Dada la confluencia de intereses, ECOAN y los grupos internacionales comenzaron a discutir sobre una alianza dirigida a rescatar o salvar los bosques. ECOAN manejaría la iniciativa con las comunidades de las montañas, y la entidad American Bird Conservatory (ABC) contribuiría con asistencia técnica y movilización de apoyo material y financiero de otras organizaciones internacionales. Para que el esfuerzo funcionara, las comunidades tenían que encarar las necesidades económicas y sociales en la raíz del problema e identificar fuentes alternativas de ingreso, combustible, materiales de construcción y forraje. Los diálogos de ECOAN con residentes y un representante de ABC produjeron una estrategia multifacética para cambiar las percepciones sobre el valor del bosque y para proteger este frágil recurso. Los componentes eran conservación, organización comunitaria y desarrollo económico basado muy significativamente en el turismo en las áreas boscosas. Luego, el desafío fue la financiación, y ECOAN recurrió a la Fundación Interamericana. Con fondos de la IAF, el proyecto se puso en marcha.

Juan Carlos Rheineck

Bosques de eucaliptos, de rápido crecimiento, han sido plantados para cosechar leña y madera, de modo que los árboles nativos crezcan y restablezcan los bosques autóctonos. Simultáneamente, ECOAN y las comunidades participantes desarrollaron viveros para la producción de polylepis y otros árboles para la reforestación, y formularon regulaciones y procedimientos relativos al turismo.

Jefry Andrés Wright

ECOAN tomó medidas para reducir la necesidad de quemar leña. Numerosos hogares recibieron hornos (estufas) de arcilla de bajo consumo de leña para cocinar alimentos de maíz, papa, quínoa, cuy y chuyo (un tipo de liofilizado de papa). Los cuyes son criados en el hogar; necesitan humo para desarrollarse, como lo descubrieron los técnicos de ECOAN al instalar los primeros hornos que no producían humo. Los hornos posteriores fueron modificados para permitir a dueños de casa a seguir criando el cuy. Paneles solares instalados en escuelas locales producen electricidad para la iluminación y agua caliente para las duchas de los niños.

Jefry Andrés Wright

Juan Carlos Rheineck

Algunos elementos del programa de ECOAN resultan en agricultura más productiva. La introducción de prácticas para mejorar los pastizales aumentó forraje para animales, reduciendo la necesidad de cortar bosques. Viveros para extender la temporada para cultivar hierbas y verduras mejoraron la nutrición. Las comunidades participantes invirtieron recursos de la IAF en la restauración de un criadero de truchas ricas en proteinas.

Jefry Andrés Wright

Juan Carlos Rheineck

Jefry Andrés Wright

El acceso a los recursos de ECOAN ayudó a las tejedoras a mejorar la calidad y consistencia de sus textiles de hilos hechos de fibra de alpaca y lana e ingresar a nuevos mercados peruanos e internacionales.

Juan Carlos Rheineck

Juan Carlos Rheineck

Centro para visitantes.

Más de 8.000 residentes de las 21 comunidades participantes se han beneficiado de apoyo logístico, promoción y capacitación enfocada en preparar a jóvenes como especialistas en conservación, guías turísticos, bomberos y proveedores de otras formas de asistencia de emergencia. Siete áreas designadas como de conservación cubren más de 6.000 hectáreas de tierra en la cual ahora crecen cerca de medio millón de árboles nativos adicionales. Las siete comunidades que administran estas áreas formaron la Red de Reservas de Vilcanota y habilitaron un centro de visitantes en Abra Malaga Thastayoc, el punto de intersección entre el Camino del Inca y las carreteras que van hacia las tierras bajas amazónicas. Quienes visitan los bosques y los sitios arqueológicos de la región pueden enriquecer su experiencia alojándose con familias locales que han refaccionado o ampliado sus hogares para acomodarlos.

Estos logros han generado elogios internacionales para ECOAN, y han abierto canales para recursos adicionales. Más impresionante aun, el 30 de junio de 2011, el Fondo de las Américas (FONDAM) y el Fondo de Conservación Global de Conservación Internacional (CI) concedieron a ECOAN US$2 millones para un fondo patrimonial, el primero de su tipo en Perú, en apoyo a la creación de áreas de conservación privadas adicionales. (FONDAM es el públicamente financiado marco estadounidense-peruano de reducción de la deuda que promueve proyectos manejados localmente concentrados en la conservación, protección del niño y servicios para los ciudadanos locales. CI es una destacada organización sin fines de lucro que busca la restauración y la preservación de hábitats en peligro.) Según Constantino Auca, presidente de ECOAN, el interés devengado por el fondo patrimonial permitirá la expansión de reservas naturales de propiedad comunitaria y su incorporación en la Red Vilcanota.

El trabajo pendiente para recuperar bosques es aún intimidante. Sin embargo, el compromiso y el entusiasmo de aquellos involucrados y la actual disponibilidad de más recursos, podrían realmente detener la degradación y convertir el sueño de unos pocos jóvenes indígenas conservacionistas en bosques florecientes para beneficio de la vida silvestre y de la humanidad.

Wilbur Wright se jubiló de la IAF en 2011 como director regional para Sudamérica y el Caribe. Jefry Andrés Wright es un fotógrafo profesional que reside en Las Vegas. Juan Carlos Rheineck es asesor de la IAF en Perú.

Juan Carlos Rheineck

Guías aprendices.

Una casa mejorada para recibir turistas.

Jefry Andrés Wright

La mujer perseverante:
los sueños de Rosario Quispe para la puna

Por Patrick Breslin

El paisaje por el cual se mueve Rosario Quispe se mide en tiempo geológico, pero ella va más de prisa. Su camioneta *pick-up* deja una estela que se asemeja a la cola de un gallo cuando avanza a toda velocidad por la árida puna argentina, una meseta inmensa que fue hace tiempo un antiguo un lecho marino, antes de que las placas tectónicas chocaran y la lanzaran hacia el cielo, a una altura de más de 3.300 metros, mientras a su alrededor tomaban forma los picos de los Andes, que superaban su altura en dos o tres kilómetros. La acción posterior de los elementos durante millones de años erosionó las montañas, esculpió las rocas y el suelo formando columnas retorcidas de modos fantásticos, evaporó los mares interiores hasta convertirlos en grandes depósitos de sal, y dejó al descubierto los minerales metalíferos en bandas fantasmagóricas de color dibujadas sobre las laderas. A primera vista, la puna parece tan inhóspita como la luna. Pero por toda su enorme soledad se esparcen centenares de aldeas de adobe que cobijan a miles de familias de coyas, el grupo indígena más grande de Argentina. Por casi dos décadas, Quispe y Warmi Sayajsunqo (WARMI), la organización que fundó, han infundido nueva vida a esas comunidades con una visión singularmente indígena del desarrollo.

Patrick Breslin

Rosario Andrada de Quispe, Jujuy, Argentina.

Quispe es una figura conocida en las aldeas, a quien se reconoce de inmediato bajo el sombrero de ala ancha, que protege su piel canela y sus ojos oscuros de los rayos del sol que caen sin filtrar de modo incesante; con su cabello negro retorcido en una trenza, sus pantalones oscuros, sus botas tipo mocasín y una blusa de tonos pasteles bajo el chal de lana o el poncho, ajustado al cuerpo para protegerlo del frío penetrante que hace en la puna después de que el sol se hunde en Chile. Sus recorridos frecuentes por las comunidades de la puna cubren hasta 400 kilómetros diarios, por carreteras llenas de huecos y baches. Viajar con ella implica observar cómo se ve el desarrollo al estilo indígena. Durante cinco siglos, las comunidades nativas de América Latina se vieron empobrecidas, explotadas e ignoradas. En los últimos tiempos han sido beneficiarias de planes de ayuda concebidos por "expertos" de las capitales de los países latinoamericanos o de otros. Pero WARMI fue una respuesta ciento por ciento indígena a una crisis económica de la puna. Cuando crecía, recibió el apoyo inicial de la Fundación Avina, de Suiza, y luego el de la Fundación Interamericana. Ambos organismos donantes estaban dispuestos a financiar las ideas de WARMI y no a imponer las suyas. Estas ideas incluyen un profundo escepticismo sobre el valor de los expertos ajenos a la comunidad coya e insisten en cambio en que el control del proceso esté en manos indígenas y en que se parta del conocimiento acumulado durante 8.000 años de historia de los coyas en la puna. Se funden con enfoques contemporáneos sobre el desarrollo, como el microcrédito, que está ayudando a cristalizar la visión de Quispe de que en cada comunidad exista al menos una empresa rentable, una idea que emana directamente de sus recuerdos de infancia sobre la vida en la puna.

Cuando nació en Puesto del Marqués, apenas 50 kilómetros al sur de Bolivia, en 1959, le pusieron el nombre de Rosario Andrada. El territorio chileno empieza en las cimas de las montañas que se ven al occidente. Este rincón lejano de Argentina, la provincia de Jujuy, aloja a la mayoría de los coyas del país, que se calculan en 200.000. También es una de las provincias más pobres del país. Pero Quispe dice con orgullo que su abuelo, Serapio Cussi, "tenía 300 vacas, 800 ovejas y campos de alfalfa y maíz. Nunca tuvo un salario, pero ¿quién puede decir que éramos pobres?" Los recuerdos de su rancho, del sustento y la seguridad que brindaba, le aportaron el enfoque de regreso al futuro que inspira su trabajo. Su historia forma parte de una serie de perfiles en los que *Desarrollo de base* investiga las experiencias que influyeron en los líderes exitosos de comunidades de base de América Latina y las visiones que han extraído de esas experiencias. La vida y la visión de Quispe indican el poder y el potencial que tienen los grupos indígenas de América Latina para superar medio milenio de sometimiento y construir su propio futuro.

Patrick Breslin

Comunidades donde trabaja WARMI.

Como las montañas, los líderes emergen cuando las fuerzas tectónicas cambian. Durante la vida de Quispe, la sociedad de la puna ha cambiado de modo drástico. El mundo de su abuelo, que tanta vitalidad tiene en su memoria, se basaba en la explotación paciente de los recursos de la puna y en un comercio a grandes distancias. Por milenios, las rutas comerciales serpentearon como zarcillos por las montañas y la puna, anclándose en el oasis ocasional en el que el agua brotaba a la superficie. A lo largo de estas rutas, los coyas intercambiaban de una zona climática a otra sus animales y su cuero, sus granos y sus frutas, la sal, los textiles y las piedras preciosas. La conquista española agregó al comercio nuevos productos, como el trigo y las mulas. Largas filas de animales de carga trasladaban minerales y otros bienes a los puertos coloniales de Lima y Buenos Aires. Los coyas adoptaron las mulas para realizar sus propios recorridos comerciales, que duraban un mes, y mantuvieron intacta la red. Solo cuando llegó el ferrocarril, a finales del siglo XIX, empezó la verdadera agitación.

El ferrocarril no necesitaba tanto los oasis; su ruta no cruzaba muchas comunidades que habían sido centros del comercio tradicional, y entraron en declive. Otras, como Abra Pampa, surgieron al lado de los rieles y se convirtieron en puertas a la puna. El principal propósito de la construcción del ferrocarril fue abrir la minería de plomo, plata, cinc, cobre, oro, estaño y litio a una escala industrial. Las minas ofrecían empleo asalariado, y los hombres coyas fueron apartados de sus tierras y rebaños para que arrancaran de las montañas las rocas cargadas de minerales. La agricultura en gran escala de los valles subtropicales atrajo a más coyas hacia las cosechas de temporada de caña de azúcar y tabaco. Durante la mayor parte del siglo XX, la economía de la puna estuvo basada en la migración de hombres hacia las minas o las plantaciones. Cambios similares estaban ocurriendo en muchas partes del Continente Americano y, de hecho, de todo el mundo. Las generaciones que alcanzaron la mayoría de edad en las décadas de mediados del siglo XX vieron desaparecer las economías de sus abuelos. Esas economías, que solían basarse en la agricultura y que en gran medida eran autosuficientes y aportaban el sustento de grandes familias, se marchitaron mientras la inversión de capital estimuló el crecimiento y la concentración en la minería, la manufactura y la agroindustria. Las fincas familiares entraron en declive, y quienes solían labrar la tierra se convirtieron en asalariados, a menudo lejos de su hogar.

Quispe tenía ocho años cuando su familia se mudó a Minas Pirquitas y su padre se fue a trabajar a las minas. En la escuela, participó en programas deportivos organizados por el párroco Pedro Olmedo, un Claretiano español. A los 19 años se casó con Alfredo Quispe, un minero, como su padre. Durante los años siguientes tuvo siete hijos y ganaba dinero como empleada doméstica. A mediados de los años 80 sucedieron nuevos cambios tectónicos en la sociedad de la puna. América Latina se había endeudado profundamente para financiar su economía de sustitución de importaciones, que ya no podía pagar. México declaró en 1982 que no estaba en condiciones para cancelar su deuda y la economía de la región se estancó. Las fábricas, las minas y las empresas constructoras cerraron; cientos de miles de empleos se evaporaron. Alfredo Quispe perdió el suyo en 1988.

Rosario Quispe había estado trabajando desde 1984 con la Obra Claretiana para el Desarrollo (Fundación OCLADE) que dirigía el entonces Monseñor Olmedo. Su meta era organizar a la población de la puna para que mejorara su situación. Quispe fue asignada a un proyecto dirigido a estimular la participación de las mujeres. Los empleados más importantes de OCLADE eran expertos ajenos a Jujuy, pero se tenía previsto que la iniciativa pasara con el tiempo a manos de los residentes locales. Como OCLADE operaba en unas 200 comunidades, el trabajo de Quispe le brindaba una perspectiva sobre la región. Durante sus visitas periódicas vio cómo las comunidades que ahora dependían de los salarios que ganaban sus hombres se sumieron en la verdadera pobreza cuando los salarios desaparecieron. En 1993, cuando el último tren descendió dando resoplidos por los rieles metálicos que habían traído consigo tantos cambios y se hizo historia, la puna quedó más vacía y pobre que cuando había llegado el ferrocarril. Lo que quedó eran las mujeres coyas, cuidando sus casas, sus animales y sus tierras de pastoreo cuando los hombres se fueron en busca de trabajo asalariado. Ante la crisis, el mundo que los hombres habían aprendido a navegar se vino a suelo a su alrededor. Cuando regresaron a la puna, sin empleo y súbitamente dependientes del trabajo que hacían sus mujeres, la dominación masculina tradicional se debilitó. A pesar de su acostumbrada reticencia, las mujeres emprendieron cada vez más iniciativas en sus comunidades.

OCLADE también estaba cambiando, pero no en la dirección que Quispe quería. Gracias en parte a su capacitación, habían surgido nuevos líderes, pero los funcionarios más influyentes se resistían a ceder la autoridad. Surgieron divisiones fundamentales, que crecieron. En 1990, Quispe y otros fueron obligados a retirarse de OCLADE. Entre ellos estaban el economista Raúl Llobet y Agustina Roca, una antropóloga y fun-

dadora de la organización. “Rosario quedó en la calle”, recuerda Roca. “Pero ya tenía la idea de lo que quería: un proceso encabezado por los coyas mismos”.

La ruptura con OCLADE permitió que las ideas de Quispe cristalizaran. “Teníamos que hacer algo diferente,” escribió en una corta autobiografía. “Si seguíamos como íbamos nos íbamos a morir de hambre”. Ella y su esposo se mudaron a Abra Pampa, un poblado de unos 12.000 habitantes, y allí, en 1995, ella invitó a un grupo de otras 10 mujeres a una reunión en su casa. “Decidimos trabajar juntas, buscar nuestra propia solución y no esperar a que alguien nos salvara”, recordaba Quispe. El nombre quechua que se decidió darle a su organización —que significa mujeres perseverantes— captaba tanto el pasado como el futuro que deseaban para ella. En unos cuantos meses consiguió 320 afiliadas. Dos problemas definieron sus primeras actividades: la necesidad de ingresos y una situación de salud alarmante. Comenzaron a aprovechar sus destrezas tradicionales para el hilado de la lana y el tejido, y construyeron una sede pequeña en las afueras de Abra Pampa, que tenía espacio para una tienda en la cual podían vender la lana y las prendas que producían. Al mismo tiempo, se esforzaban por entender por qué la tasa de cáncer del cuello uterino, del que estaban muriendo muchas mujeres, era tan elevada.

Para 1997, Women’s World Summit Foundation, una fundación con sede en Ginebra, le había otorgado a Quispe su premio a la “creatividad de las mujeres en la vida rural”, un reconocimiento que contribuyó a atraer la atención de la Fundación Avina y de otros donantes hacia los problemas de salud y pobreza de la puna. Hicieron su aparición organizaciones médicas internacionales, pero Quispe, que era precavida, pensó que estarían más interesadas en hacer publicidad a su presencia que en traer los servicios a las comunidades. Una organización le dio un montón de carteles. “Los distribuyo cuando hayan hecho algo”, les contestó. Entró en contacto con Jorge Gronda, un médico argentino que se había interesado en sus informes sobre el cáncer en las mujeres de la región. Con el tiempo, él abrió un centro médico en Jujuy y reconoce que la orientación de Quispe fue el secreto de su éxito.

Quispe se dio cuenta de que podía haber recursos disponibles para financiar los planes económicos de WARMI, pero la organización necesitaría ayuda para solicitarlos. “Estaba cansada de los técnicos que venían a la puna”, decía. “No estábamos de acuerdo con sus soluciones. Queríamos decidir nosotros mismos cómo mejorar nuestras vidas. Por eso busqué a personas que nos respetaran y nos escucharan”. Acudió a Roca y Llobet. “Los había visto trabajar y confiaba en ellos. Nos ayudaron a convertir nuestros sueños en propuestas para obtener financiamiento”, explicó.

Quispe sabía que todo dependería de la solidez de las conexiones de WARMI con las comunidades coyas. Tenía que visitarlas, explicarles las esperanzas y las metas que tenía WARMI, escuchar sus problemas, necesidades y aspiraciones, y entretejerlo todo en propuestas ambiciosas. Esos primeros esfuerzos por lograr que el alcance de WARMI llegara a caseríos lejanos fueron como un torbellino, recordaba Roca. “cuando dijo que iríamos a 50 comunidades, pensé que las cubriríamos en un año. Usted sabe, no habíamos viajado antes con ella. Ella dijo: ‘No. Lo haremos en un mes. Yo me adelanto en la camioneta y reúno a la gente, y ustedes llegan al día siguiente y comienzan a trabajar con ellos’”.

El carisma de Quispe se ponía de presente durante esas visitas. “La gente sacaba casetes que había guardado con cuidado desde cuando Rosario le había hablado, en la época en que trabajaba para OCLADE”, dijo Roca. Tuve la oportunidad de ver ese carisma en acción cuando me ofrecí para llevarla en carro a Moroco, un pueblo pequeño de Bolivia. Unas semanas antes, Ángel Gutiérrez, un dirigente local de allá, había venido a Abra Pampa y había invitado a Quispe a ir a Moroco para reunirse con hiladores que podían vender su lana en la tienda de WARMI. La frontera entre Argentina y Bolivia apenas está marcada por un aviso: no hay guardias ni se revisan los pasaportes. Cuando cruzamos por ahí en carro, Quispe ni miró el aviso. La frontera, que originalmente era apenas una raya entre las provincias de Alto Perú y Argentina en un mapa colonial español, fue modificada más tarde en capitales lejanas mediante tratados y acuerdos arbitrales. En ninguno participaron los coyas.

Terminamos trepando hasta el otro lado de una cordillera, por una carretera estrecha sin pavimentar, en cuya gravilla se resbalaban las llantas lisas de mi carro de alquiler cuando avanzaba pegado al lado montañoso de la carretera porque el vértigo era la única reacción posible ante la escarpada caída que el terreno sufría al otro lado. Luego de cuatro o cinco horas, el auto patinó y se detuvo frente a un centro de reuniones hecho de adobe y blanqueado con cal, en Moroco. Ángel Gutiérrez nos esperaba, junto con un puñado de hombres y unas 30 mujeres coyas ataviadas con faldas voluminosas, blusas de colores pasteles, suéteres de lana, chales y sombreros en una variedad de estilos. Entramos a una reunión sobre la pobreza y el aislamiento de Moroco y la necesidad de encontrar un mercado para la lana y los tejidos de sus mujeres. La reunión fue interrumpida

brevemente por una comida de cocido caliente servido en tazones esmaltados. Quispe esbozó las metas y los logros de WARMI y luego se sentó en una banca con las bolivianas, que la estudiaban detenidamente con miradas de reojo.

Luego de la conversación, ella se desplazó hacia una balanza colgada en un rincón de un cuarto grande y, una por una, las bolivianas desocuparon bolsas negras llenas de lana, que Quispe pesó. Escribieron el nombre de la vendedora, así como el peso y el valor de la lana. Nadie discutió con Quispe sobre el precio que les ofreció. De hecho, las bolivianas parecían complacidas. Cuando empacaron toda la lana en grandes bolsas y las cifras se sumaron, Quispe sacó de su bolso un fajo de billetes para distribuirlos. Luego, en lugar de marcharse, recogió las bolsas llenas de lana y regresó a una mesa ubicada en el centro del cuarto. "No quiero engañarlas", comenzó, mientras las bolivianas se reunían a su alrededor. "Llegué de prisa, pesamos la lana, yo pagué por ella, no porque sea tonta ni sepa lo que hago. Les pagué porque quiero que se entusiasmen; que sigan trabajando. Pero para la próxima vez, lana como esta no se acepta en Abra Pampa".

Las bolivianas escuchaban completamente calladas. Quispe metió la mano en una bolsa, sacó dos madejas de lana y estiró una de ella entre sus manos. "Señoras: esta está muy mal hecha. Si no le hacemos algo, la tela va a salir terrible. En cambio, esta", dijo recogiendo la segunda madeja, "es de excelente calidad. Si la llevan a Abra Pampa les pagaremos 50 pesos sin protestar. Y si piden 60 y la necesitamos, les pagaremos los 60. ¿Por qué? Porque no tenemos que buscar en la lana para separar los distintos colores, lavarla de nuevo, secarla y tirar a la basura un poco. O sea que, si quieren vender, esta es la calidad que deben producir. Mírenla. Tóquenla. Luego toquen la otra para que aprendan".

Las bolivianas se quedaron mirándola, sorprendidas por su franqueza.

Patrick Breslin

Quispe demostrando las diferencias en la calidad de la lana.

"Me voy a llevar esta lana", continuó Quispe, "porque no quiero que se desanimen y dejen de hilar. Pero esta es la única vez que me la llevo. Si lo hiciera, las estaría engañando dejándoles creer que es de buena calidad, cuando no lo es. Eso les haría daño a ustedes y a nosotras".

Se rio y su tono cambió. "Es como los esposos", dijo. "Si las engañan al comienzo y ustedes no hacen nada, nunca van a tener una buena vida juntos". Por todo el cuarto aparecieron sonrisas y las bolivianas asintieron y se reunieron en torno a Quispe para charlar mientras ella caminaba hacia el carro; luego se quedaron juntas, paradas en la calle polvorienta, diciendo adiós con la mano mientras nosotros nos alejábamos".

Encuentros como el de Moroco, que se repitieron cientos de veces en Jujuy en los últimos 17 años, contribuyen a explicar el crecimiento geométrico del número de afiliadas de WARMI, que pasó de las diez iniciales a unas 3.600 en más de 80 comunidades. Quispe es un símbolo de éxito que inspira; ha obtenido reconocimientos internacionales pero está tan arraigada en la puna como cualquier otra mujer que la escuche. "Soy igual que ustedes", dice a menudo en sus reuniones. "Nunca pasé del séptimo grado. Crío mis llamas lo mismo que ustedes".

En la visión que Quispe tiene, los coyas deben derivar su sustento de pequeños negocios y no de subsidios o salarios. "Significaba entrar al mercado como empresarias", explica Llobet, el economista que trabajó con WARMI hasta hace poco; "como alguien que posee sus propios medios de producción. Nosotros tuvimos que introducir el mercado, pero también advertimos a los coyas sobre sus trampas y tentaciones: la codicia, el egoísmo, el daño al medio ambiente, la pérdida de solidaridad. El desafío consistió en dotarlas de herramientas para entrar al mercado sin perder los valores que sustentan su cultura".

La principal herramienta es el microcrédito, basado en consideraciones culturales y económicas. Así lo explica Llobet: "Por lo general, los programas de microcrédito se centran en aspectos económicos. Pero también hay un lado humano. Después de todo, la palabra crédito tiene la misma raíz que creer y confiar. A menudo, los sistemas rurales de otorgamiento de microcréditos no son sostenibles porque los costos generales son altos, sobre todo por la falta de confianza. Los prestamistas desean que les devuelvan su dinero, y por eso crean sistemas de evaluación, de análisis de riesgos, basados en la premisa de que no se puede confiar en el prestatario. Fuimos a comunidades en las cuales los sistemas de confianza ya existían y los aprovechamos. Porque si existe confianza, cualquier sistema de crédito puede funcionar, de manera bastante económica."

"En nuestras reuniones, pasábamos un par de billetes de mano en mano y preguntábamos: '¿si una persona les da dinero, cómo sabe que luego no van a negar que lo recibieron?' Y ellas decían: 'confiamos en la palabra de una persona'.

'Bueno. Confían en eso. Pero nuestro mundo no. Hay que poner de por medio un trozo de papel. Debe haber un recibo a cada paso. El que recibe el dinero lo firma. Hasta que llega a la comunidad, donde quizá el papel no se necesite, porque la palabra de la persona es suficiente'." Y aprendieron el sistema para mantener registros de todo; luego diseñaron sus propios libros de contabilidad, basados en el movimiento físico del dinero. En las comunidades, los recursos de crédito son controlados por dos *kipus*, o tesoreros, uno de los cuales debe ser una mujer. Las *markas*, que son unidades regionales dotadas de computadoras, reúnen la información financiera de cinco o seis fondos de los alrededores para enviarlos a la sede de Abra Pampa.

Una donación de US$369.000 con un periodo de tres años que les otorgó la IAF en 2001, a la que siguió en 2006 otra de US$100.000, permitió que el programa se expandiera. WARMI obtuvo fondos adicionales de la Fundación Avina, del Ministerio de Desarrollo Social y del Instituto Nacional de Asuntos Indígenas de Argentina; para programas de salud, recibió fondos de Médicos del Mundo, una filial de *Médecins du Monde,* de Francia. La empresa regional de gas le dio a Quispe plástico en planchas y otros materiales para la construcción de invernaderos en los cuales se cultivan frutas y verduras cerca de las escuelas de la puna. Los radios que les otorgó otra empresa local aceleraron la comunicación entre las sucursales de WARMI. Varias fundaciones argentinas han apoyado las actividades de WARMI, al igual que OCLADE, la organización que en el pasado había hecho que Quispe se marchara, y el Obispo Olmedo, su antiguo mentor.

El programa de préstamos comenzó con líneas de crédito para la cría de animales destinados a la alimentación y la producción de fibra, para la agricultura y para las artesanías. Préstamos por montos tan bajos como US$11 se otorgaban para emergencias personales, médicas y de otros tipos. Los préstamos destinados a la producción podían ser de hasta US$1.900. Más adelante, WARMI empezó a otorgar créditos para vivienda y educación. De ellos surgieron tanques para la cría de pescado que rebosaban de truchas, que se venden en los hoteles; asociaciones de hiladoras y tejedoras; cercas bien templadas para salvaguardar las ovejas, las

Patrick Breslin

Un préstamo extendido por WARMI puso la sal al centro de una empresa comunitaria para las aldeas que rodean las cegadoras planicies de sal de la Puna, donde los hombres antes tenían que trabajar arduamente en aire delgado para producir una tonelada de sal que se vende por unos US$3. Ramiro Lamas, foto superior, y Vicente Alancay, foto inferior, ahora empacan sal procesada, la cual tiene un valor 13 veces mayor y pueden pasar al menos parte del día en condiciones menos severas.

llamas y las aves de corral; mejoras a las viviendas y tiendas. Quispe dice que la meta es que los prestatarios coyas piensen como propietarios de negocios. “Cuando alguien compra, por ejemplo, una máquina de coser”, urge, “debe pensar: soy el jefe; no un empleado”.

Préstamos algo más voluminosos ayudaron a lanzar empresas más ambiciosas. En Cerro Negro, cuyo único recurso eran las salinas cercanas, los hombres de la aldea solían ganar US$3 por día paleando una tonelada de sal sin procesar de pozos salobres ubicados a 3.600 metros. Un crédito por US$9.000 y la capacitación sobre la administración de empresas permitió que 12 de ellos montaran una fábrica pequeña con maquinaria sencilla de procesamiento, empacaran la sal en bolsas de un kilogramo que ostentaban su propia marca —Sal Puna— y la vendieran por US$40 la tonelada. Ahora, WARMI vende lana y prendas tejidas a una tienda de productos de comercio equitativo del centro de Buenos Aires. Su estación de gasolina y su restaurante atienden tanto a los abrapampeños como el tráfico internacional que transita por la Ruta 9. Pero no todo ha salido como se esperaba. Una hacienda para la cría de chinchillas, que solía ser la más grande de Argentina, tuvo que reducir sus operaciones porque no había suficiente demanda interna; las pieles se exportan a Croacia. WARMI abandonó un almacén de lana cuando los precios bajaron demasiado, y una curtiduría debido a los químicos tóxicos que se requerían. Su cibercafé permitió que Abra Pampa ingresara a la Internet, pero se debilitó cuando apareció la competencia multinacional. Por ser ágil, WARMI recicló rápidamente el espacio y lo transformó en un centro que ofrece capacitación sobre manejo de computadoras, mediante un convenio con la universidad de la provincia vecina de Santiago del Estero.

Según Quispe, el turismo es una industria que los coyas deberían desarrollar y controlar, para ofrecer a los viajeros aventureros la belleza sobrenatural del paisaje y la tranquilidad del estilo de vida de los coyas. El Valle de Humahuaca, que recibió la certificación de la UNESCO como Patrimonio mundial, y al que la Ruta 9 atraviesa al subir hacia Abra Pampa, atrae a visitantes de todo el mundo. Más allá de Abra Pampa, el panorama es todavía más espectacular, especialmente en el Valle de la Luna, muy cerca de la frontera con Bolivia. Algunas comunidades, como San Francisco de Alfarcito, ya han construido atractivas casitas de adobe pintadas de cal en las que se alojan los turistas durante su recorrido de las aldeas indígenas que promueve WARMI.

Con las múltiples actividades económicas y la perspectiva de otras más en el futuro, jóvenes coyas deciden cada vez más quedarse en las comunidades

Patrick Breslin

Estación de nafta de WARMI en Abra Pampa.

Centro de informatica de WARMI.

Producción de truchas desarrollada con un préstamo de WARMI.

En marzo, una entusiasmada comunidad celebró la apertura del Centro Universitario Warmi Huasi Yachana en Abra Pampa, iniciativa conjunta de WARMI, la Red Solidaria y la Universidad Siglo 21 con apoyo del sector privado. Rosario Quispe dio la bienvenida a 26 nuevos estudiantes de derecho, economía y disciplinas técnicas.

Cortesía de Gabriela Sbarra

de la puna en lugar de migrar en busca de trabajo. En menos de dos décadas, WARMI se ha acercado a la visión de autosuficiencia que tenía Quispe, y además ha adquirido poder. El mundo no sube hasta Abra Pampa solamente por la personalidad de una líder, sino porque ella habla por miles de personas que viven en la puna. Quispe manifestó: "La importancia de WARMI consiste en la organización que hemos levantado para discutir y negociar con las grandes empresas, el gobierno y las comisiones municipales". Un periodista argentino que visitó Abra Pampa para escribir sobre WARMI describió una conversación acalorada que había escuchado entre Quispe y un funcionario de Buenos Aires. Ella se oponía al plan del gobierno de trasladar la escoria de plomo del pueblo a otra comunidad que también forma parte de WARMI. Dos días después, según el periodista, carros llenos de funcionarios de la Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable estaban en las oficinas de WARMI para encontrar una solución.

Esa visita era uno de los muchos indicios de la forma en que WARMI está cambiando relaciones de poder que se remontan a varios siglos. "Por 500 años, alguien actuó a su nombre", dijo Raúl Llobet sobre los coyas. "El *curaca*, o representante de la comunidad que negoció con los conquistadores Incas y luego con los españoles; el capataz, en las minas o las plantaciones; el intermediario político, que negocia con el gobierno". Gracias al crecimiento de WARMI, ahora una organización de los coyas habla por ellos y ha comenzado a obtener resultados. Varias comunidades han recuperado los títulos de propiedad de sus tierras y más casos se han puesto en marcha en los tribunales. Por fin, parte de la escoria de plomo que había permanecido en Abra Pampa por 20 años después de que la empresa de fundición que las puso allí se cerrara, fue transportada en camión a otra parte, aunque no antes de que causara un daño irreparable. Un estudio reciente de la Clínica de Derechos Humanos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas documentó síntomas de envenenamiento por plomo en el 80 por ciento de los niños del pueblo. Uno de los hijos de Quispe tiene una discapacidad mental que ella le atribuye al plomo.

Pero gracias a la presión incesante de WARMI en beneficio de la salud de las mujeres, se construyó una sala de maternidad en el hospital de Abra Pampa. WARMI ha logrado una cooperación mayor del gobierno para realizar programas preventivos. El centro médico que el Doctor Gronda abrió pasó de concentrarse en un comienzo en el cáncer de cuello uterino a convertirse en un sistema de salud con una red de proveedores que atienden a 70.000 pacientes en Jujuy y en toda Argentina. El alto volumen de pacientes compensa las bajas tarifas que se cobran; una membresía por un año cuesta desde US$10. Quispe anunció hace poco que 72 jóvenes coyas están estudiando medicina, un paso más hacia la autosuficiencia. Otro de los sueños de Quispe se hizo realidad en marzo, cuando abrió sus puertas en Abra Pampa un centro universitario llamado WARMI Huasi Yachana. "Perdemos a muchos jóvenes inteligentes que tienen que irse lejos a estudiar", subrayó Quispe. "Queremos capacitarlos aquí, para que administren nuestros recursos". Muchos estudiantes recién matriculados enfatizaron sus intenciones de quedarse en la puna durante la extensa cobertura de la inauguración, que se transmitió por televisión a todo el país.

Gracias al crecimiento de WARMI, ahora una organización de los coyas habla por ellos y ha comenzado a obtener resultados.

Una tras otra, las partes de la visión de Quispe se están materializando; muchas de ellas parecen haberse convertido en realidad gracias a su tremenda energía y fuerza de voluntad. Ella urge a todos los miembros de WARMI a que trabajen duro y da ejemplo. "Mami: nunca he conocido a otra persona que trabaje 36 de cada 24 horas", le dijo una vez uno de sus hijos. Pero incluso Quispe necesita tiempo de descanso. "Como una vez al mes", dice, "me escapo por un tiempo. Me voy a ver a mis llamas". Y allí, esta mujer cuyo nombre e imagen aparecen instantáneamente en Google y Facebook, TED y YouTube en cualquier parte del mundo, puede verse hablándoles bajito a las llamas, que pacen a una distancia en que puedan oírla; los tonos de color tierra de sus prendas se funden con los de la lana mientras la mujer y los animales se desvanecen juntos en el vasto paisaje, a la luz del anochecer.

Patrick Breslin, quien fue vicepresidente de asuntos externos de la IAF, se jubiló después de 22 años de servicio. Su dirección de correo electrónico es patbreslin1@gmail.com. Gabriela Sbarra, de los servicios de enlace local de la IAF en Argentina, y Paula Durbin, contribuyeron a este artículo.

Foro de becarios

El año pasado, *Desarrollo de base* introdujo una nueva sección para presentar reseñas escritas por becarios de la IAF que son evaluadas y escogidas por un subcomité de académicos que selecciona a los candidatos al programa de Becas de Desarrollo de Base de la IAF.

La IAF es el único donante que específicamente financia investigación académica centrada en el desarrollo de base en América Latina y el Caribe. Desde 1974, nuestras becas han apoyado a estudiantes de doctorado, investigadores de posdoctorado, candidatos a maestría y a un puñado de sobresalientes líderes de base en la conducción de estudios independientes. Desde 2007, el programa tiene un solo componente: el apoyo a investigaciones de tesis de doctorado encaradas por estudiantes de universidades de EE.UU. que han alcanzado la candidatura a un Ph.D.

En el otoño de 2011, la IAF invitó de nuevo a todos los becarios de los ciclos posteriores al reinicio para que presentasen sus originales y sean evaluados. Esa revisión realizada por sus colegas resultó en la selección de dos trabajos para su publicación en esta edición. Coincidentemente, las escritoras seleccionadas, Ellen Sharp y Marygold Walsh-Dilly, ofrecen perspectivas adicionales sobre las fortalezas y tensiones en las comunidades indígenas al reconciliar ellas sus tradiciones con el contexto contemporáneo. Seguimos entusiasmados con nuestro nuevo componente, sobre todo y obviamente porque ofrece algo del beneficio del Programa de Becas a una mayor audiencia y porque representa otra credencial para los autores cuyos trabajos aparecen aquí. Pero la competencia tiene valor incluso para aquellos cuyos originales no son seleccionados, debido a una bien meditada retroalimentación que los jueces comunican, por intermedio de la IAF, a cada competidor. *Desarrollo de base* agradece a todos los que han contribuido al éxito de esta competencia. En breve estaremos anunciando una nueva ronda. Para más información sobre las Becas de la IAF, visite www.iie.org/iaf.— *P.D.*

Entre dos extremos:
confrontando la delincuencia en la Guatemala de posguerra

Por Ellen Sharp

Era enero de 2011, el punto medio en el trabajo de campo para mi tesis doctoral en Guatemala rural, y yo me había ausentado por el fin de semana. En el momento que puse nuevamente los pies en Todos Santos al bajar del ómnibus de regreso, supe que algo había cambiado. El parque central estaba repleto de personas, muchas más que de costumbre para una tarde de domingo. Al aire se lo sentía cargado. Cruzando la calle, la multitud que rodeaba la cárcel era tan densa que no podía ver quién estaba tras las rejas. Divisé a mi casero. "Atraparon a unos ladrones que robaron un montón de dinero", me informó, "y ellos están decidiendo qué hacer". Con "ellos" no se referían a la policía; se referían al comité local de seguridad.

Yo había venido a Todos Santos para estudiar a esta organización de autoayuda como ejemplo de una iniciativa de base. La Seguridad, que es como sus miembros se llaman a sí mismos, representa un esfuerzo de los pobres organizados para garantizar la seguridad en su comunidad en ausencia de una protección adecuada del estado. Los integrantes hacen rotación como voluntarios para patrullar las calles varias noches por semana. Cada sábado, el consejo de directores oficia corte, proporcionando un foro donde se pueden expresar quejas en mam maya, la lengua local, y tenerlas resueltas en el mismo día.

Mientras que la prensa guatemalteca está llena de recuentos de presuntos secuestradores y ladrones

Ellen Sharp

Parque central de Todos Santos.

quemados vivos por turbas furiosas en toda la predominantemente indígena sierra, no ha habido un linchamiento fatal en Todos Santos desde el 2000. Ese año (poco antes de que La Seguridad fuera creada), una turba confundió a un turista japonés y a su chofer guatemalteco con satánicos secuestradores de bebés y los apalearon hasta matarlos. Muchos dijeron que lo sucedido en este caso los había vuelto en contra de más linchamientos. Pero en ese día de principios del 2011, daba la impresión de que eso estaba por cambiar.

Los acuerdos de paz pusieron oficialmente fin a 36 años de guerra civil en Guatemala, pero la violencia continúa. La tasa de homicidios en 2010 fue de 43 por cada 100.000 personas (González 2010), una de las más altas de América Latina. (De acuerdo con informes de F.B.I., EE.UU. tuvo 4,3 homicidios por 100.000 el mismo año.) Y aunque representan menos del 2 por ciento de los homicidios, los linchamientos están en aumento (Cullinan 2011). En inglés, la palabra implica la muerte del linchado, pero en Guatemala linchamiento abarca actos letales y no letales por parte de turbas. Naciones Unidas documentó 61 linchamientos en Guatemala en 2002, con 25 muertes (MINUGUA 2002). Apenas una década después, la Policía Nacional reportó 147 linchamientos con 49 muertes; 61 linchamientos ocurrieron en Huehuetenango, el predominantemente indígena departamento que incluye Todos Santos (Mendoza 2012). Durante mi trabajo de campo supe de muchos otros incidentes que no llegaron al registro oficial.

¿Por qué se está volviendo más común esta práctica violenta entre guatemaltecos indígenas en esta coyuntura particular? Académicos responden que autoridades públicas insuficientes crean las condiciones para los linchamientos. Algunos destacan la desintegración de la solidaridad social de posguerra en comunidades indígenas como una precondición (MINUGUA 2000, 2002; Godoy 2002, 2006). Otros señalan una larga historia de muy elaboradas formas de organización social (Mendoza 2004, 2007; Sandoval 2007). Aunque estas explicaciones parecen incompatibles, los eventos en Todos Santos muestran que tanto un tejido social crispado como la persistencia del *comunitarismo* actúan conjuntamente para facilitar los linchamientos en comunidades indígenas de posguerra.

Qué hacer con los ladrones

Este caso resultó mucho más complicado que los robos de gallinas y los rateros con los que La Seguridad había actuado antes. Involucraba una estafa que tenía en su centro a una joven maestra de suaves modales llamada Carmen. Históricamente, los maestros en Guatemala no fueron mayas, pero los acuerdos de paz cambiaron esta característica al requerir una educación bilingüe. Aunque a principios de la década de 1980 solo había un puñado de maestros que hablaban mam en Todos Santos, ahora hay más de 200. A medida que más todosanteros terminan la secundaria, hay una feroz competencia para los escasos puestos sindicalizados para la enseñanza. Carmen obtuvo una de estas codiciadas plazas, lo que significó para ella un salario fijo y beneficios que incluían una jubilación garantizada luego de 25 años de servicio. Aunque el salario es de solo unos 2.500 quetzales (US$325) por mes, es depositado sin falta en la cuenta de BanRural de cada maestro.

Los bancos de Guatemala se han dado cuenta de esta solvencia relativa y están deseosos de ofrecer préstamos a maestros. El fraude comenzó cuando Carmen convenció a 12 colegas para que le entregaran copias de sus documentos de identificación y constancia de empleo. A algunos les dijo que necesitaba un cosignatario para un préstamo; a otros los atrajo con historias de dinero de becas universitarias que sería depositado en sus cuentas. Un equipo de cómplices practicó la falsificación de las firmas de los maestros antes de solicitar préstamos en nombre de aquellos en bancos de poblaciones cercanas. En total, Carmen retiró 380.000 quetzales (unos US$50.000).

Uno de los estafados se presentó ante BanRural para retirar dinero de su cuenta, solo para descubrir que todo su salario había sido aplicado al repago de un préstamo recibido de BanTrab, un banco conocido por sus créditos fáciles y altas tasas de interés. Funcionarios de BanRural, al principio con fastidio, le mostraron los documentos del préstamo con su firma. El maestro pronto identificó a otros en la misma situación, y ellos acudieron a la reunión sabatina La Seguridad. En pocas horas se detuvo a Carmen y fue interrogada. Ella confesó que tenía un socio, un hombre de Soloma, un pueblo kanjobal maya más grande y rico sobre la cadena de Todos Santos. Ella le había entregado a él todo el dinero, dijo, pero solo porque él había amenazado de muerte a ella y su familia. Soloma tiene una cierta fama con los todosanteros, que consideran a sus habitantes con una mezcla de envidia y temor. Como lo dijo un joven, “Ellos han avanzado mucho, pero todo en base a dinero de actividades ilegales, como narcotráfico y secuestros” (notas en el terreno, 21 de enero de 2011). Mientras que algunos consideraron a Carmen como una víctima desafortunada, otros expresaron que ella tenía que haberlo pensado mejor antes de asociarse con este solomero furtivo.

Con una serie de llamados desde su celular realizados esa noche, Carmen convenció al hombre de que tenía más dinero para entregárselo. Cuando él y su familia pisaron el pueblo esa madrugada, La Seguridad ya lo tenía vigilado. Un grupo de 30 voluntarios lo arrastró desde su vehículo y lo golpeó. Tanto Carmen como el solomero fueron arrojados en la fuente del centro de pueblo, y llevados al gimnasio donde a los maestros estafados se los invitó a azotarlos ante una gran multitud. Algunos lo hicieron con entusiasmo.

Según me comentaron, el número de espectadores que se reunían cuando malhechores eran capturados llegaba a unas decenas, no centenas. La tecnología moderna ha transformado la movilización social. Hasta 2004, Todos Santos tenía solo un puñado de líneas telefónicas bajas. Ahora Guatemala tiene más teléfonos celulares que personas y las noticias viajan rápido.

En la noche del domingo la policía trató de llevar a los sospechosos ante las autoridades en la capital departamental. La multitud en el parque era tan grande que la turba superó a la policía, tomó en custodia a Carmen y al solomero, y los instaló en el balcón de la alcaldía. Ellos serían mantenidos allí, según anuncio de una de las víctimas del fraude y sus familiares, hasta que llegara el dinero restituido desde Soloma. Nadie confiaba en que el dinero robado podría ser recuperado a través del sistema legal. Esta postura tenía la intención servir de advertencia para que nadie siquiera pensara en estafar a los todosanteros. La prensa guatemalteca calificó el hecho como una crisis de rehenes.

Mientras tanto, La Seguridad seguía acorralando a los cómplices de Carmen e investigando su participación. Uno de ellos, taxista, dijo que Carmen había llegado a su casa con una triste historia de una hermana que había sido detenida en la frontera de Arizona y que necesitaba ayuda desesperadamente. Él en principio estuvo renuente, explicó, pero decidió ayudar cuando su padre invocó un dicho mam que dice: "Hoy es ella, pero mañana podríamos ser nosotros". Él condujo a Carmen a Soloma, entró en la sucursal de BanTrab con documentos de otra persona y falsificó la firma. Carmen le habría pagado menos de US$80 por su esfuerzo, prometiéndole más si su hermana salía de la cárcel (notas personales, 22 de enero de 2011). La Seguridad lo multó a él y a los otros falsificadores con 15.000 quetzales (US$1.950). Aunque algunos de sus cómplices fueron azotados, este joven, quien alegó que sólo había respetado la voluntad de su padre, no lo fue.

Una desafortunada coincidencia amplificó la crisis: el cautiverio de Carmen y el solomero coincidió con los desembolsos del programa de bienestar social de Guatemala. Unas 2.000 familias vinieron al pueblo ese lunes y el martes para recoger su transferencia de efectivo condicional. Muchos se quedaron para observar el espectáculo, llenando la plaza bajo el balcón donde los acusados eran periódicamente amenazados y golpeados mientras sus gritos y súplicas resonaban sobre la multitud. Vendedores callejeros aparecieron con helados y alimentos fritos, dando a todo el evento un desconcertante aire festivo.

En la mañana del miércoles, Juan, uno de los líderes de La Seguridad, me habló de la crisis. Compilamos una lista de lo que la multitud estaba gritando: quémenlos, golpéenlos, vuelvan a arrojarlos en la fuente. "¿Cómo manejan esto?", pregunté. "Nosotros decimos, 'Bueno, sigan, háganlo y sufran las consecuencias'", me respondió. "¿No es peligroso?" pregunté. Juan solo sonrió y se encogió de hombros. Entonces su celular sonó. Cuando no hubo dinero viniendo de Soloma, el alcalde de Todos Santos obligó al padre de Carmen a vender parte de su tierra y dividir lo obtenido entre las víctimas. Aplacadas éstas y una vez que se marcharon los receptores del seguro social, la policía guatemalteca pudo sacar del pueblo a escondidas a los sospechosos en medio de la noche y entregarlos a las autoridades departamentales (notas personales, 23 de enero de 2011).

¿Solidaridad o trauma social?

Dada la historia de genocidio perpetrado contra la mayoría indígena de Guatemala, el hecho de que el grueso de los linchamientos (aunque ciertamente no todos) tengan lugar en áreas indígenas constituye un tema delicado. Los primeros informes de Naciones Unidas evitaban mencionar esta conexión, aunque cuando citaban la ausencia del estado, una historia de represión en tiempo de guerra y altas tasas de pobreza como factores causales en los linchamientos, ellos estaban describiendo las condiciones de la Guatemala indígena. El politólogo Carlos Mendoza (2004, 2007), quien ha realizado amplios análisis estadísticos con los datos de Guatemala sobre linchamientos, sostiene que los altos niveles de población indígena podría de hecho ser uno de los principales indicadores de lo que él llama "riesgo de linchamiento". Él explica esta correlación apuntando a la larga historia de los mayas de proveer para el bien común de sus comunidades.

Esta fuerte tendencia comunitaria caracteriza la vida en Todos Santos. Los vecinos se reúnen regularmente para donar dinero y mano de obra para proyectos comunitarios tales como la reconstrucción de la maltrecha escuela primaria o la pavimentación de nuevas rutas. En casos de fallecimiento, la colabo-

courtesy Ellen Sharp

Ellen Sharp con sus vecinas.

ración se vuelve aun más pronunciada. Luego de un horrendo accidente de ómnibus que en junio de 2011 ocasionó la muerte de siete todosanteros, cinco de una sola familia, la estación local de radio recolectó rápidamente miles de dólares para sufragar los gastos médicos y funerarios de las víctimas. Cientos de personas que asistieron a los múltiples velorios trajeron obsequios de dinero, maíz y azúcar. Los todosanteros consideran tal generosidad como recíproca, y frecuentemente citan el dicho que salvó de una paliza a uno de los cómplices de Carmen: "Lo que hoy es tu problema, mañana puede ser mío". La Seguridad misma ofrece un gran ejemplo del *comunitarismo* en acción. Sus líderes donan horas de su tiempo sin compensación porque, como dicen sobre su responsabilidad, es su obligación proteger a la comunidad. No obstante, numerosos residentes critican su justicia como arbitraria, inconsistente, e innecesariamente bruta. Los argumentos de analistas que afirman que el linchamiento indica la ausencia de solidaridad social ayudan a explicar por qué la justicia de base es tan intensamente rechazada.

Al contrario de lo que Mendoza sostiene, el informe de MINUGUA y la socióloga Angelina Snodgrass Godoy arguyen que el linchamiento es el resultado del tejido social dañado de las comunidades mayas de posguerra. El genocidio representa un ataque contra la vida colectiva, señala Godoy, y como tal produce un trauma social de largo aliento (2002, 646). En el proceso de asesinar a una generación de líderes comunitarios, el ejército eliminó una larga tradición de resolución de disputas que llamaba a la restitución antes que al castigo. Antes de la guerra, el linchamiento era algo sobre lo cual no se había escuchado en las comunidades mayas. Pero durante la guerra, las muertes por quema ocuparon nada menos que el segundo lugar después de las matanzas por armas de fuego, en el recuento de las 200.000 víctimas (Godoy 2002, 653).

Sospecho que la diseminada crítica hacia La Seguridad surge de este legado de la guerra. Su legitimidad es constantemente cuestionada porque las formas tradicionales de resolución de conflictos y líneas de autoridad ya no existen. En lugar de ello, La Seguridad representa un híbrido que combina algunas prácticas de preguerra con la estructura de las patrullas en las que los hombres mayas eran obligados a participar durante la guerra. La gente se queja de que sus líderes asumen posiciones de poder por interés individual antes que el mejor interés de la comunidad. Las duras multas que La Seguridad solía aplicar a aquellos que violaban las reglas y la falta de contabilidad sobre ese dinero han dado crédito a estas quejas. Durante la crisis de los rehenes, La Seguridad tuvo que soportar la crítica de sus partidarios y de sus oponentes. Muchos pensaron que el acusado debía haber sido matado. Otros señalaron que el tratamiento a la esposa e hijos pequeños del solomero, quienes también quedaron apresados en el balcón, fue injusto e inhumano (notas personales, 17 de enero de 2011).

Esta crisis puso en relieve otra tensión relacionada con las *transformaciones* sociales de posguerra, concretamente un diseminado resentimiento hacia los maestros. El surgimiento de esta clase profesional relativamente privilegiada de mayas personifica una creciente inequidad económica en lo que alguna vez fueron comunidades uniformemente empobrecidas. Las víctimas del fraude fueron acusadas de complicidad o como mínimo de estupidez. Aquellos que creyeron en el engaño de las becas de Carmen fueron acusados de haber pensado que podían obtener algo a cambio de nada. "Pero eso es lo que tenemos con los maestros" acotó una mujer, "de todos modos, ellos apenas trabajan, y solo recogen sus salarios" (notas personales, 25 de enero de 2011).

En sus esfuerzos por entender los linchamientos, los analistas han producido explicaciones aparente-

mente contradictorias. Algunos sostienen que el linchamiento es indicador de un alto nivel de organización comunal mientras que otros lo ven como síntoma de un orden social tan dañado que solo la violencia colectiva une a la gente. Ambas perspectivas ayudan a explicar ciertos elementos de la desordenada realidad que se desplegó en Todos Santos en 2011. La respuesta a las estafa reveló una impresionante movilización de base, con sospechosos que eran capturados, interrogados y custodiados por días y días por grupos rotativos de voluntarios. Al mismo tiempo, los medios violentos utilizados en este proceso representan un legado de la guerra. A menudo los militares arrojaban a presuntos subversivos en agua fría, por ejemplo, igual que Carmen y el solomero fueron arrojados a la fuente antes de ser golpeados.

Cualquiera que sea el argumento que prevalezca, el hecho sigue siendo que el linchamiento no puede suceder sin una crisis mayor de legitimidad del estado. Los asesinos en Guatemala generalmente quedan sueltos por falta de evidencia. Aunque Todos Santos tiene una presencia policial, seis oficiales asignados para resguardar a cerca de 30.000 pobladores no pueden ser tan efectivos. Para más, los policías no son lugareños, solo hablan español y son ampliamente percibidos como corruptos y no confiables. La crisis también reveló una profunda falta de confianza en que el poder judicial estaría en condiciones o deseoso para juzgar a los acusados. Sin embargo, en este caso Carmen cometió un delito contra una entidad poderosa. BanTrab devolvió el dinero a los maestros defraudados y sus representantes están activamente trabajando en la causa contra Carmen.

El escándalo dejó a todos con muchas preguntas. ¿Cómo cayó Carmen en la maniobra? ¿Por qué tomó ella el dinero y luego se lo entregó a otro? Sea cual fuere la verdad, el solomero contrató a un abogado, pagó una fianza de 50.000 quetzales y desapareció sin dejar rastros. Carmen quedó ocho meses en la cárcel mientras sus empobrecidos padres luchaban por obtener el dinero necesario para contratar a un abogado que pudiera negociar una fianza más razonable que los 300.000 quetzales establecidos inicialmente para ella. Más de un año después, Carmen está en libertad bajo fianza y sigue esperando juicio.

Ellen Sharp es candidata a un Ph.D. en antropología sociocultural en la University of California en Los Angeles y estuvo en el ciclo 2010-2011 de becarios.

Bibliografía

Cullinan, Jeanna. 2011. "Guatemala Reports 500% Rise in Attempted Lynchings". Consultado el 14 de diciembre. http://insightcrime.org/insight-latest-news/item/1843-guatemala-reports-500-rise-in-attempted-lynchings#.

González, Mariano. 2011. "Violencia en Guatemala: aproximaciones al panorama estadístico e hipótesis sobre su aumento en la post-guerra". Consultado el 12 de febrero de 2012. http://www.flacso.edu.gt/site/wp-content/uploads/2011/03/dialogo29.pdf

Mendoza, Carlos. 2004. "Collective Violence in Post-Conflict Guatemala: Understanding Lynching Mobs". Consultado el 27 de febrero de 2012. http://www.nd.edu/~cmendoz1/datos/lynchmobs.pdf

Mendoza, Carlos A. 2007. *Ausencia del Estado y Violencia Colectiva en Tierras Mayas, Una Aproximación Cuantitativa al Fenómeno de los Linchamientos en Guatemala (1996-2002).* Guatemala: SEGEPLAN/FLACSO.

Mendoza, Carlos A. 2012. "Muertes por linchamiento durante 2011". Consultado el 12 de febrero de 2012. http://linchamientos.blogspot.com/2012/01/muertes-por-linchamiento-durante-2011.html

MINUGUA. 2000. *Los Linchamientos: Un Flagelo Contra la Dignidad Humana. Guatemala: Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Guatemala.*

MINUGUA. 2002. *Los Linchamientos: Un Flagelo que Persiste. Guatemala: Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Guatemala.*

Sandoval Girón, Anna Belinda. 2007. "Taking Matters Into One's Hands: Lynching And Violence In Post-Civil War Guatemala". *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development.* 36(4): 357-379.

Snodgrass Godoy, Angelina. 2006. *Popular Injustice: Violence, Community, and Law in Latin America.* California: Stanford University Press.

Snodgrass Godoy, Angelina. 2002. "Lynchings and the Democratization of Terror in Postwar Guatemala: Implications for Human Rights". *Human Rights Quarterly* 24: 640–661.

Reciprocidad indígena y globalización en la Bolivia rural

Por Marygold Walsh-Dilley

Hace una década, como voluntaria en desarrollo comunitario con el Cuerpo de Paz de EE.UU., viví en la polvorienta población boliviana de San Juan de Rosario, en el altiplano sur-central. Estaba allí para trabajar con esta comunidad quechua en el desarrollo de una industria del turismo, pero quedé fascinada con los acelerados cambios que tenían lugar al deslizarse San Juan desde una economía de subsistencia y emigración, a la producción del grano de la quinua como producto comercial para la exportación. Estaba particularmente interesada en *ayni*, la palabra quechua para reciprocidad, y he dedicado los últimos 10 años a estudiar cómo esta práctica tradicional fue cambiando a medida que los bolivianos rurales se integraban cada vez más a los mercados globales.

La forma más común de *ayni* todavía aplicada hoy día en aldeas andinas es la provisión recíproca de mano de obra. Un cultivador trabaja en la tierra de otro creando la obligación de devolver el favor. Los intercambios son por servicios equivalentes, generalmente un día de trabajo. Estos intercambios, que son esenciales para ganarse el sustento, están apoyados por un compromiso con un orden moral compartido. Los antropólogos consideran la participación en *ayni* y su protocolo correspondiente como una característica que define la identidad de los quechuas, el mayor grupo indígena de los Andes, y destacan su importancia para los rituales y ceremonias. "La reciprocidad es como una bomba en el corazón de la vida andina", escribió la antropóloga Catherine Allen (2002: 73). Es una parte medular de un sistema económico que apuntaló comunidades e incluso imperios por siglos en el muy difícil escenario de la montaña.

Estas montañas surgen imponentes, y sus pronunciadas pendientes y frígido aire plantean un reto formidable a la sustentación de la subsistencia y las

Grupo de trabajo de San Juan de Rosario.

Marygold Walsh-Dilley

comunidades. Los antiguos pueblos andinos pusieron estas dificultades en su beneficio al establecer control sobre tantos nichos ecológicos como fuera posible. Zonas diferenciadas por altitud y un ambiente muy variable han proporcionado un rango de recursos que permite sobrevivir al pueblo andino. La agricultura de la montaña, por ejemplo, produce una variedad de tubérculos y cereales; valles más bajos ofrecen frutas y verduras, maíz, algodón, guano, coca y madera. A diferencia de comunidades en zonas del mundo donde el comercio y los mercados aseguran el acceso a los bienes de consumo necesarios, las comunidades de los Andes sobreviven mediante una práctica que a menudo es llamada —y con propiedad— "verticalidad" (Murra 1972). Para hacerse del control de los recursos disponibles, las comunidades andinas enviaron "colonos" a diferentes altitudes y compartieron los productos mediante un elaborado sistema de reciprocidad y redistribución. Murra (1972) sugiere que este patrón era pan-andino, y hay evidencia de que ha perdurado desde 500 D.C. hasta hoy. Este "archipiélago vertical" se basó en un interactuar mutuamente beneficioso dentro de una comunidad, el cual, como fuera anotado por europeos en los principios del período colonial, permitió al pueblo andino lograr una prosperidad considerable. Luego, al ampliarse su imperio, los incas aseguraron el control social movilizando el compromiso de los Andes a interacciones recíprocas entre individuos, comunidades, y el estado. Mientras que prácticas específicas han cambiado con el tiempo, hay un alto grado de lo que el antropólogo Nathan Wachtel denomina "continuidad ideológica" con respecto a la reciprocidad en los Andes, y ésta sigue siendo un factor importante para organizar la experiencia social andina.

Pero hay varios desafíos a las prácticas y costumbres tradicionales, que están teniendo cada vez más impacto en las comunidades rurales andinas. Espacios rurales contemporáneos están siendo rápidamente incorporados a una economía global que pone énfasis en el individuo por sobre la comunidad. Las prácticas agrícolas están evolucionando a medida que los agricultores responden crecientemente a nuevas oportunidades de mercado, tecnologías, afiliaciones religiosas, incluso organismos de desarrollo, todo lo cual contribuye a abandonar los compromisos comunitarios. La migración desde áreas rurales a urbanas —que se desató luego de las reformas de la tenencia de la tierra de las décadas de 1950 y 1960, puso fin al sistema de la hacienda y liberó a mucha gente de la servidumbre rural— también erosiona las redes y desgasta las instituciones, incluyendo el *ayni*.

Quínoa madura.

Semillas de quínoa.

Cortesía de Marygold Walsh-Dilley

Marygold Walsh-Dilley.

Aun así, mi investigación confirma que la reciprocidad sigue siendo una tradición viva. Mi trabajo de campo me llevó a tres comunidades distintas, cada una con su propia historia y forma de inserción en los mercados globales y regionales, fragmentación religiosa y migración. Aunque en este trabajo me concentro solo en la reciente integración de San Juan a los mercados internacionales de la quinua, en todas estas comunidades los bolivianos del interior siguen apoyándose en estrategias de reciprocidad para establecer su modo de subsistencia, aun cuando se vuelven más profundamente involucrados en sistemas y proceso globales. Sin embargo, el modo en que estas prácticas son desempeñadas, depende de las necesidades y experiencias de cada escenario. La imagen que surgió en toda mi investigación fue la de gente que por mucho tiempo viene usando su institucionalizada práctica del *ayni* al tiempo que responde a los desafíos y oportunidades de la globalización. De hecho, debido a que estas prácticas tradicionales han demostrado ser recursos apropiados, tanto social como ecológicamente, su utilización se está ampliando y adaptando a las necesidades actuales.

En San Juan, los residentes se han integrado plenamente a los mercados de materias primas recién en las últimas dos décadas, al desarrollarse internacionalmente la demanda de quinua. Si bien la quinua es superlativamente nutritiva, durante el período colonial fue marginada como alimento indígena en favor de los cereales europeos y otros productos. Este colonialismo culinario estableció hábitos dietarios que permanecen arraigados hoy día y la quinua es todavía considerada como un alimento inferior entre los bolivianos urbanos y de clase media. Hubo una demanda limitada del mercado de quinua hasta la década de 1980, cuando llamó la atención de consumidores de EE.UU. y Europa. Esto alentó un drástico aumento de producción de los agricultores bolivianos, ya que el cultivo solo puede ser producido eficientemente en condiciones que son exclusivas del altiplano andino.

Los consumidores del exterior estaban respondiendo a investigaciones realizadas por entidades de EE.UU. y bajo los auspicios de Naciones Unidas y gobiernos sudamericanos que identificaron las propiedades nutritivas de la quinua, incluyendo niveles notablemente elevados de proteína completa. Oficinas de gobierno y entidades donantes se interesaron en promover la quinua, primero por su potencial para mejorar la dieta inadecuada de los campesinos en los altos Andes y luego como cultivo comercial para ayudar a reducir la pobreza. Por un breve período en los años de la década de 1960, las regulaciones gubernamentales de Perú y Bolivia exigieron que todas las panaderías utilizaran una porción de harina de quinua en el pan, lo que resultó en un aumento temporal de la producción; éste finalmente se revirtió debido a la resistencia de las empresas y los consumidores urbanos. Otros esfuerzos en apoyo de la producción de quinua comprendieron proyectos realizados o financiados por la Misión Católica Belga y la Fundación Interamericana (ver Healy 2001). Estos han beneficiado a comunidades que circunda el salar Uyuni, el más grande del mundo, donde principalmente se produce la variedad más cotizada de quinua. Esta zona, donde San Juan está situado, se ha vuelto un foco para la quinua, y sus residentes han pasado del cultivo de la papa para la subsistencia a intensificar su producción de quinua para el mercado, incluso expandiéndola a tierras marginales.

La mecanización parcial del proceso ayudó a la expansión. El acceso a un tractor mediante la misión belga ya en la década de 1960 ayudó a los agricultores a limpiar y preparar los campos para la producción de quinua en un sitio donde casi nada más podía crecer. Posteriormente se formaron organizaciones basadas en la comunidad que en modo significativo aumentaron la disponibilidad de tecnologías mecanizadas. Pero luego de años de producción intensificada, las cosechas comenzaron a decaer o estropearse a medida que la tierra se degradó. En particular, el uso de un tractor para plantar quinua rompe el suelo causando una pérdida de la limitada humedad de la tierra necesaria para germinar semillas y permitiendo la erosión del viento que daña las plántulas y reduce el rendimiento.

Esto, combinado con los cambios en las condiciones climáticas marcadas por lluvias menos confiables y más vientos dañinos, ha llevado a los agricultores a retornar

a la labor manual para plantar los campos que los tractores limpian y preparan. Aunque requiere un esfuerzo físico adicional considerable, la labor manual es apropiada para las condiciones locales porque depende de un conocimiento específico del lugar que reduce los riesgos asociados con un clima impredecible, la erosión y un suelo pobre. Al plantar a mano se conserva y su utiliza mejor la limitada humedad del suelo y se minimiza la erosión eólica al no quebrar la capa protectora del suelo —problemas que se vieron exacerbados al extender la producción de la quinua a tierras crecientemente marginalizadas durante períodos de demanda ascendente.

Dado el aumento de la demanda del mercado, la producción es mayor y los equipos de trabajo son más grandes que nunca. Debido a que a menudo los agricultores carecen de los recursos para pagar jornales en efectivo, ellos prefieren atraer a los trabajadores activando el *ayni* con la obligación de reciprocar. El *ayni* permite además a los agricultores el acceso a mano de obra con mayor seguridad cuando escasean los trabajadores. Es así porque, mientras que la obligación de devolver mano de obra mediante el *ayni* está apuntalada por una férrea ética de reciprocidad, el jornal de unos US$3 es a menudo insuficiente para inducir a productores, ya ocupados, a trabajar por otros. Irónicamente, en San Juan los nuevos mercados y tecnologías y han creado una dependencia aun mayor en las redes de reciprocidad.

En mi tesis yo sostengo que la reciprocidad ha sido renegociada a la luz de nuevos desafíos y oportunidades. Las prácticas contemporáneas se ven muy diferentes de aquellas aplicadas dentro del archipiélago vertical de John Murra. Aunque ellas reflejan continuidad con el pasado, han sido modeladas por un cambiante paisaje social para seguir siendo efectivas y apropiadas. Por ejemplo, en San Juan, compartir mano de obra solía ocurrir dentro de grupos pequeños muy entrelazados de entre cinco y siete hogares; estas familias rotaban entre los campos como un colectivo. Pero como los campos de quinua —y consecuentemente los grupos de trabajo— se han vuelto más grandes, el compartir mano de obra involucra a productores de toda la comunidad.

La reciprocidad sigue siendo relevante en parte porque responde tanto a necesidades individuales como de la comunidad. Aunque el intercambio recíproco de mano de obra proporciona a los individuos un recurso importante para manejar la producción, también contribuye a la solidaridad comunitaria porque construye redes de confianza y amistad. Esto fue particularmente claro en San Juan, que es algo así como la niña mimada en círculos del desarrollo. La comunidad tiene mucho éxito en atraer financiación y el interés y la participación de organismos de desarrollo. Los residentes atribuyen su éxito a su solidaridad y disposición para trabajar juntos, que ellos consideran fundamentales para poder progresar y desarrollarse como comunidad. Algunos investigadores se refieren a esta cooperación como capital social, considerado crítico para el desarrollo, la reducción de la pobreza y el mejoramiento de la salud y el bienestar (Grootaert y Narayan 2004).

La importancia de la reciprocidad en el desarrollo de Bolivia es enfatizada por Evo Morales, el primer presidente indígena del país. Él ha hecho de la reciprocidad, la solidaridad y la comunidad las bases para su visión de un nuevo sistema económico que, según él, tendría por resultado un mejor futuro para Bolivia y, de hecho, para el resto del mundo. La reciprocidad funciona en comunidades rurales como parte de la interacción normal entre vecinos que se involucran en intercambios cara a cara de acuerdo con reglas comprobadas por el tiempo que gobiernan el acceso a recursos. Obviamente, queda por verse cuán apropiadamente una modalidad como ésta puede ser aplicada a nivel regional, en escala nacional o internacional. En general, en comparación con aquellos preocupados por el futuro de costumbres o prácticas indígenas tales como el *ayni*, yo percibo que la reciprocidad sigue siendo relevante y que sus manifestaciones contemporáneas permiten a los habitantes de los Andes negociar las incertidumbres del mercado global.

Marygold Walsh-Dilley, quien participó en el ciclo de becarios de la IAF 2007-2008, recibió en 2012 su Ph.D. en Sociología del Desarrollo de Cornell University.

Referencias:

Allen C. 2002. *The Hold Life Has: Coca and Cultural Identity in an Andean Community*. Washington, D.C.: Smithsonian Institute Press.

Healy, K. 2001. *Llamas, Weavings, and Organic Chocolate: Multicultural Grassroots Development in the Andes and Amazon of Bolivia*. Notre Dame, Ind: University of Notre Dame Press.

Grootaert, Christiaan y Deepa Narayan. 2004. "Local Institutions, Poverty and Household Welfare in Bolivia." *World Development* 32(7): 1179-1198.

Murra, J. 1972. *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: Instituto de Estudio Peruanos.

Cocinando bajo el sol

Unos 20 años atrás, un pequeño grupo de mujeres de la costa sur guatemalteca, en su mayoría de la etnia quiche o kaqchikel, se organizó como Amigas del Sol (ADS) para hacer frente a los desafíos diarios de la vida rural. Casi de inmediato ellas se concentraron en los fogones que consumen hasta un 18 por ciento del ingreso familiar, causan quemaduras, aceleran la deforestación y exponen a familias enteras a enfermedades respiratorias, entre ellas neumonía, bronquitis crónica e incluso cáncer de pulmón. Las familias sin suficiente dinero envían a sus niños a recoger leña cuando ellos deberían estar en la escuela.

ADS ayuda a grupos comunitarios a construir hornos alimentados por una fuente más abundante de energía: el sol. Desarrollado inicialmente por Siam Nandwani, profesor universitario de Costa Rica, el diseño fue mejorado hacia fines de la década de 1980 por Bill Lankford, físico estadounidense. Éste construyó un horno

La construcción de los hornos incluye el medir y cortar los paneles de madera, el ensamblaje y la pintura. El color rojo aumenta la absorción de los rayos del sol.

solar, confirmó que funcionaba y fundó el Proyecto Centroamericano de Energía Solar (CASEP, por sus siglas en inglés) para promover su uso. La noticia del invento se difundió luego que Lankford construyera un segundo horno ante la insistencia de Jan Gregorich, una monja asignada a una parroquia de la costa sur de Guatemala. El éxito del instrumento se basa en una lección crucial para el desarrollo de base. Los primeros hornos, construidos por carpinteros expertos, fueron ignorados por la propia gente para quien iban dirigidos. La lección: los usuarios tenían que ser involucrados, es decir, las mismas cocineras tenían que construir los hornos.

Las mujeres se enteran sobre ADS de boca en boca. Aquellas que quieren introducir la tecnología en sus comunidades deben convencer a ADS de su compromiso durante un período obligatorio de prueba de seis meses. Como grupo, ellas reciben en préstamo un horno y aprenden a cocinar con él, confirmando durante el proceso que las condiciones climáticas locales son adecuadas. Trabajadoras de ADS hacen visitas sin previo aviso para verificar que el horno está siendo utilizado. Los grupos que continúan con el programa dedican dos semanas a construir sus propios hornos. En esa etapa, las mujeres aprenden a utilizar sierras, destornilladores, cortavidrios y pinceles. "Las participantes aprenden que pueden hacer las mismas cosas que hacen los hombres", confirmaba Miguelina Miranda, quien ha estado con ADS por más de 15 años. Las mujeres del programa han retocado el diseño, agregando un compartimiento de almacenaje, un estante deslizable para sus ollas, y ruedas y manijas que permiten que el horno se mueva como una carretilla. También aumentaron el tamaño para acomodar una comida completa para una familia indígena típica. Las pausas para almorzar son utilizadas para desarrollar confianza y cohesión institucional. Luego de terminar sus hornos, un grupo de carpinteras-cocineras decidió fabricar muebles para el centro comunitario local. Otros grupos consiguieron financiación para trabajar juntos en avicultura, cría de ganado menor y en el mejoramiento de sus hogares por medio de instalación de inodoros de poca agua y de compostaje de residuos.

El uso de los hornos, que no generan humo, no tienen costo de operación y salvaguardan los bosques, constituye un pequeño paso hacia la protección del ambiente y ha reducido en forma significativa la vulnerabilidad a las enfermedades respiratorias. Y los hornos cumplen otra función importante: por horario, los usuarios de una comunidad emergen exactamente al mismo tiempo para ajustar sus hornos a la posición del sol y para socializar. "Es una oportunidad para el aprendizaje mutuo y estar actualizada sobre lo que sucede" dijo una vecina. La limitación de los hornos es que solo pueden ser utilizados seis meses al año. ADS está considerando las estufas o cocinas de bajo consumo de combustible como alternativa para los días nublados y la estación de las lluvias. Mientras tanto, los hornos solares producen buenos vínculos vecinales.— *José Toasa, representante de la IAF para Guatemala*

Mark Caicedo

Mark Caicedo

Miguelina Miranda, Clara Pérez, Petrona López y otras comparten un guiso de pollo cocinado en horno solar.

Aprendiendo con *Los Izalcos*

Los niños salvadoreños pueden aprender sobre las comunidades indígenas de su país con *Los Izalcos*, un juego de tablero desarrollado por el personal del socio donatario de la IAF Museo de la Palabra y la Imagen (MUPI) en colaboración con artistas, antropólogos y educadores.

El juego lleva ese nombre por las comunidades indígenas de la región conocida como Los Izalcos, en la parte occidental del país. Desarrollado por un equipo de antropólogos, artistas y educadores, su contenido se basa en gran medida en entrevistas con ancianos de ascendencia indígena, y en observaciones de viajeros tales como el etnógrafo sueco Carl Hartman, quien visitó El Salvador en 1896. Los jugadores exitosos se mueven alrededor del tablero al responder correctamente las preguntas sobre leyendas, artesanías, danzas, música y medicina indígenas, así como detalles sobre organización social, eventos históricos, agricultura y sobre la relación de estos salvadoreños autóctonos con su tierra.

En el centro del tablero está una representación artística del fuego sagrado en torno al cual se despliegan costumbres y escenas de la vida cotidiana de comunidades indígenas. Los jugadores comienzan haciendo girar un anillo ilustrado con la mítica cuyancúa, una serpiente con cabeza de cerdo, cuyos poderes hacen brotar agua fresca y limpia de su cueva.

El jugador a quien la cabeza de la cuyancúa apunte, saca una pregunta de un mazo de 125 tarjetas y, por cada respuesta correcta, recoge una ficha pintada con maíz o cacao, una utilizada como moneda en esta parte de Mesoamérica. Un manual contiene la información sobre cultura indígena esencial para jugar este juego, que viene con instrucciones y con *petates*, unos tapetes tradicionales hechos a mano de una planta conocida como *tule*, para que los jugadores se sienten sobre ellas.

MUPI ha sido reconocido internacionalmente por *Los Izalcos* y otros productos educacionales. Por sus logros en preservar y compartir elementos de la cultura pasada y presente de El Salvador, recibió el Premio Iberoamericano de Educación y Museos y, en 2010, el galardón Ford por "Conservación y Educación de la Herencia Cultural".—*Carlos Henríquez Consalvi, director de MUPI*

Cortesía de MUPI

Donatarios en Río+20

Representantes de la sociedad civil de países de todo el mundo se congregaron en Río de Janeiro en junio para conmemorar el vigésimo aniversario de la Cumbre de la Tierra de 1992 con una gran cantidad de actividades que se realizaron de modo paralelo a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible, o Río+20. El propósito de la conferencia era promover medidas destinadas a reducir la pobreza y mejorar el uso de los recursos naturales. Entre las organizaciones que participaron en la Cúpola do Povo, o Cumbre de los pueblos, en carpas diseminadas por el parque Aterro do Flamengo de Río, se encontraban nueve organizaciones donatarias de la IAF de Brasil, Colombia, Costa Rica y Paraguay.

La organización brasileña Centro de Estudos e Promoção da Agricultura de Grupo (CEPAGRO), que es donataria de la IAF, estuvo particularmente activa, ya que realizó más de una docena de talleres sobre su proyecto "Revolução dos Baldinhos", encaminado a lograr que los miembros de la comunidad recojan desechos de los hogares y los conviertan en abono orgánico. En el marco de una alianza con la organización italiana Slow Food Movement [movimiento por la comida lenta], CEPAGRO realizó además talleres en tres mercados de productos orgánicos durante la misma semana. Marcus José Abreu, coordinador de programas urbanos de CEPAGRO, habló durante la sesión "La búsqueda de sinergias en la transición económica y ambiental". Organizaciones subdonatarias del Centro de Apoio Socio-Ambiental (CASA), donataria de la IAF, exhibieron las prácticas de conservación que aplican en el hábitat de Mata Atlântica y en la región de la Amazonia. Fundação Grupo Boticario (FBPN), afiliada con la compañía fabricante de cosméticos brasileña, organizó eventos sobre el pago por servicios ambientales, así como el papel e impacto de la inversión social pública y privada.

La Fundación para el Etnodesarrollo de los Llanos Orientales de Colombia (ETNOLLANO) representó al Programa Consolidación Amazónica (COAMA) de Colombia, que ayuda a los grupos indígenas a preservar su entorno natural. Catalino Sosa habló por las comunidades indígenas Mbya de Paraguay, cuyas actividades cuentan con el apoyo de la donataria de la IAF Institución Ecuménica de Promoción Social (OGUASU). Durante el Foro sobre empresariado social en la nueva economía, José Francisco Fonseca, director ejecutivo de la Corporación Educativa para el Desarrollo Costarricense (CEDECO), explicó estrategias innovadoras que mitigan los efectos del cambio climático y los esfuerzos previsores del gobierno de Costa Rica por fomentar esas estrategias. El Foro también incluyó sesiones plenarias con el filósofo brasileño Leonardo Boff; el intelectual colombiano Bernando Toro; Marina da Silva,

Amy Kirschenbaum

La IAF fue la copatrocinadora del Foro sobre empresariado social en la nueva economía, organizado en forma paralela a la conferencia Río+20 por la Fundación Avina, Ashoka, la Fundação Roberto Marinho y la Fundación Skoll. La institución donataria de la IAF Federación Industrial del Estado de Río de Janeiro (FIRJAN) colaboró en la construcción de la estructura temporal en la que se realizó el foro.

ex ministra del Medio Ambiente de Brasil y candidata presidencial en 2011; y Guilherme Leal, principal oficial ejecutivo de Natura, otra fabricante de cosméticos gigantesca de Brasil.

En 1992, la Cumbre de la Tierra, que también se conoció como Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, abordó el uso de insumos tóxicos en la manufactura, las alternativas al uso de combustibles fósiles, la reducción de las emisiones de los vehículos, la congestión urbana, los peligros para la salud que se derivan de la contaminación del medio ambiente y la creciente escasez de agua, entre otros temas. La Cumbre de la Tierra condujo a la adopción del Protocolo de Kioto y del Programa 21, cuyos países firmantes se comprometieron a reconsiderar el crecimiento económico, promover la equidad social y asegurar la protección del medio ambiente, y a un reconocimiento de los derechos de las comunidades indígenas. Un tema importante de la conferencia de las Naciones Unidas de 2012, que se organizó con el fin de hacer el balance de los avances logrados desde 1992, fue la nueva economía: la noción de que el sistema económico mundial se debe restructurar si se desea lograr metas sociales y ambientales críticas. Los análisis de la reunión de 2012 por parte de los medios de comunicación reflejaron decepción.

En cambio, el dinamismo de la Cumbre de los pueblos y de una miríada de eventos afines provocó entusiasmo, lo que confirma que el verdadero progreso hacia el uso responsable del medio ambiente y una mejor calidad de vida probablemente surja de las bases, a medida que las comunidades diseñen soluciones creativas a los problemas más complejos del mundo. La participación de organizaciones donatarias de la IAF en estas actividades paralelas a la Conferencia constituye un testimonio de su capacidad para lograr el cambio positivo que puede tener implicaciones de gran alcance.
—Amy Kirschenbaum, representante de la IAF para Brasil

CASA

Participantes de la Cumbre de los pueblos realizaron una manifestaron en favor de la conservación de los ríos del mundo.

Donatarios indígenas, cinco años después

Desde 2009, la IAF ha visitado a organizaciones seleccionadas, cinco años después de concluir la financiación de la IAF, para constatar lo que funcionó, lo que no funcionó, y las razones. A continuación, instantáneas que ilustran la relevancia de proyectos culturalmente apropiados para tres comunidades indígenas, el desarrollo de recursos locales para encarar desafíos locales y la influencia del contexto en el resultado de estas iniciativas:

En 2001, la Asociación Consejo de Mujeres Mayas de Desarrollo Integral (CMM), compuesta de mujeres indígenas k'iche, recibió apoyo de la IAF para mejorar el acceso de mujeres y niños de San Cristóbal, Totonicapán, Guatemala, a la atención de la salud y para ofrecer suplementos nutricionales y educación sobre nutrición. En esa época, la tasa de mortalidad materna local era de 7 por 1.000 nacimientos vivos; la mortalidad infantil era de 55 por 1.000. Además, 150 infantes murieron de diarrea ese año. Por los siguientes cinco años, CMM utilizó su financiación de la IAF para capacitar a comadronas en procedimientos e higiene prenatales, ampliar y capacitar a una red de trabaja-

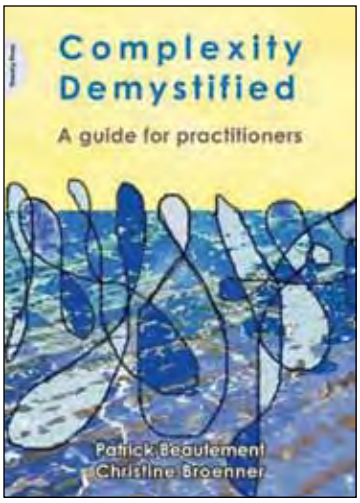
dores voluntarios de la salud, e introducir las huertas familiares para aliviar la malnutrición crónica. Para el 2010, cuatro años después de que la financiación de la IAF concluyera, CMM informó que la tasa de mortalidad materna se había desplomado a cero; la mortalidad infantil se había reducido significativamente; y los infantes ya no morían de diarrea. La red había crecido a 155 trabajadores de la salud capacitados, de los 45 que tenía en 2001; las comadronas cobran ahora un precio estandarizado por un parto, sin importar el género de la criatura; y los esfuerzos de CMM para concienciar sobre la violencia doméstica contra mujeres y niñas ha ayudado a reducir los casos reportados. Otros efectos indirectos incluyen el hecho de que las comadronas obtuvieron reconocimiento y respeto de otros profesionales de la salud del área, y que las autoridades nacionales de salud contrataron a mujeres de CMM para seguir proveyendo servicios de salud a sus comunidades. Este caso ilustra la importancia de apoyar soluciones enraizadas en las comunidades indígenas. Como las mujeres indígenas de CMM eran bien conocidas y gozaban de la confianza en sus comunidades, ellas podían basarse en tradiciones y lazos familiares para asegurar la participación y apoyo amplios. De hecho, CMM logró redefinir la participación en esfuerzos de promoción de la salud como componente vital de la ciudadanía comunitaria.

Entre 1997 y 2001, el Grupo de Asesoramiento Multidisciplinario en Medio Ambiente y Agroecología (GAMMA), organización de apoyo a grupos de base con sede en La Paz pero dedicada a prácticas agrícolas sostenibles en el altiplano boliviano, utilizó su financiación de la IAF para trabajar con hombres y mujeres aimaras que crían llamas y ovejas y con los *ayllus*, sus consejos locales, para incrementar pasturas, conservar agua y mejorar los rebaños. La capacitación, tanto de productores como de los *ayllus* probó ser efectiva. Para el 2010, la comunidad Choquecota de Oruro poseía una fuente de agua de todo el año, mejores pasturas y nuevos centros de reproducción. En esta comunidad a gran altura caracterizada por sequías agudas salpicadas por intensas lluvias, el enfoque autóctono de GAMMA para la conservación del agua y la producción ganadera se benefició con la activa colaboración de los *ayllus*. Al movilizar el capital social de los *ayllus,* las inversiones promovidas por GAMMA se diseminaron por toda el área y siguieron siendo efectivas una década después de que la financiación de la IAF concluyera. Este ejemplo muestra que una organización externa a la comunidad puede ganarse la confianza de sus residentes y sus autoridades al basarse en enfoques y estructuras institucionales autóctonos.

En 1999, Ayllus Originarios de Quila Quila, una agrupación de consejos aimaras de Sucre, Bolivia, recibió una donación de la IAF para invertir en el desarrollo de la agricultura y el turismo. En los seis años siguientes, residentes de la comunidad hicieron terrazas en las laderas, instalaron microsistemas de irrigación, construyeron hospedajes y un restaurante, e hicieron capacitación en guía de turismo y excavación arqueológica. Para el 2011, sin embargo, ninguna de las infraestructuras previstas para turismo estaba siendo utilizada para dicho propósito, y solo las inversiones agrícolas en tierras colectivas estaban aun en uso.

¿Qué había sucedido? Ocho años antes, décadas de tensión entre los *ayllus* y una compañía de cemento que operaba una concesión minera habían escalado, y el gobierno municipal de Sucre revocó la personería legal de los *ayllus*. Los *ayllus* de Quila Quila reaccionaron redirigiendo su enfoque hacia el aseguramiento de sus derechos y la movilización de recursos para esta causa. El 26 de noviembre de 2003, los *ayllus* de Quila Quila se autodeclararon como territorio indígena autónomo, y en los años siguientes se unieron a otras comunidades para formar la Nación Indígena Qhara Qhara. Al final, una organización efectiva y un aumentado capital social los ayudó a obtener el apoyo de la municipalidad y también del gobierno boliviano. El proyecto ilustra la naturaleza dinámica del desarrollo comunitario y cómo, cuando el contexto lo requiere, el enfoque en una actividad puede ser redireccionado hacia otra —en este caso tenencia de la tierra y la capacitación de una nueva generación en destrezas necesarias para ejercitar sus derechos como indígenas bolivianos. La capacidad de los *ayllus* de establecer —y restablecer— sus propias prioridades demostró ser la clave para un resultado exitoso.

Comuníquese con inquiries@iaf.gov para más información.—*Emilia Rodríguez-Stein, directora de evaluación de la IAF*



Complexity Demystified: A Guide for Practitioners

[La desmitificación de la complejidad: guía para quienes trabajan en el terreno]

Por Patrick Beautement y Christine Broenner

Triarchy Press: Devon, Reino Unido, 2011

A principios de los años 90, un torrente de libros que gozaron de gran acogida presagiaba nuevos enfoques en un campo que había desconcertado a los científicos: la imposibilidad de predecir el comportamiento de sistemas complejos. La ciencia tradicional, cuyas raíces reduccionistas se remontan a Newton, entiende al mundo separando a los sistemas en sus componentes y estudiándolos exhaustivamente en busca de relaciones lineales de causa y efecto. Considera a los sistemas naturales máquinas que deben analizarse y entenderse, lo que conduce a que sean predecibles. Pero cuando los científicos dedicaron su atención a estudiar preguntas sobre sistemas que no podían separarse perfectamente —como el sistema inmunitario de los seres humanos, el estado del tiempo, el mercado de valores o la forma en que las aves descienden en picada y dan vueltas en bandadas sin estrellarse unas con otras— el viejo paradigma comenzó a crujir.

La incipiente ciencia de la complejidad abarcaba un espectro enorme de actividades naturales y humanas y producía varias metáforas atractivas. En 2004, esta revista publicó mi artículo "Al margen de Newton: Metáforas para el desarrollo de base", en el cual se ponía de relieve la interesante coincidencia entre las nuevas metáforas sobre la forma en que funcionaba el mundo y lo que había aprendido la Fundación Interamericana sobre el desarrollo de base apoyando ideas para reducir la pobreza que habían surgido de un modo vertical ascendente.

A la publicación de los libros que describían la nueva ciencia siguieron, como pisándoles los talones, intentos de aplicar los conocimientos que contenían en los negocios, la formulación de políticas y la ayuda extranjera, entre otros. Nació una industria artesanal de seminarios, talleres y sesiones de PowerPoint. "Complexity Demystified" forma parte de esa tendencia. El libro se inicia con la observación de que el mundo nos plantea tipos muy distintos de problemas. Unos son sencillos: cómo diseñar una cadena que lleve los alimentos a los supermercados. Se requieren enormes inversiones, ejércitos de trabajadores y una administración eficiente. Pero trasladar cosas es esencialmente un problema sencillo, propicio para soluciones lineales encadenadas. Se ensambla una máquina, sus partes se conocen y sus resultados son predecibles. Otros problemas son complejos: por ejemplo, cómo poner fin a la pobreza o mejorar la educación. Cuando se trata de ellos, el mero hecho de encontrarles el truco a todas las piezas del rompecabezas constituye un desafío, sin hablar de entender cómo interactúan. E incluso si uno acierta en un lugar, nada garantiza que su solución funcione en otro.

A pesar de que existen pruebas abundantes de que las situaciones sencillas y las complejas son muy distintas, por lo general las personas y las instituciones insisten en aplicar a las unas y las otras instrumentos analíticos similares, de tipo mecanista. A menudo, lo que obtienen son consecuencias imprevistas, si no desastres. Para mejorar la situación, los autores, Beautement y Broenner, ofrecen una "guía para quienes trabajan en el terreno", entre ellos los que se dedican a la ayuda para el desarrollo. Comienzan bien, con observaciones penetrantes sobre muchas de las realidades que plagan los esfuerzos inspirados en las mejores intenciones. Notan la escasa pertinencia que a menudo tienen los planes de desarrollo para las personas a las que se proponen ayudar, ya que "con demasiada frecuencia, la forma en que se describen los problemas y se formulan los objetivos no da cabida a las realidades de aquello que permite o impide el cambio en un determinado contexto". También desconfían de los planes cuidadosamente formulados que establecen metas frente a las cuales pueden medirse los avances. Al respecto dicen: "Los cambios que generan las personas en situaciones complejas no siempre pueden aislarse o medirse, sobre todo porque a menudo el cambio surge mucho tiempo después de la conclusión de un proyecto en el cual se preveía".

El enfoque alternativo se basa en 25 conclusiones que deducen a partir de la ciencia de la complejidad. (Cuando le dicen al lector que no hay necesidad de que se convierta en un experto en el tema de la complejidad, suenan como si quisieran decir: "nosotros ya nos leímos todos los libros para que usted no tenga que leerlos".) La lista está dividida en grupos de seis elementos que interactúan en cuatro "circuitos" y una

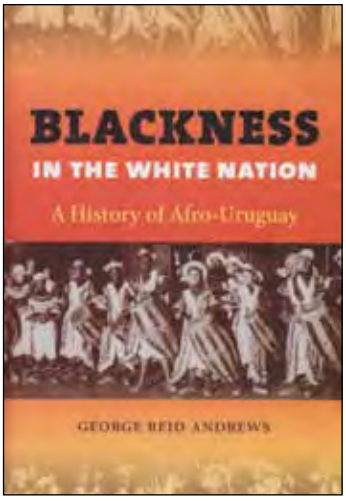
"explicación pragmática sobre la forma de utilizarlos en la práctica". Los elementos y los circuitos son bastante sencillos: ensayar algo, ser consciente de lo que está ocurriendo, prestar atención al contexto y reflexionar sobre cómo están saliendo las cosas, de modo que se puedan hacer correcciones al avanzar. Pero en secciones posteriores, el libro se convierte cada vez más en un despliegue de cuadros y listas de control que le recuerdan a uno los manuales de operación de las cámaras digitales, que pesan más que la cámara misma.

Los dos problemas fundamentales del libro están presentes en el título.

Uno es la afirmación de los autores en el sentido de que han "desmitificado la complejidad". Muchos de los libros que anunciaron por primera vez la complejidad en los años 90 tuvieron gran acogía porque transmitían el entusiasmo intelectual que generaba la nueva ciencia y especulaban sobre a dónde podían llevarnos las conclusiones que sacábamos a partir de ella. Abrían las mentes de los lectores y les hacían ver las cosas de maneras distintas. Transformar ese entusiasmo en una lista de control densa da la impresión de que no se entendiera el meollo del asunto.

Un segundo problema tiene que ver con el subtítulo. ¿De veras necesitan quienes trabajan en el campo una guía sobre la complejidad? ¿O será que el problema es, como lo indican los autores mismos, que "los profesionales que trabajan directamente con los beneficiarios de programas de ayuda para el desarrollo tienen profundas dificultades para hacer entender a las organizaciones de donantes cómo es la vida real y lo que han observado y aprendido en el terreno? Este es un problema importante porque, en últimas, las organizaciones de donantes son las que diseñan los proyectos y los programas. Con demasiada frecuencia sus ideas se mantienen rígidas".

Considerando solamente esta afirmación, pareciera que una guía sobre la complejidad no debiera estar dirigida a quienes trabajan en el terreno, sino a los analistas, los administradores, los ejecutivos y quienes formulan las políticas. Ellos son los que tienen que considerar las implicaciones de la complejidad para la ayuda destinada al desarrollo y efectuar los ajustes respectivos: modificar las evaluaciones, para convertirlas en circuitos útiles de retroacción, que ayuden a los proyectos a corregir los errores a medio camino, e identificar y financiar muchos más proyectos a nivel de las comunidades. —*Patrick Breslin*



Negros en la nación blanca: historia de los afrouruguayos, 1830-2010

[Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay]

Por George Reid Andrews

The University of North Carolina Press; Chapel Hill, 2010

Linardi y Risso; Montevideo, 2011

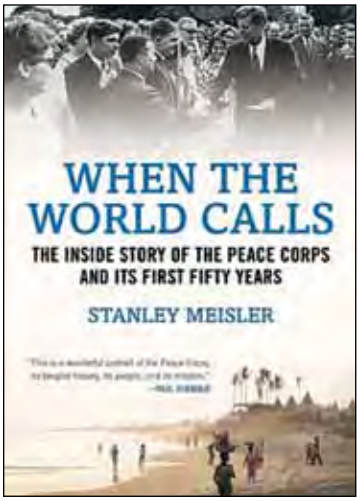
George Reid Andrews es catedrático de la Universidad de Pittsburgh, donde ocupa el cargo de profesor distinguido, un superlativo bien merecido que se sustenta en su aporte al estudio de la diáspora africana en América Latina. Su primera publicación importante, *Los afroargentinos de Buenos Aires* (impresa en inglés en 1980 por University of Wisconsin Press con el título *The Afro-Argentines, 1800-1900*), se considera una obra fundamental sobre una comunidad cuya existencia misma se había ignorado o negado por mucho tiempo. Desde su aparición, la bibliografía de Andrews se ha caracterizado por sus rodeos geográficos y por una historia completa que ha sido objeto de abundantes elogios: *Afro-Latinoamérica, 1800-2000* (originalmente publicada en 2004 con el título *Afro-Latin America 1800-2000* por Oxford University Press). Este libro más reciente, que comprende las tendencias y los eventos sucedidos en dos siglos, lo lleva a regreso a la región rioplatense, pero a Uruguay, un país mayoritariamente "blanco" que, según dice el autor, "escoge definirse a sí mismo, al menos en parte, como culturalmente 'negro'".

Andrews vivió a Uruguay como pocos académicos extranjeros. Apenas en el renglón seis de la primera página de este volumen de más de 200, expresa gratitud a Romero Rodríguez, fundador de la exdonataria de la IAF Organizaciones Mundo Afro, que según explica le dio la bienvenida a la organización defensora de los derechos civiles y lo urgió a que "regresara algún día" a investigar la historia de los uruguayos afrodescendientes. Cuando por fin Andrews regresó, entró a formar parte de la comparsa de tambores de Mundo Afro, y su entusiasmo por los tambores se percibe en las páginas del libro. Esto de ninguna manera disminuye su seriedad, y hace que una lectura amena sea aún más entretenida.

Según el censo de 2010, el 15 por ciento de los uruguayos se autoidentifican como de ascendencia africana. Algunos de sus ancestros llegaron como esclavos por los puertos de Montevideo y Buenos Aires; muchos más eran fugitivos procedentes de Brasil, atraídos por un santuario que abolió la esclavitud en 1842. El hecho de que la emancipación tuviera lugar relativamente temprano, según Andrews, cuadra con la reputación progresista de Uruguay. Él reconoce que el país es "la principal democracia social de América Latina" y también reconoce su "compromiso sólido y de vieja data con la inclusión social" Con esta reputación no concuerda el legado doloroso de la esclavitud: la desigualdad y la discriminación que todavía no han desaparecido por completo de la vida nacional. En su grado quizás más extremo, el racismo posterior a la emancipación fue el motivo del reclutamiento sistemático de hombres de raza negra, en particular para que fueran carne de cañón en la primera línea del ejército que libró la guerra con Paraguay (1864-1870). El reclutamiento terminó en 1904, pero el hábito de excluir a los descendientes de africanos de los servicios sociales y la vida económica persistió a lo largo de todo el siglo XX. Los afrouruguayos a los que Andrews entrevistó citan ejemplos gráficos de los obstáculos para acceder a la educación o para ejercer oficios o profesiones.

Aproximadamente el mismo período se caracteriza también por la adopción de la música y las danzas de los afrouruguayos por parte de la mayoría blanca. Las expresiones culturales que tienen sus orígenes en África llegaron a ser rasgos distintivos de la cultura popular dominante: el candombe, el género musical más excepcionalmente uruguayo; la celebración del carnaval al ritmo de música africana; la participación vigorosa de los uruguayos de todos los orígenes étnicos en las comparsas; e incluso el tango, un patrimonio que no es menos uruguayo por el hecho de que lo comparta Argentina. Como lo documenta Andrews meticulosa y extensamente, el fenómeno reforzó las fronteras raciales y las personas de raza negra siguieron estando al margen de la sociedad: formaban un segmento de la población que, hasta hace muy poco, se consideraba insignificante o inexistente.

La lucha de los afrouruguayos por la justicia social se ha centrado en organizaciones que giran en torno a su cultura, por supuesto, pero también en torno a una prensa vehemente que se hace oír. Aunque Andrews parece hacer un gran esfuerzo por mantener una actitud objetiva, califica a Mundo Afro como "el más visible de los grupos sociales y cívicos afrouruguayos" y le reconoce la energía y el esfuerzo que ha hecho desde su fundación, en 1988, por denunciar y poner al descubierto la discriminación. La participación de sus dirigentes contribuyó a que la población negra de Uruguay lograra una importante victoria en 1999, cuando el Comité de las Naciones Unidas para la Eliminación de la Discriminación Racial publicó un informe en el cual se contradecía la versión oficial que negaba la existencia de este segmento de la población, se confirmaba que en el país se practicaba la discriminación y se recomendaban medidas correctivas. Los logros que se describen en detalle en el último capítulo del libro parecerían indicar que en la siguiente década se avanzó, y que queda mucho por hacer antes de que los afrouruguayos gocen de plena igualdad. Si desea obtener más información sobre Mundo Afro y el proyecto que apoya la IAF, consulte la edición de 2007 de *Desarrollo de base*. *—David Fleischer, representante para Uruguay y Brasil, y Paula Durbin*



When the World Calls: The Inside Story of the Peace Corps and its First 50 Years

[Cuando el mundo llama: la verdad sobre el Cuerpo de Paz y sus primeros 50 años]

Por Stanley Meisler

Beacon Press; Boston, 2011

En octubre de 1960, a la infame hora de las 2 de la mañana, John F. Kennedy pronunció un discurso improvisado de apenas tres minutos de duración, durante una visita de su campaña a la Universidad de Michigan. Allí, preguntó a los estudiantes que se habían congregado para escucharlo si estarían dispuestos a pasar dos años de su vida ayudando a personas del mundo en vía de desarrollo. Por su reacción, Kennedy se dio cuenta de que "se había ganado el premio gordo", como le diría a uno de sus ayudantes. Repitió la escena durante su ceremonia de posesión, en una oración inmortal: "No pregunten qué puede hacer su país por ustedes, sino qué pueden hacer por su país". Durante el mes siguiente, 25.000 estadounidenses inundaron la Casa Blanca con cartas en las cuales le preguntaban al presidente qué podían hacer. Kennedy apeló a su cuñado, Sargent Shriver, a quien los funcionarios más allegados a Kennedy le aconsejaron que trabajara con las figuras consagradas del sector de ayuda extranjera,

y que empezara en pequeña escala. En lugar de hacerlo, diseñó un organismo independiente que comenzó teniendo grandes dimensiones y estaba tan seguro de sí mismo que envió el primer contingente de voluntarios a Ghana y a la India, países "no alineados" gobernados por dirigentes extremadamente independientes.

El resto es historia.

Stanley Meisler, el autor de este muy ameno libro, formó parte de la división de evaluación del Cuerpo de Paz entre 1964 y 1967. La división, que estaba formada por periodistas capaces de ver más allá de las estadísticas, producía informes que eran implacables y, lo que era más importante, que el mismo Shriver leía. Meisler no se andaba con miramientos en esa época (ni se anda con miramientos en el libro). Él y sus colegas documentaron desde el principio que a menudo los voluntarios tenían una escasa preparación, que sus papeles estaban mal definidos y que sus contactos con la vida en las aldeas eran mínimos. Estas deficiencias se rectificaron rápidamente mediante un énfasis en la capacitación, la preferencia por destrezas de índole práctica, la selección más cuidadosa de los destinos y el reclutamiento de voluntarios de más edad y experiencia. La inmersión en el entorno local y un profundo conocimiento de la cultura llegaron a definir el período de servicio típico. Gracias a eso, las personas del común en todo el mundo establecieron lazos afectivos con estos *"hijos de Kennedy"*, como se llamaba a los voluntarios en América Latina. "Afuera los Yanquis, menos Casey", decía un cartel que se colocó en una comunidad durante la invasión de la República Dominicana por parte de los Estados Unidos, en 1965.

Cuando Shriver se retiró del Cuerpo de Paz en 1966 para lanzar la Guerra contra la pobreza, el número de voluntarios ascendía a 15.556. Pese al constante apoyo de ambos partidos políticos en el Congreso y la Casa Blanca, las actuales limitaciones presupuestarias han reducido el número a cerca de 7.500 voluntarios en el terreno, y están más esparcidos, ya que a los países que los reciben se han sumado otros, entre ellos docenas que antes formaban parte de la Unión Soviética. Entre quienes fueron voluntarios, que suman más de 200.000, están dos hombres elegidos más tarde como senadores de los Estados Unidos: Christopher Dodd, quien fue voluntario en la República Dominicana, y el fallecido Paul Tsongas, quien fue voluntario en Etiopía, país en el cual el director era el ex senador Harris Wofford. También figuran voluntarios que llegaron a la Cámara de Representantes, entre ellos Sam Farr, Mike Honda y Thomas Petri, que fueron voluntarios en Colombia, El Salvador y Somalia, respectivamente.

La Fundación Interamericana, que constituyó otro experimento de trabajo con las bases, fue fundada en 1969, apenas seis años después del Cuerpo de Paz. La IAF ha sido un verdadero imán para los antiguos voluntarios y empleados del Cuerpo de Paz, que han influido en su enfoque y su trabajo. Entre ellos estaba Bill Dyal, el presidente fundador de la IAF, cuya confianza inquebrantable en los pobres organizados e insistencia en la receptividad a sus ideas guiaron a la IAF entre 1969 y 1979 y siguen definiéndola. El actual presidente, Robert N. Kaplan, tuvo sus primeras experiencias sobre el tema del desarrollo como voluntario en Paraguay. Los seis presidentes y presidentes interinos que lo precedieron también tenían vínculos con el Cuerpo de Paz: eran Linda Kolko, que fue voluntaria en Belice; el embajador Larry Palmer, que fue voluntario en Liberia; David Valenzuela, que fue director del Cuerpo de Paz en Chile; George Evans, que fue director en Costa Rica; el embajador William Perrin, que fue director para Belice y el Caribe Oriental; y Steve Vetter, que había sido voluntario en Colombia. Entre los actuales empleados se encuentran siete ex voluntarios. (Permítanme revelar, en el espíritu de total transparencia, que yo fui voluntario en Panamá.) Los empleados de la IAF que han aceptado cargos en el Cuerpo de Paz son demasiado numerosos para contarlos.

When the World Calls es un libro de lectura rápida y provechosa, y lo recomiendo mucho. *—Patrick Ahern, representante de la IAF para Nicaragua*

Awka Liwen

Escrita y narrada por Osvaldo Bayer

Dirigida por Mariano Aiello y Kristina Hille

Macunudo Films: 2010

Awka Liwen, que quiere decir "Rebelión al amanecer" en Mapuche, documenta la historia trágica de los argentinos a quienes Osvaldo Bayer, el impulsor de esta película, llama "los pueblos originarios". Bayer, historiador y periodista, comenzó a interesarse en estos ciudadanos indígenas en los años 50; durante los últi-

mos 10 años ha estado enfrascado en sus problemas, como académico, defensor y activista. *Awka Liwen* es una pieza central de su esfuerzo supremo por poner las cosas en su lugar en lo que respecta a un público cuya educación, según él, descuidó a estos indígenas americanos.

La lección de historia de Bayer entreteje la cinematografía contemporánea con las fuentes de primera mano, tales como como periódicos, fotos y película de archivo, testimonios de expertos, animaciones reforzadas con efectos sonoros y fragmentos de *La Patagonia Rebelde*, la película lanzada en 1974 de cuyo guión fue el autor. La narrativa, rica en detalles fascinantes, se inicia con la observación de Bayer en el sentido de que los fundadores de Argentina otorgaron a los indígenas los mismos derechos que a cualquiera otra persona y comenzaron a abolir la esclavitud en 1813. Unos años después, estos principios fueron traicionados en la búsqueda de territorio que culminó en la Conquista del Desierto por parte del General Julio Argentino Roca. Bayer nos dice que la palabra desierto es un eufemismo para una enorme extensión de tierra que incluía pampas fértiles. La consolidación tomó tiempo. Friedrich Rauch, el coronel prusiano contratado para erradicar a los indígenas Ranqueles, perdió la vida en 1828, aparentemente a manos de "Arbolito", un guerrero joven a quien las tropas confundieron con un árbol. En la década de 1870, El Ministro de Guerra Adolfo Alsina pensaba contener a los indígenas excavando una trinchera que se extendía por 600 kilómetros y que nunca se completó.

La campaña de Roca duró de 1878 a 1884. Según las cuentas de Bayer, la Conquista costó la vida de decenas de miles de indígenas y permitió a los 600 terratenientes que financiaron la operación de Roca acumular una gran fortuna. Uno de ellos, José Martínez de Hoz, adquirió 2,5 millones de hectáreas, equivalentes aproximadamente al tamaño de El Salvador. La película sigue hasta el presente el rastro del legado que dejó la tenencia concentrada de la tierra: una estructura tributaria desequilibrada, la degradación del medio ambiente e inequidades sociales. Su más inmediata consecuencia fue que el "reparto de indios" posterior a la conquista, que contó con la aprobación oficial, y obligó a hombres, mujeres y niños a trabajar en condiciones de virtual esclavitud en las nuevas y enormes haciendas, proyectos militares y plantaciones de caña de azúcar de Tucumán. Las oleadas posteriores de inmigrantes europeos desplazaron aún más a los indígenas argentinos, lo que profundizó su pobreza y exclusión. Dice Bayer que se convirtieron en *los primeros desaparecidos*, una metáfora de la infame Guerra Sucia de los años 70 que tiene connotaciones de aniquilación e invisibilización.

La idea de que Argentina no tenía ciudadanos indígenas fue aceptada en una época, pero hoy el país se considera multirracial y multicultural. Bayer calcula que los argentinos de ascendencia indígena representan el 63,1 por ciento de la población, según investigaciones de la Universidad de Buenos Aires y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Califica las reformas constitucionales que reconocen los derechos de los pueblos originarios como "el comienzo del cambio". En una entrevista, le habló a *Desarrollo de Base* de la movilización para hacer valer los derechos de los indígenas y reclamar tierras. Las imágenes de su película sobre el desalojo de una pareja de Mapuches de un terreno de la gigantesca empresa de Bennetton, que todavía no se ha resuelto, incluye una referencia fugaz al activismo de los Mapuches y de otras organizaciones en favor de la pareja, lo que generó cobertura en los medios de comunicación internacionales.

La acogida que tuvo *Awka Liwen* indica sin duda que se están produciendo cambios. Según una fuente, unos 3.000 argentinos asistieron al estreno de la película. Los créditos mencionan el apoyo de municipios, gobiernos provinciales y el Ministerio de Desarrollo Social de Argentina, así como de fundaciones de grupos empresariales y organizaciones sin fines de lucro; la Presidencia de la Nación declaró la película "de interés nacional". La compra del DVD por parte del Ministerio de Educación de Argentina para utilizarlo en las aulas escolares está pendiente del desenlace de una demanda entablada por los descendientes de José Martínez de Hoz. Entre tanto, Bayer, que ya tiene 85 años, sigue al pie del cañón, dando presentaciones todas las noches acompañado por una banda de *rock* cuyos músicos, inspirados por una de sus charlas, le cambiaron el nombre por el de Arbolito.

En Rebelión al amanecer no hay rebelión. El título se refiere a una niña Mapuche que se llamaba Awka Liwen, a quien Bayer conoció y nunca olvidó. "Este nombre tiene tal profundidad", le explicó al periódico *Miradas al Sur*. "Esos ojos, que recordaré siempre, constituyen la mejor interpretación del espíritu de la película.
—Amanda Hess, asistente de programas de la IAF, con Gabriela Sbarra y Paula Durbin

Kathryn Pyle

Niños de la memoria

Una película de Kathryn Smith Pyle y María Teresa Rodríguez

2012

El robo de niños argentinos para entregarlos en adopción de modo ilegal, organizado por los militares que secuestraron y asesinaron a los padres de los niños durante la Guerra Sucia, ha sido el tema de investigaciones periodísticas, documentales, películas —entre ellas *La Historia Oficial*, que ganó un Óscar— y hasta de telenovelas. Por ese motivo, en todo el mundo muchas personas se enteraron de los horrores de esa época y de búsquedas que rompen el corazón, emprendidas por las familias biológicas todavía desesperadas por reunirse con estos niños, muchos ahora mayores de 30 años.

Se conoce menos lo que sucedió en El Salvador durante la guerra civil que cobró las vidas de unas 75.000 personas entre 1980 y 1992, y llevó a cientos de miles a salir del país. La pobreza, la desigualdad y la brutal represión obligaron a legiones de salvadoreños a sumarse a un creciente movimiento de resistencia, y la reacción del gobierno fue una campaña de arrasamiento. Comunidades enteras fueron objeto de masacres, con la excepción de unos cuantos bebés y niños muy pequeños que los soldados del gobierno se llevaron y luego enviaron en adopción a Europa y los Estados Unidos. Ya está en marcha la búsqueda de los adultos en los que se han convertido esos niños. Este aspecto de la guerra atrajo de tal modo el interés de Kathryn Smith Pyle, IAF, que fue representante para El Salvador entre 2001 y 2007, que reclutó a Rodríguez, directora de cine, para que le ayudara a llevar la historia a la pantalla grande. Contaron con el apoyo de Sundance Institute, United States Institute of Peace y de Independent Television Service, entre otros donantes. Las instituciones donatarias de la IAF Museo de la Palabra e Imagen y Centro Arte para la Paz proporcionaron secuencias filmadas procedentes de sus archivos y otros materiales.

Su película, *Niños de la memoria*, relata los avances de tres personas en la localización de sus parientes biológicos. Margarita Zamora, cuyos hermanos desaparecieron, es una investigadora resuelta que trabaja para la donataria de la IAF Asociación Pro-Búsqueda de Niños y Niñas Desaparecidos (Pro-Búsqueda), una organización no gubernamental que se estableció con el fin de reunir a las familias separadas durante la guerra. Dos de sus clientes son Jamie Harvey, de 31 años, adoptada por una familia estadounidense, quien espera encontrar a familiares salvadoreños que nunca llegó a conocer, y Salvador García, un agricultor que tuvo que dar sepultura a una hija tras una masacre y se esfuerza a diario por superar la desaparición de otra. A cada paso, Margarita se ve frenada por la falta de acceso a los documentos militares que podrían resolver estos casos. Las búsquedas se alternan con un vívido *collage* en el que se describe la historia salvadoreña, desde los orígenes de la guerra civil hasta la reciente elección de Mauricio Funes, el primer candidato presidencial exitoso del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, el movimiento insurgente que se convirtió en partido político tras el cese de las hostilidades, que ha resultado victorioso.

Aunque *Niños de la memoria* deja al espectador con deseos de saber más sobre sus protagonistas, y especialmente sobre Margarita y las docenas de casos que ha investigado, hace un buen trabajo poniendo al descubierto lo sucedido. En 2009, el gobierno salvadoreño reconoció finalmente la desaparición de los niños, pero no ha habido investigación oficial, no se han abierto proceso penales en contra de los autores de estos crímenes ni se ha hecho justicia en favor de las víctimas. Hasta hoy, Pro-Búsqueda ha resuelto unos 370 casos pero cientos más siguen pendientes y es posible que muchos no se resuelvan nunca. Las Abuelas de la Plaza de Mayo solamente han encontrado a 105 de cerca de 500 niños argentinos cuya desaparición fue denunciada a las autoridades, pero si nos han enseñado algo es que, a pesar de las limitadas probabilidades, las familias no cejan en su empeño.

El estreno de la película en mayo, durante el Festival de Cine Documental Ambulante de San Salvador, generó amplia cobertura de prensa. La Asociación de Estudios Latinoamericanos otorgó a Niños de la memoria su Premio al Mérito Cinematográfico después de seleccionarla para proyectarla durante su Congreso, que se realizó en San Francisco en 2012. Si desea obtener información actualizada sobre los lugares en los cuales se proyectará, visite el sitio www.ninosdelamemoria.com; si desea información adicional sobre la búsqueda de esos niños, visite el sitio probusqueda.org.sv. —*Eduardo Rodríguez-Frías, administrador de la página Web de la IAF*

Contenido

Los pueblos indígenas y sus recursos

Mapeando Kuna Yala
Mac Chapin

El carbono y el desarrollo comunitario: un experimento en Oaxaca
David Barton Bray

Índigo y lo indígena en El Salvador
Seth Micah Jesse

Una tradición textil peruana confronta los desafíos del mercado
Janelle Conaway

Una estrategia multifacetica al rescate de los bosques incas
Wilbur Wright

Perfil

La mujer perseverante: el sueño de Rosario Quispe para la puna
Patrick Breslin

Foro para becarios

Entre dos extremos: confrontando la delincuencia en Guatemala
Ellen Sharp

Reciprocidad indígena y globalización en la Bolivia rural
Marygold Walsh-Dilley

La marcha del desarrollo

Recursos